



O. C. TAVIN

UNA SOMBRA...



EN F. B. I.:

- «La redada», núm. 10.
- «¡Sangre!», núm. 13.
- «¡Traidor!», núm. 17.
- «Persecución», núm. 24.
- «Trampas mortales», núm. 30.
- «Secuestro», núm. 35.
- «A la desesperada», núm. 41.
- «Armour, expulsado», núm. 47.
- «Misterio en Viena», núm. 54.
- «Pavorosa elección», núm. 57.
- «"Killer" a sueldo», núm. 67.
- «Punto final», núm. 70.
- «Entre esas brumas...», núm. 72.
- «¡Terror!», núm. 75.
- «El final de Rocco», núm. 76.
- «Alias "Lugger"», núm. 81.
- «Al borde del abismo», núm. 89.
- «La marca trágica», núm. 93.
- «Lucha a muerte», núm. 95.
- «El asfalto es rojo», núm. 102.
- «Noches de Nueva York», núm. 109.
- «El hombre de Whitechapel», núm. 115.
- «¡Fatalidad!», núm. 127.



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- | | |
|--|-------------------------------------|
| 1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1). | 25. Una ciudad abierta (4). |
| 2. La hora gris (4.ª ed.) (1). | 26. Horas trágicas (7). |
| 3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2). | 27. La muerte alada (3). |
| 4. El cobarde (3.ª ed.) (1). | 28. Doctor X (1). |
| 5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (3). | 29. El coloso de hierro (6). |
| 6. Contra Scotland Yard (3.ª edición.) (1). | 30. Trampas mortales (5). |
| 7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición.) (2). | 31. Contrabando funesto (3). |
| 8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3). | 32. Nueva York-San Francisco (7). |
| 9. A la ofensiva (2.ª edición.) (4). | 33. Entre rejas (1). |
| 10. La redada (2.ª ed.) (5). | 34. Muerte en el Caribe (6). |
| 11. Shanghai (3.ª ed.) (1). | 35. Secuestro (5). |
| 12. Guerra de gangsters (2.ª edición.) (2). | 36. El dueño del mundo (4). |
| 13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5). | 37. Hermano contra hermano (7). |
| 14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6). | 38. Filibusteros modernos (2). |
| 15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7). | 39. Palestina en llamas (3). |
| 16. Tánger (3.ª ed.) (1). | 40. La ley del terror (8). |
| 17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5). | 41. A la desesperada (5). |
| 18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4). | 42. La promoción de la muerte (6). |
| 19. Alta traición (2.ª ed.) (2). | 43. Tinieblas (1). |
| 20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1). | 44. Espías en la noche (2). |
| 21. El delator (6). | 45. Fidelidad (6). |
| 22. Armonías de muerte (3). | 46. Sin cuartel (7). |
| 23. Destinos cruzados (1). | 47. Armour, expulsado (5). |
| 24. Persecución (5). | 48. La huida de Varka (3). |
| | 49. La Maffia (1). |
| | 50. Ala-ka, final de ruta (8). |
| | 51. Tras el telón de acero (6). |
| | 52. Gangsters de guante blanco (9). |
| | 53. ¡Acusado! (7). |
| | 54. Misterio en Viena (5). |
| | 55. El genio del mal (8). |

56. Hombres armados (10).
57. Pavorosa elección (5).
58. La bestia escarlata (3).
59. Hualas de ultratumba (11).
60. S. O. S. (8).
61. Búletes malditos (3).
62. Camino de perdición (12).
63. Camaradas enemigos (3).
64. A la deriva (6).
65. ¡Odio! (1).
66. Cita de madrugada (3).
67. «Killer» a sueldo (5).
68. Muerte en el atardecer (4).
69. Loup-Garou (3).
70. Punto final (5).
71. ¡Mirad a las sombras! (3).
72. Entre esas brumas... (5).
73. Tortura (13).
74. El confidente (3).
75. ¡Terror! (5).
76. El final de Rocco (5).
77. El vengador negro (1).
78. ¡Codicia! (8).
79. Sentenciado (6).
80. Secreto de Estado (4).
81. Alias «Lugger» (5).
82. Hora «D» (3).
83. Carne de horca (4).
84. Tráfico mortal (8).
85. Jack es invencible (1).
86. Rastros perdidos (6).
87. Contrato siniestro (3).
88. Traición sangrienta (14).
89. Al borde del abismo (5).
90. Crimen y justicia (1).
91. Hombres sin alma (3).
92. ¡Sabotaje! (8).
93. La marca trágica (5).
94. Misión suicida (4).
95. Lucha a muerte (5).
96. Rebelión (3).
97. Hampa de frac (1).
98. Caza mayor (4).
99. La muerte falsifica dolores (15).
100. Yo, director del F. B. I. (1) (2.ª edición.)
101. De Harvard a Quantico (16).
102. El asfalto es rojo (5).
103. Tragedia en Chinatown (14).
104. Soborno (3).
105. Vida en deuda (17).
106. Aguas turbulentas (4).
107. La araña verde (8).
108. Contraespías (18).
109. Noches de Nueva York (5).
110. ¡Aniquilados! (19).
111. La risa sardónica (3).
112. Chantaje (4).
113. Canon de protección (20).
114. El misterio de los locos del aire (21).
115. El hombre de Whitechapel (5).
116. Al llegar la noche (8).
117. Ciudad vertical (22).
118. Hombres y bestias (1).
119. La máscara (3).
120. Destino manda (23).
121. Sin esperanza (4).
122. La tela de araña (24).

EN PREPARACION:

Sin nada que perder

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|--------------------|
| (1) Alf Manz. | (10) Jack Brooklyn. | (18) Jack Grey. |
| (2) Fred Baxter. | (11) Thomas Settle. | (19) Edgar Ford. |
| (3) Frank McFair. | (12) John Nebot. | (20) Andre O'Sun. |
| (4) Eddie Thorny. | (13) Thomas Wanton. | (21) Fel Marty. |
| (5) O. C. Tavin. | (14) F. N. Graw. | (22) Dana Yonell. |
| (6) Alor Benet. | (15) Robert Deaf. | (23) Al Gailard. |
| (7) A. G. Murphy. | (16) Alan Carson. | (24) Chester King. |
| (8) Lewis Haroc. | (17) Alu Cortros. | |
| (9) J. L. Martin. | | |

A Manuel Carlón Uriel, ferviente lector de novelas del
F. B. I, que el 16 de junio de 1952, en Madrid,
coadyuvó con temerario valor, a la detención de un
atracadador armado, sin más medios que su bicicleta y sus
manos. Con toda admiración hacia él y por la raza
española, tan valiente

O. C. TAVIN.

I



E manera que se niega a cumplir mi orden... —murmuró sordamente Napoleone, paseando, con una mano a la espalda y otra sobre el vientre, por el despacho. Sonrió como si aquello le hiciera verdadera gracia. Tenía un rostro de luna llena, sonrosado, de angelote, y sus labios, sensuales, gordezuelos, aumentaban aquella extraña expresión de bondad, que muy frecuentemente se borraba al brillar sus negros ojos, inmensos, con llamaradas, chispazos de crueldad salvaje.

—Eso ha dicho. Y que se va del «gang», claro —siguió su información Emanuele Gentile, el segundo de a bordo—. Le dije lo que se merecía y lo que le esperaba...

—¡Menos palabras y haberlo pasaportado inmediatamente! —gritó con voz aguda el «boss», deteniéndose ante la figurilla,

pequeña, desmedrada, de su segundo—. ¿Es que no llevabas encima el cuchillo, di? Para ser siciliano me resultas demasiado prudente, encogido. ¿Es que no sabes lo que supone para nosotros el que un hombre de nuestra banda desobedezca y se nos marche? ¿Y si avisa ahora a ese agente especial al que debía liquidar él?

—No lo creo. Jackie será lo que sea, pero traidor hasta ese punto, no lo creo, jefe —respondió con humildad Gentile, arrojando la colilla de su cigarrillo al suelo y pisándola—. Lo que le pasa es que no quiere matar a un agente del

F. B. I.

—¡No me digas que no lo crees, y todas esas majaderías, Emanuele! —chilló agudamente Napoleone, manoteando con extraordinaria vivacidad, encarnado su rostro y llameante la mirada—. Él sabe que no tiene gran cosa que perder, porque no está fichado ni ha cometido aún ningún delito de sangre. Si nos denuncia, el

F. B. I.

le dará una palmadita en un hombro, lo encerrará un año..., y a vivir después como un hombre honrado. ¿Y nosotros?

Paolo Nazzari y Giovanni Forte, que escuchaban aquella disputa, hicieron gestos de asentimiento a lo que su jefe decía. Estaban sentados cerca de la mesa del despacho, y de cuando en cuando se miraban para sonreír, burlándose de su jefe, que imitaba al gran guerrero corso, como él, Napoleón Bonaparte, en sus actitudes y gestos. Pero ahora tenía razón aquel nuevo Napoleón, jefe de «gangsters» dedicados al proteccionismo.

—Cierto —afirmó Forte, y aprobó con la gran cabeza, digna de un César, de cabellera negra como ala de cuervo, rizada, nariz recta y ojos grandes y oscuros. Era un gigante, exboxeador y exatleta de circo, «brazo ejecutor» de Napoleone cuando deseaba que la acción fuese bestial, ruda, sin intervención de la inteligencia. Para las cosas que requerían astucia, maldad zorruna, sigilo, estaba Gentile, el desmedrado, todo nervio—. El dejarlo escapar, así como así, ha sido muy imprudente. Parece mentira, Emanuele...

Gentile se volvió como si el gigante le hubiese aplicado un puntapié en la parte posterior del cuerpo.

—¡Qué sabes tú, mastodonte! —chilló rabiosamente, mirándole con absoluto desprecio—. ¡Hablamos el jefe y yo, que soy el

segundo! ¡A callar tú!

—A callar, sí, Forte —dijo Napoleone, pero agradeció con una sonrisa encantadora el apoyo moral del gigante—. Esperemos que mi querido segundo nos dé una solución para este triste conflicto. ¿Qué se puede hacer ahora, mi querido amiguito?

—Creo que no hay más que una, jefe —respondió Gentile después de morderse los labios pensativamente—. Lo que no hice antes, hace una hora, hacerlo ahora. Dar con él y cerrarle la boca para siempre.

Napoleone detuvo su paseo, la mano izquierda a la espalda y la derecha sobre el vientre, dentro de la solapa de la americana, y contempló fijamente a su subordinado con una sonrisa almibarada.

—Justamente, Gentile, justamente. Deshacer un error, ¿verdad? Me agrada que tengas amor propio a la vez que reconoces tus equivocaciones. Pero ¿y si ya Kingsley ha dado la voz de alarma al F. B. I.?

El peligro es el mismo, esté él muerto o no dentro de unas horas.

—¡Diablos, vayámonos de aquí cuanto antes! —exclamó Nazzari con ardor—. ¿Es que vamos a esperarlos sentados? ¡Vamos a la otra casa de South California Street, que usted alquiló esta misma mañana! Jackie no lo sabía y allí podemos estar seguros.

—En efecto, Paolo —afirmó Napoleone, y otra de sus angelicales sonrisas frunció sus labios gordezuelos—. Marchémonos cuanto antes. Voy a recoger mis cosas más importantes. Haced lo mismo vosotros. Dentro de media hora partimos. Esto, mi querido Emanuele —puso una de sus manos, casi femeninas en un hombro de su segundo—, te lo debemos a ti...

Gentile palideció. Cuanto más amable se mostraba el corso, más de temer era alguna de sus traidoras tarascadas. Napoleone era de una crueldad y perversión espantosas, todo ello bajo una sonrisa de hombre feliz, inocentón, a quien le gustase jugar maliciosamente con las pasiones y odios de sus hombres.

Los cuatro hombres, rápidamente, llenaron varias maletas con sus efectos y ciertos papeles y libros de contabilidad. Abajo estaba el «Lincoln» esperando. Napoleone quemó en la cocina algunos papeles y al fin todos se unieron en el «*hall*», con las maletas en la mano.

—Forte, baja tú primero. Mira si está despejada la calle —

ordenó Napoleone—. Mira si hay hombres de paisano, bien vestidos y de tipo de brutos, como tú. Si hay coches que te huelan a F. B. I.

Si todo va bien, haz sonar el timbre del portal. Si ves algo raro, sube a decirlo.

El piso que ocupaban Napoleone y sus hombres, en Sout Western Avenue, era interior, y sus ventanas daban a un gran patio, en medio de la manzana de casas. Por ello no podían saber lo que ocurría en la calle.

Forte hizo un gesto de asentimiento. Napoleone sonrió agradablemente. Si alguno de sus hombres había de caer contra el F. B. I.,

era mejor que lo fuese Forte, el gigante sin inteligencia, fácilmente sustituible.

Esperaron los tres italianos, fumando, con impaciencia, el sonido del timbre, desde la portería. Napoleone, paseando en su actitud favorita, tal vez echando de menos el tricornio que usara su gran paisano.

Dieron un brinco de alegre sorpresa cuando sonó el timbre. Lo cierto era que sentía una extraña emoción o decaimiento, muy parecido al pánico, desde que Kingsley, el elemento recién ingresado en el «gang», les abandonara cuando Napoleone le ordenó liquidar a un agente especial que husmeaba más de lo debido en las actividades suyas.

—¡Vamos! Uno detrás de otro, sin prisas, sin actitudes nerviosas, mis valientes —dijo Napoleone con voz sonora, de barítono—. Yo primero. Tú conducirás, Emanuele. ¡Vamos!

Bajaron la escalera, pues estaban en el piso segundo, procurando no producir excesivo ruido. En la portería no había nunca nadie. No había conserje, ni portero.

Napoleone miró rápidamente, con viveza de animal acosado, a derecha e izquierda. Comenzaba a nevar y el frío era intenso. Los transeúntes eran escasos, caminando apresuradamente.

—Nadie sospechoso —dijo el gigante Forte en tono satisfecho—. Los huelo a diez millas, y nada he percibido.

Entraron apresuradamente en el «Lincoln» negro. Emanuele Gentile se puso al volante y el coche arrancó velozmente entre los remolinos de nieve, que caía densa, en menudos copos. Un viento

helado, del lago Michigan, silbaba lúgubremente, amontonando las grises nubes sobre la ciudad de Chicago.

South California Street estaba relativamente cerca, aunque el 580 alargase más la distancia. La casa era de tan sólo tres pisos, antigua, deteriorada, con una puerta, y otra del garaje, a un costado. Estaba en medio de un jardín descuidado, cuadrado, no muy grande. Y a éste rodeaba una verja de hierro, asentada sobre un muro de una yarda de altura. Era posible, pues, ver desde la calle el jardín y la casa. La vecindad del edificio consistía en análogas edificaciones, con jardines y verjas similares.

Encerrado el coche y bajado el cierre metálico, los «gangsters» penetraron en el edificio con evidente satisfacción. Napoleone, la mano siniestra a la espalda y la diestra sobre el estómago, examinaba las habitaciones (su limpieza, distribución, moblaje) como el Corso hiciera horas antes de las batallas de Austerlitz, Wagram o Waterloo con los campos de batalla.

—Forte, quedas nombrado cocinero y habrás de cuidar también de que esto esté relativamente limpio —dijo el «boss» en tono autoritario—. Paolo te ayudará. No quiero aquí mujeres ni hombres que vengan a hacer eso. La cocina es eléctrica y comeremos cosas de conservas. Tú, Gentile, a buscar a Jackie y hacer con él lo que debiste hacer hace un rato. ¿Comprendido?

—Si, jefe —murmuró el pequeño siciliano, torciendo el gesto—. Creí que me ayudaría Nazzari o Forte...

—Lo harán si las cosas duran más de lo que deben durar. Si eres incapaz de hacerlo tú solo —sonrió, agradablemente, Napoleone—. No creo que te convenga, desde ningún punto de vista, mi querido amigo, fracasar...

—Pero ¿vamos a dejar de lado al agente especial ése? —inquirió Forte con inquietud—. Yo creo que es más importante ocuparse de él, porque al fin es el

F. B. I.,

que no de Kingsley que estará escondido, temiendo nuestra represalia.

Napoleone se volvió para mirar de arriba abajo al gigante.

—Algunas veces sueles pensar, Giovanni —observó como con disgusto—. ¿Y quién te ha dicho que vayamos a dejar de lado a ese hombre? Si vemos que ha encontrado nuestra pista de nuevo, quizá

tú mismo te encargues de él. ¿Qué te parece?

Forte se encogió de hombros. Para él significaba lo mismo asesinar a un agente especial del

F. B. I.,

que a Kingsley, que a algún infeliz dueño de club de noche que se opusiese a dejarse «proteger» mediante una fuerte cantidad, dando cuenta a las autoridades. En cualquier caso, percibía una cantidad de manos de Napoleone, que era lo que le interesaba.

Gentile, el pequeño siciliano, estaba engrasando y limpiando su pistola automática. Afiló después un cuchillo, de hoja estrecha, de un palmo de larga, con hoja aguda, como la de un estilete. Y su jefe y compañeros vieron después cómo lo arrojaba, con insuperable maestría, desde distancias varias, sobre el respaldo de una silla de madera. Ésta era la especialidad de Emanuele. A su temperamento artero, traidor, sigiloso, unía el medio igualmente traidor y silencioso de asesinar arrojando su cuchillo sin dar la cara.

—Si lo haces igual cuando veas a Kingsley... —murmuró Napoleone, sonriendo divertidamente.

—Con otros lo he hecho y no he fallado —replicó adustamente Gentile.

—Pero Jackie estará alerta y es hombre decidido, aunque no le gusta verter sangre humana —contestó sarcásticamente Forte—. Reconoce que te inspira respeto, Emanuele, y que si pudieras evadir el encarguito...

Gentile miró venenosamente al gigante, que había acertado en su suposición. Kingsley podía ser muy temible si se le obligaba a combatir a muerte. Era un hombre extraño. Mezcla de maleante y hombre de extrañas reacciones caballerescas. Muchas cosas, corrientes a todos los «gangsters», le repugnaban a él. Pero se podía ver en él al hombre fuerte y por serlo, quizá pacífico en cierto modo, enemigo de llevar la acción a términos de violencia inusitados.

—¿Por qué no te encargas tú del asuntito? —contestó Gentile, mordazmente—. ¿Por qué no lo hace Forte, jefe? —se volvió a Napoleone—. Para él será como beberse un vaso de «*whisky*» o ginebra. ¿Verdad, Forte?

Forte sonrió con aire despectivo. Napoleone también sonrió, guiñando un ojo a Gentile.

—No duraría mucho este animal —contestó el «boss»— en manos de Kingsley. Ese hombre es inteligente, aunque cobarde, prudente. Te buscaría las vueltas, Giovanni, y pobre de ti...

Forte enrojeció aún más, brillando en sus negríssimos ojos una chispa de despecho y rabia. Napoleone sonrió, satisfecho. Le gustaba enzarzar a sus hombres, estableciendo así una rivalidad que le solía dar buenos resultados.

—Déjeme, jefe, que me haga cargo de Kingsley —bramó Forte, después de lanzar un escupitajo al suelo, cayendo muy cerca de donde estaba Gentile—. ¡No me asusta ese tipo ni creo que para liquidarlo haga falta el talento de Emanuele! ¡Cuánto endiosamiento para nada!

Nazzari y Napoleone rieron alegremente. Pero seguidamente hubieron de mediar para separar al pequeño siciliano y a Forte, que se enzarzaban, empuñando Gentile su cuchillo.

—¡Tienes la lengua demasiado larga y un día te la cortaré! —rugió Gentile, lívido de rabia—. ¡Somos de la misma raza y sabes que la guardamos y que todo se nos paga! ¡Métete en adelante con tu tía, bestia de tiro!

—¡Si te escupo, te dejo pegado al suelo, piojo inmundo! ¡Yo también soy siciliano, y no tan bruto como crees!

—¡Ya está bien! —gritó, con su voz de falsete, Napoleone, pugnando por no reír—. ¡Toda la fuerza se os va por la boca, como buenos sicilianos! ¡Aprended de mí, de los corsos, diablos! Gentile, después de comer, ya sabes: a buscar a Kingsley sin descansar. Y tú, Forte, a la cocina, y procura no echar veneno en la comida de Emanuele. Nazzari, ayuda a Forte.

—Jefe, ésa no es forma de hacer que la disciplina sea conservada —gruñó Gentile cuando se marcharon Forte y Nazzari—. Si soy el segundo del «gang», no debe rebajarme ante ellos. Un día llegará en que se metan con usted también...

—Que lo intenten, amigo mío —replicó Napoleone, sentándose pesadamente en un viejo sillón—. Y tú no seas tan suspicaz. ¿Aún no sabes lo infeliz que es Forte, lo manejable e infantil? Yo le excito el amor propio porque así le gusta, pero tú no debes ofenderte por ello. Parece mentira que seas tan inteligente... Cuando no estás tú, yo te alabo sin tasa y ellos reconocen tu valía. Hay que dar a cada uno lo suyo, Emanuele. Yo te estimo en un grado insospechado para

ti, te lo aseguro.

Gentile observó a Napoleone con desconfianza. No creía una palabra de lo que su jefe decía. Más bien creía lo contrario y así estaba en lo cierto.

Napoleone estuvo hablando después por teléfono con sus «clientes», aquéllos a quienes tenía sojuzgados con el «canon de protección», indicándoles su nuevo domicilio.

—Si por casualidad apareciese en su establecimiento Jackie Kingsley —agregaba después en tono imperativo, no deje de avisarme inmediatamente. Se me ha desmandado y quiere trabajar por su cuenta, intimándole a usted a que acepte sus servicios y me deje de lado. Esto sería muy grave para usted, mi querido amigo, por dos razones: Kingsley es un truhán, incapaz de defenderle a usted de ciertos granujas, y por otra parte, me temo que es confidente del

F. B. I.,

al mismo tiempo que trabaja para él.

Los clientes, indefectiblemente atemorizados, aseguraban que las órdenes de Napoleone serían cumplimentadas al pie de la letra. No ignoraban que Napoleone se vengaría de forma terrible si le traicionasen. No era la primera vez que un propietario de bar o club nocturno o «cueva» elegante, había desaparecido misteriosamente, sin lograrse saber nada de él, por negarse a pagar el «canon» o tratar de informar al

F. B. I.

del abuso que con él se cometía.

—Te ayudo, como ves —aseguró Napoleone, sonriendo afablemente—. En cuanto mis queridos protegidos echen la vista encima a Kingsley me lo dirán, y tú no tendrás sino acudir donde esté. Pero mientras tanto has de buscarlo, porque se habrá escondido, como muy bien dijo Forte. Mientras viva ese granuja no podremos estar tranquilos. ¡Mucho te estimo para haberte perdonado tu torpeza de dejarlo escapar, Emanuele, amigo mío! —susurró el corso—. Pero has de deshacer el error, si no...

Gentile palideció. Era muy inteligente, ciertamente; muy astuto, pero se desesperaba porque no acertaba a comprender plenamente la psicología de su jefe, lo que había dentro de aquella cabeza hermosa, de pelo ondulado, mitad naturalmente y mitad con

tenacillas calientes, en secreto. Sabía, sí, que era un hombre de una perfidia refinada, falso como Judas y cruel en grado ilimitado. Nunca se podía saber si estaba uno condenado a muerte, porque se cometiera un desliz simple o recibía la orden de asesinar a un compañero a quien acabara de llenar de alabanzas y promesas de premiar su buena conducta. Ahora mismo, en que le aseguraba que le había perdonado su error de no asesinar a Kingsley, ¿era cierto su propósito, o quizá Forte o Nazzari recibiesen la orden de liquidarlo mientras durmiese o en cualquier callejón de Cicero o Merwyn?

Llegó la noche y con ella la hora de cenar. Lo hicieron alegremente, cada cual simulando sus propios pensamientos y temores. Napoleone era el único que se mostraba realmente satisfecho. El no se iba a exponer nada en cuanto a lo de Kingsley. Mandaba asesinarlo y esto no representaba ningún peligro para él. Era el que mandaba y se quedaba en casa, mientras los otros peligrosaban.

Hacia las diez y media, Gentile se levantó y muy tardamente se movió hacia el perchero, recogiendo su trinchera, una bufanda negra y el sombrero flexible. Ya llevaba encima el cuchillo y la pistola. Forte le veía hacer sonriendo malignamente. Nazzari también sonreía, más porque le divertía la rivalidad entre Gentile y Forte que por otra cosa. Y Napoleone fumaba, mirando escrutadoramente a sus tres hombres, como analizándolos. No estaba realmente descontento de ellos.

Había sabido encontrar tres hombres, que cada cual por su estilo, por su carácter, por su inteligencia, podrían rendirle un trabajo adecuado; unidos los tres, con ser tan pocos, el «negocio» era muy amplio, produciendo a los aterrados «protegidos» la sensación de que se trataba de una banda de por lo menos veinticinco componentes, dado lo que se multiplicaban y acudían en el instante crítico donde eran precisos para «machacar» todo intento de rebelión de los oprimidos. Claro que el alma de todo ello era Napoleone, él mismo, con su talento, su astucia, su conocimiento psicológico de lo que era un «protegido» y lo que de él podía esperarse. Ellos sin él, nada. El sin ellos, el trabajo de buscar otros y educarlos ampliamente, «a lo gran general».

—Hasta luego —dijo, perezosamente, Gentile cuando ya estuvo en disposición de salir, sin más posibles dilaciones.

—Hasta luego, querido Emanuele —dijo, dulcemente Napoleone, sonriendo con gran afabilidad—. No fracasas, ¿eh? Si esta noche no puedes hacerlo, más vale que tardes más que no que fracasas. Si no logras conseguirlo... —La helada sonrisa del «boss» se acentuó, con un gesto de crueldad.

—Suerte, muchacho —dijo Forte, mirándole al pequeño siciliano con sorna—. Saldrás adelante, no lo dudo. Eres tan listo...

—Giovanni, a la cocina —ordenó Napoleone en tono seco—. No le hagas caso, amigo mío. Debes sentirte honrado con que te mande ejecutar esa orden. Los que no valen para nada son los que van a la cocina.

Gentile se marchó, arrastrando los pies, como si fueran empujándole y se resistiese. Nazzari y Napoleone cambiaron una sonrisa de inteligencia.

—Tiene verdadero miedo, por primera vez —murmuró el «boss», encogiéndose de hombros—. Sin embargo, a mí no me pareció peligroso el tal Kingsley. ¿Y a ti?

—Tal vez no sea verdadero miedo lo que sienta Gentile, jefe —explicó el «gangster» mientras echaba un poco de «*whisky*» en un vaso y bebía lentamente. Se limpió los labios con el dorso de la mano—. Los italianos, los latinos, no acabamos de comprender bien el carácter de estos anglosajones. Nos impone su frialdad, su lentitud en el pensamiento, que no significa carencia de inteligencia. Kingsley no hablaba; parecía no hacer otra cosa que estar pensando...

—Y lo que pensó, fue una estupidez llevada a la ejecución —rebatí desdeñosamente Napoleone, que no podía tolerar qué otro pudiera siquiera compararse a su talento.

—Con arreglo a su moral, cree haber hecho bien, jefe —contestó Nazzari con cautela—. Yo no creo que sea un cobarde por eso, y Gentile opina como yo. Eso es lo que le preocupa. Que sea un enemigo mucho peor de lo que parece. Los anglosajones son tercos, y, a veces, parecen cobardes porque tardan en dar la cara. Mas si se les convence de que deben luchar...

—Los latinos tenemos ese supremo bien de la agilidad mental, de saber con certeza lo que debemos hacer, y ejecutarlo sobre la marcha, mientras los otros lo están rumiando, como si fuese el problema de la cuadratura del círculo —rió Napoleone, muy

contento de su argumento—. Por eso Emanuele lo despachará pronto y sin exponerse demasiado. Si él no puede, y se queda en la cuneta... lo harás tú, ¿verdad? Serías mi segundo. Hace tiempo —su voz se hizo suave, cariñosa— que estoy pensando en darte ese cargo, Paolo. Emanuele se gasta, no logra imponer su autoridad sobre Forte... Sería una calamidad en caso de que yo ampliase el número de hombres de mí «gang». Si muere Gentile, no dejes de recordarme esto, querido Paolo.

Nazzari no pareció impresionarse ni poco ni mucho por la promesa de su jefe. Hizo un gesto de agradecimiento, y nada más. Conocía muy bien a Napoleone para fiarse de sus palabras. En realidad, el «boss» no tenía lugarteniente alguno. Se daba maña para que esto fuese así, aunque hacía creer a Gentile que era su favorito.

II



STABA nevando mucho y el frío era intenso, agravado por las rachas heladas procedentes del lago Michigan. Las nubes llegaban, densas, grises, del Canadá cercano, y se abrían para dejar caer la nieve en grandes copos, como plumón de ganso, que revoloteaban pesadamente, arrastradas por el viento.

Eran las once menos veinte y Kingsley paseaba, como si fuese de día y con espléndida temperatura, por Cermak Street, al oeste de Chicago, por Cicero. Cubierto por una trinchera, con el sombrero flexible muy bajado de alas, metida la cabeza entre los anchos hombros, tiritaba de frío y de nerviosismo. No paseaba, sino que no sabía adónde ir. Añoraba con infinita tristeza su cama de la pensión, su sillón de orejas, la estufa eléctrica, que dejara pocas horas antes porque allí podía finalizar su vida si se obstinase en quedarse.

Conocía muy bien a lo que se exponía cuando abandonó el «gang» de Napoleone Fratto, el malvado insuperable (y cuidado que él conocía jefes de «gangs»), para saber que con ello había decretado su sentencia de muerte. Esta ley era casi siempre seguida por todos los «boss» que operaban cometiendo crímenes, asesinatos, o contaban con elementos oficiales como asesores o «boss» encubiertos. Un elemento que desertaba pasaba a ser un peligro evidente para la integridad del «gang» en general y del «boss» en particular. Ante la desertión no había sino la muerte del que la llevaba a efecto por miedo, por serle imposible la vida allí, por rivalidad, por múltiples razones. Y para desertar hacía falta más valor que para seguir el rumbo fatal que solía conducir a la silla eléctrica o a manos de la Policía.

Kingsley era un producto, bastante numerosos eran casos como el suyo, de la ambición por una mejor vida en el menor plazo de tiempo posible. Antes de la guerra universal era un experto mecánico electricista, bien colocado en la Pullman Company, fabricante de vagones en Lake Calumet, Chicago. No tenía familia, o si la tenía era en lejanos Estados y muy desconectada de él por ser parentescos remotos también.

Sus ideas morales estaban en plena confusión. Simpatizó con los comunistas, que le llenaron la cabeza de extrañas ideas: algo así como hacerle creer que un día él podría ocupar el despacho del director de la empresa, conducir sus lujosos coches y gozar de la mansión que tenía, allá por Lake Drive Shire, donde estaban las regias mansiones de los ricachos y las amigas de ellos. Con esto, sus ideas religiosas apenas si tenían cabida en su mente intoxicada. No eran compatibles, ciertamente, y el soñar con ser potentado le agradaba más que pensar sensatamente en que en Estados Unidos aquello no dejaba de ser una estupidez.

Más si simpatizaba con el comunismo, no era un militante activo ni se prestó a hacer campaña por la idea «redentora», ni a secundar huelgas ni violencias. Se limitaba a esperar el momento en que le indicasen el despacho del director, los coches, la mansión y las amigas del potentado, para tomar posesión de todo ello. Por entonces tenía veintidós años.

La guerra universal lo arrastró fatalmente en su vorágine. Pudo haberse quedado en retaguardia, como experto de mano de obra

para la fabricación de material de guerra, pero no quiso. Le atraía la aventura, la posibilidad de subir adonde deseaba siendo un héroe. Y con varios camaradas de la factoría se alistó para los frentes, en los tanques. Luego había de resultar que sus compañeros se enrolaran porque, por la noche, cuando salían de la factoría, eran unos «gangsters» que sacaban un fuerte «plus» a sus ingresos como obreros. Y la Policía los andaba buscando, por lo que, huyéndola, entraron en el Ejército.

La violencia de la guerra, las aventuras, el pillaje a que se entregaron en los pueblos invadidos, y otros excesos, con la compañía de aquellos «gansters», hicieron de Kingsley el auténtico desesperado desprovisto de casi todos los escrúpulos. Le quedaba, sin embargo, la repugnancia a matar, a asesinar como medio de obtener un provecho material. Robó cuando encontró dinero, alhajas, objetos abandonados, en vez de entregarlo a sus jefes, pero no obligó a nadie a que lo entregara, ni menos mató. Esto exasperaba a sus compañeros, que no le comprendían y que deseaban verlo tan condenado como ellos, tan unidos a él en una misma suerte.

Terminada la guerra, volvió a Chicago con tres de sus compañeros. Otros tres habían caído; dos de ellos, fusilados por ladrones, asesinos de paisanos italianos. Y una mañana, llegó ante la puerta de la factoría de Pullman Company. Tenía su plaza y podía ocuparla, con aumento de jornal. Pero no llegó a entrar. Dio media vuelta y regresó al bar donde estaban sus camaradas, que habían sido rechazados por la Dirección, sabedora de su conducta como soldados rapaces. Era un grupo de desconectados con la sociedad... Ya no querían oír hablar del comunismo, conociéndolo. Querían ser ricos, gozar de la vida material, de los placeres que el dinero procura.

Habían visto a los comunistas rusos en Berlín, en Viena, y los consideraron aún más desgraciados que ellos mismos, pese a sus demagogias del paraíso soviético.

Y fue así como Kingsley, que ya había pecado, comenzado a pecar, cuando fue tanquista, en la paz ingresó en las filas de los que hacían la guerra al bien común. Un «gangster» más. Pero con la extraña diferencia de que él no se prestó jamás a cometer actos criminosos, asesinatos, atentados ni actos físicos contra la

integridad de las víctimas. Con gran desesperación de sus compañeros, que no comprendían aquella idiosincrasia especial, y que resultaban perjudicados porque no podían contar con él para lo que es vital en el «gánster»: la violencia.

Se separó de ellos y al día siguiente la Policía los exterminaba en una redada, de la que él salió libre porque no estaba con ellos. Y entonces se convirtió en un «gánster» solitario, con pocas probabilidades de medrar como deseaba. No era hábil para atracar a un transeúnte, a altas horas de la madrugada, yendo desarmado. Tenía que darle una paliza, exponiéndose a ser zurrado, y entonces le arrebatava lo que llevara encima, casi siempre unos dólares, pocos.

Llegó así al convencimiento de que aquello no era lo que le haría rico. Habría de ingresar en un «gang» que trabajase en asuntos importantes, o acabaría por ir a la cárcel por varios años al cometer un delito de poca monta, pero arriesgado.

Conoció, por mediación de otros, a Napoleone. Y entró en su «gang», que practicaba el «proteccionismo», expuesto, pero remunerador. Kingsley vio, oyó y sacó la consecuencia de que había de ser un asesino para hacer fortuna. Todos sus compañeros lo eran y ganaban mucho dinero.

Ésa era la disyuntiva que le aterró. No tenía capacidad para ser estafador; ello requería ingenio, audacia, don de gentes, conocimientos, influencias. No podía ser «boss», porque los caminos para lograrlo se le cerraban los jefes de las bandas, los «segundos», celosos, ansiosos de poder. Para subir tendría también que matar, intrigar, eliminar obstáculos que le impedían subir al primer puesto. Ser asesino, o dejar de ser «gangster», de poder hacer fortuna rápidamente.

Cuando Napoleone le ordenó «liquidar» a un agente especial que andaba investigando con ojo certero las actividades del «gang», Kingsley se rebeló abiertamente contra aquella orden. Su conciencia tenía todavía un punto flaco, por el que el Bien penetraba y se afincaba, derrotando decisivamente toda otra influencia destructiva absoluta.

No discutió la orden de Napoleone de matar al agente especial Axel Riemer, un gigante de origen danés, pero dijo a Gentile, en un bar, solos los dos, que él no asesinarla a nadie, y menos aún a un

agente especial del

F. B. I.,

considerándolo como una locura. Y que abandonaba la banda desde aquel instante. Le debían unos cientos de dólares, que no reclamó.

Gentile trató de disuadirle, y después le advirtió que su decisión suponía mucho más, de grave en sus consecuencias, de lo que creía Kingsley. Éste se encogió de hombros y salió del bar con tres dólares en el bolsillo, sin haber comido aún..., y sentenciado a muerte.

Así estaba ahora Jackie Kingsley mientras caminaba, «tomando el fresco», como se dijo mentalmente, sonriendo con tristeza, camino del bar donde trabajaba Bettina. Ella salía a las once y siempre que podía iba a recogerla, para ir juntos a casa de ella, en Marshall Boulevard.

No eran novios aún, pero si esto fue hasta entonces imposible, sabían ambos que se amaban y que si no se habían casado, sin hablar de ser novios, era porque Kingsley no disponía de ingresos para sostenerla. Bettina no sabía lo que era Jackie. Sí sabía que era un parado, uno de esos pobres hombres que al regreso de la guerra, de ser un héroe, no encontraba acomodo, trabajo, lugar adecuado donde fundar un hogar y ser un ciudadano que vivía de su trabajo.

Bettina compadecía sinceramente a Jackie por su «mala suerte». Quiso ayudarlo y le procuró alguna posibilidad de colocarse, pero «el pobre» Jackie estaba tan despistado, tan fuera siempre de lugar, que nada le parecía bueno, remunerador, asequible a la rápida riqueza.

Y ella, suspirando, trabajando duramente en el bar Mulligan, fregando platos y vasos, sirviendo en el mostrador, compadecía a Jackie, que tanto deseaba rodearla de riquezas, de bienestar, y por ello despreciaba las colocaciones modestas. ¿Cuándo podrían casarse, a ese paso, aunque ella siguiese trabajando para ayudarlo?

Penetró en el bar Jackie. Si no había comido ni cenado aún, no podía negarse una taza de café; algo caliente que meter en el desfallecido estómago. Quizá tuviese que pasarse toda la noche vagando por la ciudad, bajo la nieve y el frío espantoso, si no encontraba un rincón donde guarecerse.

Una oleada de estupendo calor le hizo aspirarlo con fruición. Olía a café, a humo de tabaco, a las tostadas calientes con

mantequilla, a salchichas y mariscos, y a «roastsbeef» y jamón frito.

Los clientes ante la barra, riendo, charlando, bromeando con Bettina, le inspiraban odio, envidia. Todos ellos podían comer, fumar, sentirse satisfechos, y eso que eran obreros, empleados modestos y algún que otro maleante que podía sacar del bolsillo un rollo de billetes y pagarse sus caprichos.

Bettina sonrió al verlo. El la miró con ternura, y luego con dureza. No le gustaba la profesión de la muchacha. Todo lo inmoral que él era, tan apartado de la senda de Dios, le parecía aceptable, cosa muy suya. Pero no podía tolerar fríamente el que ella hubiese de sonreír a aquellos hombres, tolerar sus chanzas, no siempre de buen gusto, y, a veces, mostrarse indignada cuando alguno iniciaba avances soeces. El podía ser un canalla, pero Bettina había de brillar por su virtud, por supuesto lejos de allí; solamente para él, los dos juntos en su casa, como marido y mujer.

Bettina era una americana, nacida en Chicago, de padres italianos. Bella, dulce, alegre, sus negros ojos, según el dueño del bar, eran la mejor mercancía que podía ofrecer a aquellos hombres, clientes habituales. Bettina era el negocio del bar. Otros establecimientos similares, mejor puestos, de las cercanías, no medraban como aquél porque no tenían en el mostrador a aquella linda muchacha que con una sonrisa, una palabra, hacía que ellos pidiesen más y más cosas, prendidos en el encanto de ella y haciendo cábalas para conquistarla.

—Hola —dijo él hoscamente, sentándose en una alta banqueta—. Va a dar tu hora, ¿sabes? Ahora, que despache ese negrero. Dame una taza de café bien cargado —miró con ansia los platillos con comida, sobre el amplio mostrador.

—Hola, querido —respondió ella quedamente, envolviéndole en una mirada llena de comprensión—. Sí, voy a vestirme ya. Hace mucho frío, ¿verdad? ¿Por qué vienes a buscarme, tonto? Con lo bien que se debe estar en la cama...

Ella cogió una doble taza y la llenó de café. Después, muy seriamente, en un plato sirvió un trozo de pierna de cordero asada, al que unió un panecillo caliente. Ya había visto que el dueño no estaba por allí. Antes de que Bettina se fuese, entraba él a la trastienda y cenaba.

—Si no tengo apetito —rechazó él con voz un poco trémula,

mirándola con suspicacia. ¿Se le notaría ya que tenía hambre?

—¡Bah! Eso lo metes en cualquier rincón de tu estómago sin esfuerzo alguno. Anda, date prisa... Voy, Mackenzie, voy —se dirigió a otro parroquiano, que llamaba golpeando con la mano abierta sobre el mostrador—. ¿Café con tostadas? Sí, el frío es horrible... Debiéramos emigrar todos de aquí al llegar el invierno. Hola, Macky. El «*whisky*», ¿eh? Mucho beber y poco comer... ¡Dios, qué hombres sin voluntad!...

—Cuando me hagas un poco de caso, dejo la bebida, corazón mío —exclamó el borracho, un obrero alto, fuerte, rojo el rostro, de ojos lagrimeantes—. Cuando quieras, Bettina, alma mía..., nos casamos.

Jackie volvió la cabeza para observar al admirador de la joven. Tenía ya cierta costumbre de escuchar aquellas cosas, dichas a su novia, pero sentía que cada vez tenía menos tolerancia. Ahora era un borracho, pero en otras ocasiones se trataba de hombres conscientes, que sabían lo que decían, y eran los más peligrosos.

Con rapidez, por si entraba en el bar el dueño, se comió el trozo de asado, con el panecillo, sintiendo una alegría que le conmovió. Bettina retiró rápidamente el plato y le instó a que se bebiese el café humeante mientras miraba hacia la trastienda. Aquello lo había hecho muy pocas veces Bettina, que era honrada, seria. Pero sabía también que el pobre Jackie no debía de comer apenas, si es que comía algo. Lo demostraba el ansia con que había engullido el trozo de pierna de cordero, el panecillo y el café doble. ¡Pobre soñador!

El dueño del bar salió, en la boca un cigarro puro humeante. Hizo un gesto amistoso a Kingsley y dijo a Bettina con aire campechano:

—Sírvele algo, muchacha. Lo paga la casa.

—Gracias, señor Mulligan. No ando bien del estómago —contestó, sonriendo Kingsley. Bettina le sirvió una copa de buen «*whisky*».

—El postre —dijo muy quedamente, sonriéndole con malicia. Jackie enrojeció. Lo agradecía, pero se sentía humillado reducido a la triste calidad de mendigo. Ella robaba al dueño del bar y él lo toleraba...

Mulligan echó un vistazo al mostrador, a la máquina registradora, y después, fumando tranquilamente, volvió a la

trastienda. Se acercó al aparato telefónico y marcó unas cifras.

—¿Napoleone? —dijo con voz muy queda, en un susurro, mientras miraba hacia la puerta que daba al bar—. Pronto, dígame que está aquí Kingsley, del que me dijo le avisase si venía. Tiene aquí la novia, que es empleada mía. Oiga: con ella no se metan, ¿eh?

—...

—Viene casi todas las noches a buscarla a esta hora, sí.

—...

—De nada —colgó el aparato, en su rostro reflejaba la rabia—. ¡Malditos canallas, cuándo me veré libre de vuestras zarpas!

Mulligan era uno de los muchos «protegidos» por Napoleone, pagando un «canon» de unos quinientos dólares mensuales. Y había recibido la orden del «boss» de denunciar la presencia de Kingsley, cosa que había tenido que hacer. Mulligan era un hombre decente, pero subyugado. Trató de resistirse a ser «protegido», pero en una «*razzia*» de Napoleone y sus hombres, una noche, arrasaron su establecimiento, so pretexto de una pelea entre ellos, y hubo de claudicar ante la amenaza de que a la noche siguiente «una bala perdida podía tocarle a él en la cabeza».

—Idos pronto —dijo cuando salió de la trastienda, dirigiéndose a Bettina—. Yo seguiré, anda...

La muchacha obedeció. Entró en la trastienda y se vistió rápidamente, poniéndose un gabán, y sobre él una capelina de piel de conejo o gato, pero que abrigaba. Un sombrero, de paño y fieltro, hecho por ella, completó su atavío.

—Hasta mañana, viejo —dijo la joven, sonriendo—. Cierre pronto, no sea avaro.

—Hasta mañana —replicó secamente Mulligan. Pensó si habrían tenido tiempo Napoleone y sus hombres de acudir a las cercanías del bar para asesinar a aquel muchacho idiota, que se metía en cosas odiosas, engañando a la pobre Bettina. Tenía que hablarle, decididamente, a él...

Salieron a la calle, y la nieve los envolvió, revuelta con las rachas de viento helado. Se cogieron del brazo, bajas las cabezas, apretados el uno al otro para escudarse de los blancos copos. Sin embargo, se sentían felices.

—¿Encontraste algo hoy, Jackie? —inquirió ella con suavidad,

casi humilde. El solía tener accesos de mal humor cuando le decía que buscara.

—No. Creo que pronto... ¡Maldita noche! Oye: no me gusta que hagas eso de darme cosas sin que se entere Mulligan. Lo acepté por no armar trifulca, pero si quiero algo lo pago, ¿sabes? Es feo, inmoral...

Ella sonrió, volviendo la cabeza. El pobre Jackie era tan vergonzoso, tan recto... Bien sabía ella que andaba muy mal de dinero, con tantos meses sin encontrar trabajo, aunque de cuando en cuando, según decía él, le salía algún quehacer durante unos días. Luego, tampoco quería aceptar dinero de ella, poniendo una cara muy fosca cuando le quiso meter en el bolsillo cierta cantidad.

Llegaron a Marshall Boulevard, y ante el número 349, donde ella vivía, se detuvieron unos momentos para despedirse. La nieve cubría sus cuerpos y el frío les atería.

—Hasta mañana —dijo él después de estrechar sus manos y besarlas—. Que tengas una feliz noche, bien arropadita en tu cama. ¡Qué delicia!

—Y tú también, Jackie. Oye: ¿sigues en la pensión de Cermak Street?

—Sí..., claro —repuso él evasivamente.

—¿Puedes pagarlo, querido? Mira, esta situación, por ti mismo, no puede seguir —exclamó ella con apasionamiento—. Es preciso que encuentres algo fijo, aunque no sea mucho al principio, Jackie. Tengo el temor de que no eres sincero conmigo, que estás pasando una grave crisis, y...

—Bobadas. Hasta mañana —repuso él acremente—. Métete en tu alcoba, que aquí te hielas. Hasta mañana —y se apartó de ella, partiendo a paso acelerado. El portal se cerró y él lanzó un suspiro de alivio. Bettina no era tonta y se daba cuenta de la situación de él. Menos mal que aún no sabía nada de lo que él hacía...

Caminó durante unos minutos por Marshall Boulevard, queriendo quitarse el frío pisando recio y moviendo los brazos con vigor. Pero el zapato izquierdo tenía la suela rota y dejaba entrar la nieve helada. La acera tenía casi medio palmo de nieve, ya helada, y resbalaba sobre ella.

¿Adonde ir, con aquella noche, no teniendo en el bolsillo sino tres dólares, que debía estirar hasta lo infinito para poder comer al

día siguiente? Si la pobre Bettina se enterase de la gravedad de la crisis económica y moral que estaba pasando...

Dióse a pensar dónde se metería para escapar de aquella borrasca de nieve y frío. Había ciertos refugios, no muy lejos, donde por unos centavos podría disponer de una cama. Pero Napoleone no debía ignorar la existencia de tales lugares, y seguramente sus hombres le buscarían allí. Ello equivaldría a la muerte, en pleno sueño, seguramente. Si se metía en un bar, hasta la una de la madrugada, o algo más, gastaría dinero y tampoco era una solución, porque a las dos, cuando fuese mayor el frío, tendría que salir de nuevo a la calle. Y aquel zapato maldito, que parecía tragar más agua helada que una esponja, empapando el calcetín... Y los bajos del pantalón, rígidos por el barro congelado, que le subía hasta las rodillas...

Sintió que un furor indomable le invadía. Aquello distaba mucho de ser la buena vida que se prometiera y que otros llevaban, sin más merecimientos que él. Solamente porque no vacilaban en llegar hasta donde fuese preciso. El, con sus prejuicios, que calificaba de idiotas, se veía así. Y, una de dos, o entraba por la senda del crimen, del asesinato, como los otros, o se dedicaba a ser una persona decente, un obrero que ganase sus diez dólares, o quince diarios, dejando a un lado aquellos sueños de grandeza.

Tiritando como un perro abandonado, sin tener siquiera el consuelo de llevarse a los labios un cigarrillo encendido, hablando en voz alta, vociferando, llegó así a Douglas Park. No tenía humor para ver ni admirar los jardines, cubiertos de nieve, que resplandecían bellamente bajo la luz de los reverberos, con un aspecto fantástico.

Pero si vio, en aquella soledad, sin un transeúnte, sin un agente de la Policía de ronda un coche parado, con los faros encendidos, a través de cuyas luces revoloteaban los grandes copos de nieve. Y un hombre, el ocupante del coche, inclinado sobre el «capot», cuya tapa estaba levantada. Maldecía el hombre, envuelto en un gabán con cuello de piel, yendo de los mandos, en el interior, al «capot», mientras pateaba para ahuyentar el frío.

Kingsley se aproximó lentamente, metidas las manos en los bolsillos de la blanca trinchera, cubierta de nieve. Sintió cierta alegría al ver que aquel hombre, sin duda adinerado, estaba

pasando tanto frío como él, con el coche averiado, sin saberlo poner en marcha.

—¿Le pasa algo? —preguntó con voz llena de inocencia sarcástica al dueño del coche—. Con esta noche, una avería...

El hombre se volvió un poco asustado, llenos de grasa y suciedad los guantes.

—¡Son odiosos estos chismes! —exclamó con rabia—. Cuando más falta hacen, se paran... ¡Yo qué sé lo que tiene esta bestia! —Y dio un puntapié con infantil coraje a una de las ruedas delanteras.

—¿Arranca el motor? —preguntó Kingsley, asomándose al interior del coche—. Veamos, señor... —Dio al encendido, que funcionó. El dueño le miró como si fuese un mago o un enviado de la Providencia. Kingsley comprobó que era el agua del radiador la que estaba helada y que sofocaba la marcha del motor.

—Es el agua, que está helada, señor —dijo encogiéndose de hombros—. No podrá arrancar si no echa un cubo de agua caliente para que circule en los tubos. Avise a un coche grúa y que se lo lleven. No pensará pasar aquí la noche.

—Ni dejar el coche aquí tirado —gruñó el dueño, dando patadas en el suelo—. Vivo al otro lado de Chicago. ¡Maldito chisme!

Sonrió Kingsley. Una idea se le estaba ocurriendo.

—Con mucho gusto avisaré desde un bar a una estación de servicio para que vengan a ayudarlo. La cosa es fácil, ya lo verá.

—¡Caramba! Muchas gracias —exclamó el hombre, de unos sesenta años, bajito, delgado, con cara de apocado—. Muchas gracias. No me atrevo a ofrecerle —se llevó una mano al pecho, sin llegar a él, cohibido— unos dólares por la molestia.

—¡Oh, hágalo, no tema! —exclamó a su vez Kingsley, riendo extrañamente—. ¿Lleva muy repleta esa cartera? ¡Vamos a verlo! —Y su voz se hizo dura, metiendo ostentosamente una mano en un bolsillo de la trinchera, en un gesto expresivo—. ¡Venga! Si saco la mano será con algo que no le guste.

El hombre le miró con asombro y temor y levantó ambas manos con gran rapidez. Comenzó a temblar, poniéndose lívido.

—No suponía que fuese usted... un..., un canalla —dijo con la voz apretada por la rabia.

—¡La cartera! —exclamó Kingsley, y metió la mano izquierda en el bolsillo interior de la americana del otro. Sacó la cartera y la

abrió sin dejar de mirar al dueño del coche—. ¡Métase dentro del coche y estese quieto! Si grita lo hago polvo.

Dentro de la cartera halló Kingsley ciento veinte dólares en billetes y un talonario de cheques, documentos, papeles. Cogió una tarjeta y se la guardó, además de los dólares.

—Es un préstamo, señor —dijo con voz suave—. Soy un parado, sin domicilio, sin comer... ¿Me comprende?

—No. Yo no comprendo que un muchacho como usted no tenga dinero, ni casa, ni pueda comer —murmuró el dueño del coche con desprecio—. Será un maldito vago, que encuentra mejor robar a las personas decentes en vez de trabajar. ¡Llévese ese dinero, sí! Eso y otras cosas más le llevarán a la «silla»...

Kingsley, muy pálido, levantó la mano izquierda, con el puño cerrado. Mas el hombrecillo se irguió valerosamente, sin rehuir el cuerpo, bajando los brazos. Y el golpe no llegó a descargarlo el joven.

—Avisaré a la estación de servicio —dijo con voz serena Kingsley—. Mi palabra. Y su dinero es un préstamo. Tengo su dirección y algún día lo recibirá.

Partió rápidamente. El dueño del coche no dijo una sola palabra, ni llamó a la Policía a gritos como temiera Kingsley.

En California Street vio Jackie la luz de un bar, a cuya puerta había un par de coches, blancos de nieve. Sonrió agradecidamente cuando el aire caliente que allí había le hizo enrojecer el rostro rápidamente. Fue a una cabina telefónica y miró la guía. En la misma California Street, no lejos, había una estación de servicio y avisó para que fuesen a ayudar a aquel hombre a quien había robado los ciento veinte dólares. Pidió después una doble taza de café muy caliente, que bebió a toda prisa, pagó y salió de nuevo a la calle. Temía que el dueño del coche le persiguiese, denunciándolo a la Policía.

En South Western encontró un «taxi», que dejaba su carga ante un bar, y subió a él.

—South State Street, esquina a Roosevelt Road —dijo al chofer.

—¿Puedo tomarme un café, amigo, antes de arrancar? —preguntó el chofer—. Estoy helado maldita sea. Tenemos el invierno más feroz desde hace diez años. Vuelvo dentro de cinco minutos.

—Vamos —dijo Kingsley, y penetró con él en el bar, donde pidió

otro café para él. Tenía deseos de llenarse el estómago de líquidos calientes para combatir el frío interno. Sus pantalones y zapatos dejaban un charco de agua en el suelo, rezumando.

Cuando una vez levantó la cabeza, mirando a un lado a los clientes, vio a Gentile, que tomaba una copa de «*whisky*» y sonreía amistosamente, mirándole con los ojos casi cerrados.

III



Kingsley no le hizo la menor gracia ver de nuevo a Gentile. Ese instinto que suelen poseer los que viven fuera de la ley, como un estado de perpetua alarma y desconfianza, le avisó que aquel encuentro no podía catalogarlo como satisfactorio. Era él un desertor de un «gang» de asesinos y conocía sobradamente los peligros que podían acarrearle su decisión.

Gentile, al parecer muy contento, con su sonrisa meliflua, se acercó a él portando el platillo con la copa de «*whisky*», sentándose en una banqueta a su lado.

—Hola —dijo mientras miraba de reojo al chofer del «taxi», que bebía el café a cortos sorbos, como paladeándolo—. ¿Qué hay de nuevo? ¿Sigues con tu decisión de apartarte del asunto nuestro?

—Desde luego —respondió secamente Kingsley—. Pero ya sabes

lo que te dije. Por mi parte nada habéis de temer —hizo un gesto a Gentile, indicándole que el chofer estaba escuchando—. Bueno, adiós, Emanuele. Tengo prisa.

—¿Tienes un «taxi» esperando? —preguntó Gentile—. Hombre, si no te molestase mucho, quisiera que me llevases después a Cicero. Con esta noche no se ve un coche. ¿Vas tú muy lejos?

—Creo que no va a poder ser, Emanuele. Lo siento. Voy lejos, sí.

—Y yo quiero encerrar pronto —aseguró el chofer, mediando en la conversación—. He de llevarlo al garaje para el turno segundo, en que lo ocupará otro compañero. ¿Vamos, amigo? —dijo después, dirigiéndose a Kingsley.

El joven pagó la consumición de los dos. Gentile se encogió de hombros. Y salió detrás de Kingsley y del chofer, más amplia su sonrisa zorruna.

Ya en la calle, el italiano, después de mirar a un lado y otro, abrió la portezuela mientras sacaba una pistola con gesto decidido.

—Entra, Jackie, y no hagas tonterías. Tú —se dirigió al chofer, que se había quedado rígido de terror—, al volante, y mira lo que haces. Vamos al final de Odgen, al campo. Me gusta ver nevar allí. ¡Vamos!

Kingsley perdió el color, sintiendo un frío extremado en la espalda. Su temor se había confirmado y reconoció que era lógico fuese así. El paso que había dado, abandonando el «gang», no podía tener otro resultado. Napoleone obraba como lo hubiera hecho otro «boss» cualquiera muy metido en andanzas graves a quien se le va un elemento que conoce los secretos de la banda. El idiota había sido él, Kingsley, por entrar en un «gang» donde se le exigiría una absoluta sumisión en ciertos menesteres.

El chofer se sentó al volante con una solicitud indicadora de un pánico cervical. Y Gentile entró en el coche y se sentó al lado de Kingsley, apuntando con su pistola al pecho del joven. Arrancó el coche velozmente, patinando sobre la nieve, en el asfalto.

—¿Por qué todo esto, Emanuele? —inquirió Kingsley con voz reposada, tratando de refrenar sus nervios—. ¿Te ha mandado Napoleone que me liquides?

—Precisamente. No dirás que no te advertí que hacías una majadería con marcharte. Esas cosas, Jackie, son niñadas, que se pagan caras. ¿Íbamos a estar pendientes de que te diese la

humorada de avisar al

F. B. I.

para que nos llevasen a la silla? —replicó Gentile en tono paternal.

—Pero yo no tenía tales pensamientos. ¿No lo hubiera hecho ya, de tener malas ideas contra vosotros? Me marché porque... ya lo sabes. No me gustan ciertas cosas. Si hubiera querido, ya estaríais encerrados, ¿no?

—Es posible. Pero quien quita la tentación, un día, de perjudicarnos, quita el peligro. Estando callado para siempre viviremos mejor nosotros. Sabemos que el agente especial ése te anda siguiendo los pasos. Un día te hubiera echado la mano encima y cantarías aunque no quisieras.

—A mí no me sigue nadie —contestó Kingsley con calor—. Yo no soy sospechoso. Tampoco hablaría, aunque me hiciesen trizas. Quitando que no quiero derramar sangre de nadie, por lo demás soy un compañero de fiar. ¿No lo has visto en estos días? ¿Me he metido con vosotros? ¡Contesta, Emanuele! A un hombre no se le puede asesinar por simples suposiciones, cuando las realidades son que se porta bien. ¿Comprendes, Gentile? ¿Comprendes?

Gentile se sentía muy ufano al poder llevar a un terror espantoso a Kingsley. Lo veía acobardado y se daba cuenta de su sufrimiento, en aumento conforme el coche avanzaba yarda tras yarda hacia el campo, en las afueras de la ciudad. Su espíritu de asesino nato deseaba, más que matar por matar, gozar en los momentos que precedían al acto mismo del asesinato. Tenía por templado, duro, a Kingsley, pero ahora veía lo contrario en aquel momento de prueba.

—Bueno, chico, seré rápido y certero contigo —repuso con voz suave, llena de sarcástica entonación, como compasiva—. La vida que llevas, y la que llevarías en adelante, con tus idiotas prejuicios, no es como para deseársela, ¿no te parece? Creo que te hago un favor, sinceramente. Y lo mejor será que te calles, porque no respondo de mis nervios y quizá dispare contra ti ahora mismo, sin bajar del coche. Eres un cobarde y eso me fastidia.

El coche estaba ya en Odgen Avenue, más abajo de Cicero, donde la iluminación era más deficiente. Las edificaciones se sucedían más de tarde en tarde. Factorías, grupos de colonias, parques, grandes trozos de solares. Y nevaba densamente, iluminando los faros una espesa cortina blanca, que parecía

impenetrable.

El coche derrapó varias veces peligrosamente. Gentile gritó al chofer:

—¡Ten cuidado, tú, o también te meteré una bala en la cabeza!

—Está helada la nieve y no puedo dominar bien la dirección —contestó, con voz temblorosa, el hombre—. Hago lo que puedo...

Kingsley, con las manos sobre el pecho, baja la vista, apenas si pensaba en otra cosa que en ver la manera de salir de aquel peligro mortal. No se acordaba de Bettina, de lo que la quería y lo que ella sentiría su muerte. ¡Había que no llegar a aquel instante fatal de la muerte!

Le extrañó que el coche marchase dando aquellos bandazos, que encolerizaban tanto a Gentile. No iban ahora tan aprisa que no se pudiese llevar, relativamente bien, la dirección. Y el vehículo «derrapaba» sobre las ruedas traseras mientras el chofer maldecía, excusándose. En aquellos envites, Gentile se echaba sobre Kingsley, o éste sobre él.

Agradeció, mentalmente, al chofer su carencia de experiencia para dirigir el «taxi». Aquellos bandazos podrían ser aprovechados quizá... En el próximo...

A la vuelta de un recodo, en la carretera, el chofer quiso refrenar algo la marcha para tomar la curva lentamente. No lo consiguió bien y el vehículo llegó a la cuneta, como si fuese a salirse por la tangente. Dio un rudo frenazo, lanzando una nueva maldición, y Gentile fue a chocar contra Kingsley, que se apartó un poco de él, haciendo que el «gangster» se inclinase más aún, falto de apoyo. Su mano, con la pistola, bajó hasta el piso del coche, hincando un hombro en el pecho del joven.

Kingsley sabía que era más fuerte, físicamente, que aquel pequeño italiano. Más alto, más ancho y potente... Y aprovechó el instante.

Con ambas manos, cerrados los grandes puños, golpeó con loca furia la nuca, el rostro de Gentile y después aprisionó la mano que tenía la pistola, retorciéndola con saña inaudita. Iba en aquellos esfuerzos nada menos que su vida.

Gentile se revolvió como una víbora, jadeando de rabia y dolor. Soltó la pistola y quiso sacar su cuchillo, pero los brazos, como torniquetes, de Kingsley, lo sujetaban férreamente, tendido encima

del siciliano.

—¡Duro! —rugió el chófer, que había parado el coche—. ¡Mátelo a ese asesino! ¡Menos mal que comprendió mis artimañas, hermano! Espere, voy a ayudarlo...

Se bajó del coche el chofer, empuñando una llave inglesa. En su mirada brillaba un destello asesino; el del hombre que ha visto la muerte muy cerca, sin buscarla, sin merecerla y que ve ahora la forma de vengarse.

Kingsley aplastaba con su peso a Gentile, que daba puntapiés, gruñía, se revolvía, luchando ahora por su existencia, cuando creyó poder disponer de la de aquellos dos hombres sin sentir compasión alguna.

—No lo mate —gruñó Kingsley cuando el chofer, bramando de rabia y miedo, la llave inglesa en alto, buscaba un resquicio para descargar sobre la cabeza de Gentile un golpe mortal—. ¡Cuidado con excederse! Atémoslo.

—¡Qué diablos! —gritó el chofer, que recordaba su angustia pasada—. ¡También me hubiera liquidado a mí, para evitarse testigos! ¿Vamos a tener compasión de un asesino profesional? ¡Aparte, si usted no quiere hacerlo! ¡Tengo seis hijos, mujer, suegra, suegro, abuela! ¡Todos comen de lo que yo gano y este canalla quería matarlos de hambre!

Kingsley, sin perder la serenidad, consideró que ahora era más peligroso, no para él, el chofer, que el mismo Gentile, agotado. Hubo de rechazar violentamente, con un brazo, las acometidas del conductor, deseoso de abrir la cabeza de Gentile con la llave inglesa. La cólera de un hombre pacífico, como de siempre lo fuera aquel hombre, se tornaba en feroz cuando se le sacaba de sus casillas haciéndole pasar un pánico mortal.

—¡Quieto, hombre! —gritó Kingsley, colérico—. ¿Sabe que cometería un homicidio, idiota? ¿Y que la silla le podría esperar? ¡Traiga una cuerda!

El chofer, renegando, fue a buscar debajo del asiento una cuerda. Se la entregó a Kingsley, pero aprovechando un solo instante propicio, descargó varios terribles puñetazos sobre el rostro de Gentile, que estaba desmayado ya.

—¡Toma, canalla! Al menos irás bien servido, por el miedo que me has hecho pasar. ¡Te llevaremos a la Policía y te pudrirás en el

penal de Joliet! ¡Toma, toma...!

Kingsley hubo de acudir en socorro del desmayado, porque el chófer iba a matarlo a puñetazos.

—Ya está bien, amigo —le cogió de los brazos, empujándole rudamente—. Lo llevaremos a la Policía y que lo juzguen.

Cuando estuvo bien atado, el chofer ocupó su puesto al volante. En el asiento posterior iba Gentile tendido. Kingsley, súbitamente, dióse a correr, metiéndose en el campo, entre la nieve espesa que caía, como un telón blanco. Era imposible ver nada más allá de diez yardas de distancia.

—¡Eh! ¡Oiga! —gritó el chofer, atónito, asomando la cabeza por la ventanilla—. ¡Oiga, amigo! ¿Adónde diablos va? ¡Oigaaa...!

Kingsley corría, velozmente, por el campo, envuelto en los torbellinos de nieve, cegado, pero alejándose del «taxi» más y más. Sabía lo que hacía. No podía él llevar, con el chofer, a Gentile ante la Policía. Si no tanto como el siciliano, un asesino, él también tenía cosas delictivas que ocultar; la Policía le preguntaría a Gentile, a él. Careos, detención, interrogatorios...

Corrió durante un rato más. Oyó, a lo lejos, el rumor del «taxi», de su motor sobre la carretera. Y la luz, muy leve, de los faros, intentando taladrar la cortina blanca de la nieve, que bajaba lentamente, espesa.

El frío lo agarrotaba. Aquel maldito zapato roto, que rezumaba nieve, agua helada... Y pisaba fuerte, moviendo los brazos con vigor, para no helarse. La trinchera no le abrigaba nada. Era como si fuese de cartón, helada, rígida, cubierta de nieve. Pero prefería aquello a comparecer ante la Policía, a ser fichado y en adelante vigilado estrechamente.

Volvió a la carretera. En el campo chapoteaba más, sobre la mojada tierra, los charcos helados, la nieve. En el asfalto había como vías sin nieve, hechas por las llantas de los coches.

Lejos, divisó, durante unos segundos, una blanca luz. Quizá una casa. Apretó el paso, queriendo llegar pronto allí; deseando así entrar en calor a fuerza de andar apresuradamente, con agitación. Sudaba su frente, reaccionando un poco. Pero las piernas las tenía heladas, casi insensibles, porque los pantalones, empapados, rígidos por el hielo, le hacían tiritar, invadiendo el frío su vientre, el pecho. Sentía la sensación de que caminaba desnudo, azotado por la nieve

y el helado cierzo.

La luz se hizo más visible, más clara. Recordó entonces que cuando pasaron antes, a la ida, en el «taxi», vio que era una estación de servicio, al lado de la carretera. Y apretó más el paso, jadeando fuertemente, no por el cansancio, sino para reaccionar contra el terrible frío.

Se acercó a la estación de servicio, que tenía varios reverberos y tubos de neón, de colores. Era un edificio bajo, con una gran marquesina de cemento. Varios surtidores, inyectores de aire y aceite. Y, lo que más le alegró, un gran camión allí detenido. Dos hombres trabajaban, renegando, en cambiar un neumático en el juego delantero de ruedas.

Allí no caía la nieve, aunque el helado cierzo era igual de cruel. Se cobijó bajo la marquesina, observando a los del camión. Alternativamente, dejaban el trabajo para azotarse con los brazos el cuerpo, como aspas de molino.

—Buenas noches —dijo colocándose ante el chofer y su ayudante—. La noche es horrible, ¿eh?

—¿Usted cree? —contestó sardónicamente uno de ellos, levantando la mirada—. Si quiere sudar, eche una mano.

—Ya acabamos —dijo el otro, terminando de apretar unas tuercas en el cubo de la rueda—. ¡Qué bien se debe de estar en la cama, hermano!

—¿Van a la ciudad? —inquirió Kingsley, y cogió una herramienta, con la buena intención de ayudar, de hacerse simpático.

—¿A Chicagó? Sí —respondió el chofer en tono menos adusto—. Deje, ya está todo hecho. ¿Por qué lo pregunta?

—Vengo andando desde mi casa, a tres millas de aquí, porque ningún «taxi» quiso ir a recogerme —respondió en tono malhumorado el joven—. Voy a la ciudad y preveo que será andando. A no ser que ustedes me quieran ceder un sitio. Pagando, desde luego, lo que sea, y agradecido.

—Sí, hombre, sí —replicó el chofer, sonriendo—. Hace un rato pasó un «taxi», por cierto, y creo que iba el chofer solo. Bueno, Jam, vamos. ¡Adiós, Percy! —gritó al encargado de la estación de servicio, que los contemplaba a través de los cristales, en el interior del edificio—. Ande, amigo, suba a la cabina.

—¿Qué les tengo que abonar? —dijo Kingsley, sacando unos billetes de Banco—. Se lo agradezco, amigo.

—Guarde eso, hombre —gruñó el chofer—. Mire, cuando lleguemos, nos convida a una copa y tan amigos. ¡Vamos, o nos helamos en este maldito descampado!

Subieron los tres a la cabina y Kingsley se colocó entre el chofer y el ayudante. El potente motor diesel arrancó con gran estruendo y a poco entraba el camión a toda velocidad en la gran carretera, prolongación de Odgen Avenue. La nieve seguía cayendo tenazmente, con grandes y volanderos copos, poniendo una blanca cortina ante la luz de los faros. Mugía la sirena, avisando, mientras el chofer aceleraba la marcha, con esa inconsciencia propia de los conductores de tales monstruos, que, en caso de colisión con un turismo, saben que llevan las de ganar.

Kingsley estaba contento. Hubiera sido horrible tener que ir andando hasta el centro de Chicago, con aquel temporal de nieve y frío. Antes de la madrugada no habría llegado, si el frío se lo hubiera permitido.

Media hora después, el pesado camión, de doble juego de ruedas traseras, se detenía ante un bar en Cermak Avenue.

—Si quiere, podemos tomar aquí la copita, amigo —dijo el chofer—. Sirven buen «*whisky*» en este bar.

Bajaron los tres y Kingsley hizo que sirviesen un doble café y doble ración de «*whisky*» de marca. Compró un paquete de «Camel» y repartió pródigamente cigarrillos mientras charlaban acerca de las penalidades del conductor de camión. Pagó y se despidió de ellos, agradecido.

En la misma calle, en el 797, había una pensión donde alquilaban camas para dormir. Kingsley pagó adelantado el medio dólar, y cinco minutos después, bajo las mantas, que le prestaban un delicioso calor, pensaba qué habría sido de Gentile. La aventura había sido, ahora se daba cuenta de ello, con la mente más tranquila, sencillamente pavorosa. Mucho tenía que agradecer a aquel chofer del «taxi», que con sus tretas, haciendo que el coche danzase sobre la nieve, permitió que él, Kingsley, se deshiciese de Gentile con relativa facilidad. El hombre fue listo y salvó también su vida.

Se durmió como un leño poco después. Y eran más de las once

de la mañana cuando despertó, mirando azorado a su alrededor. La realidad se impuso y comenzó a vestirse, sintiendo mucho apetito. Volvió a pensar en Gentile, el maldito asesino enviado por Napoleone. ¡Maldita ley de la represalia, la que regía en aquellas partidas de asesinos! ¿No podía un hombre negarse a cometer asesinatos si su conciencia se lo prohibía?

Salió a la calle. Las barredoras mecánicas del municipio, con sus chorros de agua caliente y los grandes cepillos rastreantes, limpiaban las calles velozmente. Pero el cielo seguía anubarrado, gris, presagiando más nieve. El alargue helado del lago, fino, cruel como un cuchillo, helaba el aliento de los transeúntes, que caminaban aprisa, encogidos.

Penetró en un bar y se sentó ante una mesita. Pidió huevos fritos con jamón, tostadas y café, mucho café hirviendo. Tenía dinero para unos días y esto le producía una gran paz.

El encargado del bar le observó disimuladamente mientras daba a la máquina registradora. Había pocos clientes, y en un momento de descanso, penetró en la trastienda, marcando al teléfono un número.

—Diga a Napoleone que su hombre está aquí, desayunando —dijo en voz muy baja—. Oiga: que no quiero líos en el establecimiento, ¿eh? Lo esperan, si quieren, en la calle.

—...

Colgó y salió de nuevo al mostrador. Kingsley fumaba un cigarrillo, abstraído, satisfecho con tener el estómago bien lleno de alimentos calientes. El encargado del bar se iba sintiendo intranquilo. De buena gana cogería a aquel hombre de un brazo y lo expulsaría de allí. Era un «protegido» el dueño, que no estaba ahora allí, pero que había recibido la orden de Napoleone de denunciar la presencia de Kingsley. Y había que cumplirla o recibir unos tiros en el cuerpo si el «boss» corso se daba cuenta de que lo traicionaban.

Kingsley se levantó, poniéndose la trinchera, y el encargado lanzó un estruendoso suspiro de alivio. ¡Pensar que aquel diablo estaba sentenciado a muerte y tal vez no lo supiese! Bueno, sería un asesino, como los otros... ¡No poder hacer una redada con todos ellos y colgarlos de los árboles de un parque, para escarmiento general de maleantes!

Kingsley salió a la calle, mezclándose entre los transeúntes.

También él pensaba en Napoleone, que quería matarlo. No era una situación la suya como para estar confiado, dormido. Recordaba ahora que en aquel bar había estado antes con Gentile y Forte, que conocían al encargado. Los hombres de Napoleone conocían a muchos dueños y encargados de bares en diferentes sitios de la ciudad. Cosas de la «protección». Y desde luego, no debía volver él a aquellos sitios donde estuviera con ellos. Podían avisar a Napoleone y jugarle una mala partida.

Entró en unos grandes almacenes, en South Western Avenue, y se compró unas buenas botas, en lugar de zapatos. Tenía que pasar malas rachas de escasez de dinero y proveerse de lo que más necesitaba, ahora que disponía de un centenar de dólares. En el piso bajo adquirió también un gabán de recio paño, impermeabilizado. El frío le aterraba y era probable que tuviese que afrontarlo, sin poder encontrar una cama donde dormir por las noches.

Deambuló por las calles, pensando casi siempre en Gentile. ¿Qué suerte habría sido la suya? ¿Lo habría entregado el vengativo chofer del «taxi» a la Policía? Si fue así, ya estaba listo el siciliano. Estaba fichado y esta vez lo apretarían de firme con una buena condena en Joliet. Era muy mal bicho el tal Gentile, qué diablos.

Compró a un muchacho el «Chicago Tribune», por si decía algo de Gentile. Quizá la banda de Napoleone estaba ya aniquilada, presos el «boss» y sus odiosos hombres. Gentile podría haber cantado...

Se detuvo, petrificado, en la acera, leyendo unos titulares del periódico, en segunda plana. Era lo que menos esperaba...

«UN “TAXI” ABANDONADO, CON EL CHOFER ASESINADO, ES ENCONTRADO POR LA POLICÍA EN WEST HARRISON STREET», decía el titular.

—Es mucho Gentile... —murmuró, roncamente, Kingsley, sintiendo correr frío sudor por la frente. Y siguió leyendo mientras caminaba lentamente, sin rumbo fijo.

«Esta madrugada, hacia las cuatro, un agente uniformado, que prestaba servicio en West Harrison Street, vio un “taxi” parado frente al número 1467 de la calle. Como no tuviese las luces encendidas y suponía ello un peligro para la circulación, dada la gran nevada que estaba cayendo y la oscuridad reinante, se acercó al vehículo para llamar la atención al chofer. Pero observó que era

cadáver. Había recibido una puñalada en la parte posterior del cuello, en la nuca. No vio señales de lucha. Seguramente, mientras conducía, el asesino o asesinos le agredieron desde la parte posterior del vehículo. El infortunado chofer se llamaba James Britton y deja mujer, seis hijos y otros familiares, todos a su cargo, según nos comunican desde la Sección de Homicidios, existe alguna pista para dar con los causantes de este alevoso crimen».

Kingsley lanzó un penoso suspiro, sintiéndose muy desgraciado, muy responsable de la muerte de aquel pobre taxista. Si no lo hubiera abandonado, huyendo a campo a través, por eludir a la Policía, habrían llevado a Gentile, bien vigilado y atado, a dónde merecía ir. Había ocurrido sin duda, algo muy sencillo. Mientras el chofer conducía el «taxi», Gentile fue desatándose, recobrando el conocimiento, y cuando estuvo listo, acometió por la espalda al pobre Britton, ocupado en conducir. Gentile era astuto como una serpiente y tan traidor y cruel como esos ofidios. Ahora la tragedia estaba consumada. Seis hijos, la esposa, los dos suegros, la abuela, en la miseria. Quizá, menos los suegros, llorándole sin consuelo.

Y Gentile, vivo, deseoso de vengarse, quizá buscándole para esta vez no errar el golpe. Un bonito panorama, lleno de inquietud mortal. Había sido él, Kingsley, un perfecto idiota con no dejar que el chofer machacase con su llave inglesa la cabeza del terrible siciliano. Tenía razón en querer suprimir a semejante alimaña, hez y escoria, a quien la silla eléctrica acabaría por recibir en su duro asiento más o menos tarde. ¡Tantos escrúpulos con quien no los merecía!

Kingsley, lleno de tribulación, de miedo, dobló el periódico y lo metió en un bolsillo de su flamante gabán. Se encontraba como el náufrago a quien tienden una mano, cuando se ahoga y después lo sueltan con refinada crueldad para que muera irremisiblemente. Creía que Gentile estaría entre rejas, casi camino del penal de Joliet, pero lo cierto era que el siciliano se mostraba más peligroso ahora que nunca.

Dio comienzo para él un estado de terror de los más agotadores y espeluznantes. El creerse seguido por Gentile, quizá por todos los demás secuaces de Napoleone, incluso por el mismo «boss». Se habían propuesto asesinarlo, y él sabía muy bien que difícilmente un hombre puede escapar a semejante persecución. Había infinitos

casos, en los bajos fondos, de hombres asesinados tras una de estas persecuciones lentas, implacables, decretadas por un «boss» contra un elemento traidor. Las formas de llevarlo a cabo eran infinitas. La misma Policía, muchas veces, no pudo evitar el desenlace fatal, pese a proteger al sentenciado a muerte.

Se encontró intranquilo, desasosegado, paseando por las calles. Un coche podía pasar a su lado, y de él partir una ráfaga de «Thompson», a él dirigida. Un hombre podía acercársele y darle una puñalada, huyendo entre la confusión general de los transeúntes. Era muy posible que Gentile, con la pistola en el bolsillo de la trinchera, le conminase a entrar en un coche cercano, bajo pena de muerte si no obedeciese. Y si le obedecía, la muerte también sería con él.

Miró a su alrededor, pretendiendo hacerlo con disimulo. Tal vez Gentile estaba vigilándolo, siguiéndole, buscando el instante propicio para matarlo. No temía a Gentile, a aquel hombrecillo de fuerzas físicas poco estimables, sino a su astucia, a sus traidoras mañas, a la sorpresa de que se valdría para acometerlo. Una leve presión en el gatillo de una pistola, y bastaba para dejar a un hombre muerto. Un cuchillo lanzado desde varias yardas de distancia, oculta la mano que lo impulsa, deja igualmente a un hombre sin vida. No era cuestión de fuerza, de valor, de dar la cara a un enemigo a quien no se ve, no se presiente, que está entre los transeúntes. Era la muerte alevosa, silente, inesperada, la que se cernía sobre él segundo tras segundo.

Así, dio un tremendo respingo de terror, mezclado con salvaje decisión de defenderse, cuando una mano se posó levemente en su brazo derecho. Su rostro expresó la inenarrable angustia del que ve llegar la muerte, no por esperada menos espantosa y temida.

—Perdone —dijo el hombre, sonriente y soltándolo seguidamente, algo asombrado al ver el rostro de Kingsley, lívido de horror—. No me conoce, creo. Quisiera hablar con usted unos momentos. Podemos ir a un bar. No tiene nada que temer de mí, se lo aseguro...

Era muy alto, un gigante, de rostro como aniñado, cuyos ojos azules muy claros miraban serenamente, sin hostilidad alguna. Sus facciones eran regulares, blancas.

Kingsley pensó que era Axel Riemer, el agente especial del

F. B. I.,

según lo describieron Napoleone y Gentile. Aquel hombre a quien le dieron el encargo de liquidarlo porque estaba «metiendo mucho las narices» en lo que hacía el «gang». El Destino, en sus jugarretas, lo ponía ahora ante él, quién sabía para qué.

—¿Conmigo? No le conozco... —murmuró sordamente Kingsley, mirándole con extraña fijeza—. ¿Qué quiere? ¿Quién es usted?

—Soy un agente especial del

F. B. I.

Usted se llama Jackie Kingsley, ¿verdad? Ya ve que yo si le conozco. Vamos a un bar.

—Pero bien, ¿qué quiere de mí? —preguntó irritadamente Kingsley, y miró a su alrededor, por si le fuera factible huir—. ¿Es que me detiene? ¿Por qué?

IV



O he dicho que esté detenido, Kingsley —respondió con suavidad el agente especial, sonriendo apaciguadoramente—. Le he pedido que me permita charlar con usted. Una entrevista, si eso le agrada más. Vamos a un bar de por aquí, ¿quiere? Le interesa que hablemos, se lo aseguro. Si no quiere, entonces si, lo llevaré a City Hall, a la División.

Kingsley no sabía qué pensar de aquel hombre, la tranquilidad personificada, al parecer. No lo detenía... En fin, más valía así.

—Vamos —respondió abruptamente—. A un sitio reservado, ¿eh?

Riemer sonrió maliciosamente.

—No le agrada que le vean con un agente del F. B. I.,

¿verdad? —dijo con sorna—. Mire, en South Wood hay un bar donde va buena gente. Quiero decir dónde...

—Vamos, vamos —cortó secamente Kingsley. Y partieron a buen paso. Si el joven era alto, mucho más lo era Riemer, a quien escasamente llegaba al hombro. Parecía un gigante con cara de niño inocente. Un vikingo, un rubio norteño, escandinavo. Vestía muy bien, aunque sin hacer concesiones a la moda rígida. Un gabán ancho gris, de «Tweed», sombrero flexible gris también, y sus enormes zapatos de color marrón oscuro, de tafilete, parecían prácticos, cómodos.

Penetraron en el bar, donde apenas si había un par de clientes ante la barra. Eran, como aseguraba Riemer, gentes que parecían honorables por su indumento, sus modales.

—Hola, Skelton —dijo Riemer al encargado—. Dos copas de «*whisky*», ¿eh? —preguntó a Kingsley. Se sentaron ante una mesita y el agente especial dejó sobre ella un paquete de «Tareyton», ofreciendo al joven con un ademán cordial. Kingsley tomó un cigarrillo con gesto cohibido, huraño. Aquello seguía extrañándole enormemente, aunque tenía la certidumbre de que nada bueno saldría de la entrevista para él. Cuando la Policía, y aún más el F. B. I.,

se «metían» con un hombre de su ralea, era para fastidiarlo bien.

Cuando el camarero dejó la botella de «*whisky*», el sifón y las copas sobre la mesa y se marchó, Riemer acercó la cabeza, sobre la mesa, a Kingsley, en un gesto confidencial.

—¿Quién asesinó anoche el chofer del «taxi», a Britton? —preguntó el agente federal mientras observaba a Kingsley fijamente.

El joven se estremeció violentamente, bajando la mirada mientras palidecía. Solamente le faltaba ahora eso; Que le acusasen de haber cometido un crimen que el condenado Gentile ejecutó.

—¡Yo no! —exclamó impulsivamente, apretando la llena copa de «*whisky*» con mano temblona—. ¡Yo no he sido! ¿Por qué iba a ser yo?

—No digo que haya sido usted. Pregunto si sabe quién ha sido, que no es lo mismo —aclaró fríamente Riemer—. Beba, Kingsley, beba. Si tuviese siquiera la sospecha de que fue usted, no estaríamos hablando ahora aquí.

Kingsley bebió, y lo hizo con ansiedad, pues se sentía

repentinamente muy débil. No había nadie en el mundo que pudiera acusarlo de haber matado a un semejante. Cometió muchas acciones viles, sí, pero no asesinó jamás.

—Si no cree que he sido yo. ¿Por qué me pregunta si sé quién ha sido? —exclamó Kingsley con ansiedad—. He leído en el periódico esa noticia, mas no sabía que había sido asesinado ese chofer...

—No es eso, Kingsley —contestó Riemer cachazudamente, moviendo la cabeza—. Estamos dando vueltas a un asunto, pretendiendo usted ignorarlo, y yo sin explicarme con claridad. ¿Usted sabe quién ha asesinado a Britton?

Kingsley se vio bien cogido con aquella pregunta. Había que esperarla, y muy grande fortuna había tenido con que Riemer no sospechase que lo había hecho él. Ahora el agente federal le pedía que delatase a Gentile. Cómo pudo aquel hombre relacionarlo con Gentile, con aquel asesinato, era cosa que le maravillaba.

No contestaba Kingsley, y Riemer bebió lentamente el licor y carraspeó, como si la pregunta que esperaba no fuese muy importante o no le importase mucho recibirla. Contempló a Jackie, serenamente, dándole tiempo, con extraña paciencia. Kingsley jamás había visto un policía tan desconcertante, tan menos policía como aquél. Aquello de acorralar al interrogado, apremiarlo con nuevas preguntas, no dejarlo pensar, no lo empleaba Riemer, que más bien parecía un amigo o un abogado encargado de sacarlo de un grave aprieto, de aquel terrible aprieto.

—¿No lo sabe, Kingsley? —insistió Riemer sonriendo con amargura—. Yo creo que sí que lo sabe... Lo sabe cómo yo lo sé. Pero usted no quiere ayudarme, aprovechar una ocasión quizá única para volver a ser un hombre decente. ¡Suéltelo, Kingsley! El que yo lo sepa no quita para que usted tenga un arranque de sinceridad, de honradez, ¿no?

¡Qué magnífica ocasión tenía Kingsley para vengarse cumplidamente de Gentile, de Napoleone! Podía acusarlos ahora, y el

F. B. I.

lo miraría de otra manera más benigna, considerándolo como un aliado, un delincuente deseoso de regenerarse. Y haría justicia, eso sí, acusando a Gentile...

—Lo que si sé es que yo no he sido —murmuró sordamente,

eludiendo la respuesta sincera que Riemer deseaba—. Si sabe quién ha sido, y no soy yo, ¿qué pinto en este asunto? Deténgalo y asunto concluido.

Riemer movió la cabeza con desaliento. Parecía como un profesor que comprueba la mala condición de un discípulo desobediente, rebelde, pese a sus sermones, y a quien tendrá que castigar empleando la violencia.

—Mire, Kingsley —dijo con voz contenida, ofreciéndole otro «Tareyton» y después su encendedor, todo ello sin impaciencia, sin revelar disgusto—: usted entró en el ganga de Napoleone Fratto hace días. No me diga que no, Kingsley, por amor de Dios... ¿No ve que no le acuso, que no quiero proceder contra usted, sino otra cosa? No niegue por sistema. Usted ingresó a las órdenes de Fratto, el corso, que se dedica a la “protección”. Pero le ordenaron hacer algo que le repugnaba, y desertó. ¿Verdad que sí?

Kingsley creía estar disminuyendo de cuerpo, de estatura, hasta de espíritu. Le pareció tan ridículo negar todo aquello como cometer la estupidez de negar que comenzaba de nuevo a nevar, o que estaba al lado del más desconcertante de los agentes del

F. B. I.

Por algo Napoleone, indudablemente listo, zorro, astuto, quería deshacerse de aquel Riemer, a quien sabía investigando en sus sucios manejos.

Su silencio lo interpretó Riemer como una afirmación. No es preciso siempre hacer hablar a un hombre para comprenderlo, ahorrándole la humillación de contestar. La mirada de Kingsley todo lo dijo con patética expresión.

—Ustedes tenían su residencia en Kedzie Street. Pero por mi torpeza, seguramente —Riemer suspiró cómicamente—, han cambiado de domicilio, y no sé ahora dónde puedo detenerlos. Creo que poseo pruebas ya para llevar a la silla eléctrica a Gentile. Porque ha sido Gentile el que ha asesinado a Britton, el chofer, ¿verdad? ¡Conteste, Kingsley!

—Es posible —concedió Jackie trabajosamente—. Yo no lo he visto...

—Es igual. Lo sabe como lo sé yo. Lo que quiero de usted es que me diga dónde se esconden Napoleone y los suyos. Nada más que eso —replicó Riemer firmemente—. No debe vacilar en ayudarme,

Kingsley.

Nada más que eso... Kingsley sonrió débilmente, constatando que su temor por el encuentro con aquel Riemer era fundado. No quería de él sino que fuese un delator, un confidente. A cambio de ello harían, de momento, como que no estaban enterados de sus andanzas como delincuente común. Y cuando hubieran destruido el «gang» de Napoleone, se meterían con él y lo llevarían a Joliet o a otro penal, a purgar sus culpas. Todo tan sencillo, tan de prever...

Kingsley llenó de nuevo su copa. Estaba aterrado, por un lado. Por otro se sentía eufórico, momentáneamente salvado de aquella espantosa situación. ¿No sentía un miedo cerval a perecer a manos de Gentile cuando menos lo esperase? ¿No odiaba con toda su alma a aquella pandilla de asesinos? Pues he aquí que todo podría acabar bien, relativamente, poniéndose del lado de la Justicia, del F. B. I.

Como un delator, como un confidente, pero al lado de los hombres honrados y justos, lo que no suponía en modo alguno una deshonra.

—Estamos buscándolo con el interés que usted podrá suponer —decía Riemer, jugueteando con la vacía copa, como si le estuviese refiriendo algo intrascendente—. Muchos de mis camaradas, la Policía, nuestros amigos —sonrió maliciosamente, no queriendo decir los confidentes—. Pero aún no hemos dado con él. No escapará, seguro, pero pueden seguir haciendo daño, mucho daño, hasta entonces. Los que están extorsionados por ellos, esos cobardes dueños de bares, clubs nocturnos, cafés, no quieren hablar; el miedo les cierra la boca, pese a nuestras seguridades. Hay que aniquilarlos, Kingsley... ¿Dónde se esconde Napoleone y su pandilla?

—No querrá creerme, pero le juro que no lo sé —contestó al fin Kingsley sofocadamente. Y se maldecía, porque era cierto que si no estaban ya en Kedzie Street, como aseguraba Riemer, él no sabía dónde se escondían. El Destino, versátil, burlón, macabro, le jugaba otras de las suyas, dejándolo ante el agente federal en mala situación; como un encubridor.

Riemer arrugó el ceño. Kingsley comprendió que su afirmación era difícil de «digerir», incluso para aquel cachazudo hombre, tan ponderado, tan sereno, tan buena persona, indudablemente. Era desesperante no poder decírselo, llevarlo ahora mismo al sitio, a la guarida de Napoleone y señalárselo. Pero no lo sabía, maldición...

—Le juro que no sé dónde están —afirmó de nuevo Kingsley con voz que quiso hacer convincente—. Si se marcharon de allí, no sé dónde estarán ahora. ¿Y cómo sabe usted que ha sido Gentile el que ha asesinado al chofer Britton?

—Ha sido cosa fácil. Si los delincuentes supieran que cada vez es más difícil para ellos permanecer apartados de la ley, o quisieran darse cuenta de ello, no creyéndose más listos que nosotros, otra cosa sería la Humanidad —replicó Riemer en tono humorístico—. Hemos sabido que ha sido Gentile el asesino porque en el asiento posterior del «taxi» había unas manchas de sangre; también había otras de Britton, pero eso era en su asiento de conducir, no dentro. Hemos analizado esas manchas de sangre. ¿Sabe usted que un análisis de sangre es tan certero como una confrontación de huellas dactilares? ¿Y mucho más si el individuo ya está fichado por la Policía o nosotros, como lo está Gentile?

Kingsley se estremeció. Notaba que Riemer le hablaba con segunda intención. Al mismo tiempo que le informaba de cómo la Policía y el

F. B. I.

tenían un inmenso poder, le advertía de los peligros de ponerse frente a ellos.

—Quizá Gentile esté en la errónea creencia de que el asesinato de Britton permanecerá en el misterio, de que su «golpe» ha sido maestro. Nosotros le sacaremos de tal error sentándole en la silla eléctrica. Las diversas penas que ha cumplido en las cárceles no le hicieron regenerarse. Peor para él —continuó Riemer mientras llenaba de nuevo su copa—. Y, oiga, Kingsley: ¿nos avisará si llega a saber dónde está escondido Napoleone? Crea que tengo verdadero interés en que usted abandone esa sinuosa senda, que ya está al margen de la ley. La Justicia no es el instrumento de castigo, la represión implacable, sino que ofrece su generosa mano para abandonar una norma de conducta errónea, fatal si se persevera en ella.

Kingsley sudaba ahora. Poco a poco, con certera habilidad y tacto, Riemer le estaba demostrando que sabía mucho más de él, de Kingsley, de lo que éste suponía. Era casi milagroso que aquel hombre no le hubiese cogido por un brazo y llevado a la División, tratándolo como un maleante, lo que era en realidad, con toda la

dureza y rigor que se merecía. Riemer era un extraño hombre, tal vez mezcla de agente de la Ley y misionero.

—Yo, señor Riemer —murmuró Kingsley apagadamente—, no tengo contacto alguno con ellos... ya. Me pidieron que hiciera algo imposible para mí. Tal vez temieron que les delatase, por eso se mudaron.

—¿Qué es lo que le pidieron hiciera? —inquirió Riemer—. Beba, Kingsley. ¿Querrá creer que me siento muy satisfecho de conocerlo, de estar charlando con usted aquí, como dos amigos? ¿Qué le pidieron hiciera?

—Pues... que lo asesinase a usted —contestó trabajosamente Kingsley mientras observaba el rostro de hombre feliz del agente federal—. Tal vez no lo quiera creer usted... No trato de...

—Lo creo, claro que sí —afirmó sonriendo Riemer—. No tenía la certeza de que fuese eso, pero conociendo su historial y cómo es Napoleone, el que usted desertase no podía ser sino por algo muy parecido a eso.

—¿Conoce, dice, mi... historial? —preguntó débilmente Kingsley, y bebió de un solo trago el «*whisky*» de su copa. La verdad es que iba de sorpresa en sorpresa. Iba a resultar que el

F. B. I.,

sin quitarle ojo, le estaba dejando en libertad desde hacía mucho tiempo... ¿Sabría ya Riemer que la noche anterior había desvalijado a aquel infeliz anciano del coche averiado? No podía saberlo, desde luego. Aquella acción no podía tener otra réplica que el ingreso en la cárcel, aunque el

F. B. I.

pretendiera salvarlo sin violencia.

—En líneas generales, sí —afirmó sonriendo Riemer—. Nuestros confidentes nos han hablado de usted con alguna frecuencia. «Peligrosas tendencias», ha sido su informe. Frecuentador de malas compañías, dilapidar sumas de dinero de importancia, estando usted sin trabajo; rechazar proposiciones de emplearse honradamente... Alabar ciertas formas de ganarse la vida...

Menos mal. Kingsley suspiró levemente, temeroso de hacerlo con todas sus fuerzas. Sabían, sí, pero no todo. Al menos, Riemer, el misterioso, no decía todo lo que sabía, si es que lo sabía.

—Ahora, Kingsley —siguió Riemer, como si abandonase aquel

tema, que tanto alteraba a su interlocutor—, usted seguramente se hallará en una situación, con respecto a Napoleone y sus secuaces, algo complicada, ¿no? ¿Teme algo de ellos?

Kingsley afirmó con un leve gesto de cabeza. Sin darse cuenta, Riemer le había subyugado, pese a su decidido propósito de estar tan alejado de la Policía, por ser un maleante, como de Napoleone y sus criminales procedimientos.

—Si puedo ayudarlo, lo haré. Es nuestro deber, Kingsley —explicó Riemer con voz persuasiva—. Si pudiera decirme, aunque no sea más que como suposición, dónde podrá encontrarse Napoleone... Usted hablará con ciertas personas, en ese ambiente especial, me comprende, ¿verdad? Puede indagar hábilmente, escuchar... Crea que nosotros disponemos de elementos para lograr lo que nos proponemos. No suponga que sin su ayuda Napoleone y los suyos se nos escapan. Lo que quisiera, Kingsley, es que usted, y no otros, fuese un decisivo colaborador en esta empresa, a nuestro favor. Es por su bien, por su regeneración...

—Comprendo, señor Riemer —murmuró Kingsley, cuyos ojos brillaron de emoción—. Haré lo que pueda. No quisiera haberme metido en un bando o en otro...

—No hay dos bandos, Kingsley —repuso prestamente Riemer—. Solamente hay el ser un hombre decente o no serlo. No se es honrado por deporte, por concesión gratuita o por snobismo; el ser honrado es una obligación, un deber sentido. Usted debe rechazar el no ser honrado como rechazaría el deshonor a su madre, el asesinar a sus hijos..., o como rechazó el asesinarme a mí. Debe usted llegar hasta morir por no dejar de ser honrado, Kingsley. Debe morir por su deber de ayudar a los representantes de la ley cuando persiguen a un atracador, aunque vaya armado éste.

—Está bien, señor Riemer —murmuró roncamente Kingsley—. Demos por terminada esta entrevista, o lo que sea. Tengo la cabeza —se llevó una mano a la frente, sudorosa, muy pálida— no sé cómo...

—Está bien. Mire, Napoleone quiere asesinarme, y a usted también. Estamos los dos iguales. ¿Vamos a dejarle que se salga con la suya? Cuente conmigo, con el

F. B. I.,

si se ve en peligro serio. No vacile en hacerlo. Yo... no le temo a ese

granuja, aunque sé el peligro que representa.

Le tendió la mano a Kingsley, que éste estrechó vacilante. Riemer no sabía bien, seguramente, quién era él, lo despreciable que era.

Salieron juntos a la calle. Nevaba levemente y el frío era intenso.

—Adiós, Kingsley. Llámeme de vez en cuando a la División. Haga por verme, por no defraudarme, ¿quiere?

—Sí, señor Riemer. Haré lo que pueda —replicó el joven. Y se alejó del agente federal apresuradamente. Se sentía terriblemente abrumado, atolondrado, todo su espíritu lleno de confusión. Llevaba varios años en una vida equívoca, del lado de la delincuencia, con una mentalidad acoplada a aquel género de vida, comprendiendo en ello el odio a la ley y sus representantes, y ahora no podía variar, en media hora, de manera de ser. Era demasiado pedirle...

Los «gangsters» Gentile y Forte vieron salir del bar a Kingsley y al agente federal Riemer. Gentile llevaba buen rato siguiendo a Jackie, buscando el momento propicio para arrojarle su cuchillo o disparar sobre él. Se le había unido Forte. Y ambos esperaron pacientemente a que saliesen el agente especial y su excompañero de «gang».

—¿Telefonéó el encargado de ese bar a Napoleone que estaban aquí esos dos pájaros? —preguntó Gentile a su compañero.

—Hace cinco minutos he hablado con el jefe. Me dijo que no había recibido ningún aviso de ese hombre —respondió Forte—. Nos traicionan en cuanto pueden.

Cuando salieron Kingsley y Riemer, dijo Gentile a su compañero:

—Síguelos. Procura que no se escape Kingsley. Al agente federal lo encontraremos cuando queramos. Yo me quedo. Voy a dar un recadito a ese encargado...

Forte, con disimulo, acopló su paso al de sus perseguidos. Gentile, después de mirar a un lado y otro, por si él era a su vez vigilado, penetró resueltamente en el bar. Solamente había un cliente, viejo, leyendo un diario, sentado ante el velador. El camarero también leía, recostado en el mostrador.

—Hola, Skelton —amigo— dijo Gentile con su repulsiva sonrisa, mezcla de ironía y crueldad. El encargado levantó la cabeza, pues estaba apuntando algo, y lo miró con sobresalto. El camarero dejó de leer y se puso pálido, observando a Skelton con temor. También

estaba impuesto de la orden de Napoleone de denunciar cuándo Riemer o Kingsley se presentasen allí.

—Hola —repuso secamente Skelton, hombre de unos cincuenta años, fornido, de rostro rojizo, pecoso—. ¿Qué hay?

—Tú dirás. ¿No ha venido nadie de esos que te indicamos? Ya sabes... —repuso Gentile con voz suave, recalcando el acento italiano.

—Nadie. ¿Quieres tomar algo? —Se dispuso a coger una copa para llenarla de «*whisky*».

—¿Estás seguro, Skelton?, ¿o es que se te ha olvidado cómo es la cara del policía y la de Kingsley, y cuando los tienes delante no los reconoces? —repuso riendo Gentile—. ¿Y tú, Glenford? —Se dirigió al camarero, que lo miró azorado—. ¿También padeces de amnesia?

—Considera, Gentile —murmuró con voz un poco trémula Skelton—, que yo no podía decir nada cuando han venido, si, pero con ellos otros agentes, que por lo visto les guardaban...

—Basta, basta, Skelton. Mira, da al escape de vapor de la cafetera exprés. ¡Pronto! —exclamó Gentile sacando su pistola—. Tú, Glenford, viejo taimado, pasa al otro lado del mostrador, y a callar.

Skelton, lívido de pánico, dio a las llaves de escape de vapor de las cafeteras exprés, y un ruido fuerte, sibilante, se dejó oír.

—¿Qué vas a hacer, Gentile? —gimió el camarero, levantando los brazos. Skelton lanzó un rugido de rabia y fue a precipitarse sobre un largo cuchillo de partir rebanadas de pan y fiambres.

Gentile, sonriendo como si aquello le divirtiese extraordinariamente, disparó sobre ambos hombres apoyando el codo sobre el mostrador, a una distancia no mayor de tres yardas. No podía fallar, naturalmente. Y el fragoroso ruido del escape de vapor de las cafeteras exprés, ahogó casi el de las detonaciones de la pistola.

Skelton y Glenford, con el cráneo perforado por las balas, cayeron al suelo de madera sordamente. El escape de las cafeteras cesó repentinamente, agotada la presión.

Gentile se guardó la pistola bajo la axila y salió rápidamente del bar, mezclándose entre los transeúntes. Un par de minutos después se encontraba a considerable distancia del lugar donde había asesinado a dos «protegidos» que desobedecieron a Napoleone.

Cuando se enterasen los demás infelices que padecían aquella execrable tiranía, sacarían la consecuencia de que fatalmente estaban ligados al «gangster». A no ser que el

F. B. I.

supiese contrarrestar aquel terror aniquilando a los que lo producían.

V



ON cierta contrariedad Forte vio que se separaban Riemer y Kingsley a poco de salir del bar. Gentile le había dicho que siguiese con preferencia a su excompañero, y así lo hizo. Pensó si ya Gentile habría matado a Skelton, el encargado del bar, porque para eso entró, sin duda. La forma de sonreír de Gentile le era muy conocida, cuando iba a asesinar, y el pequeño siciliano la había repetido.

El gigante exboxeador, exacróbata de circo y muchas otras cosas más hasta caer en el «gangsterismo», que era lo que mejor le iba como desahogo de sus instintos bestiales, y porque le pagaban bien, fue rumiando en su tardo cerebro que también él podía hacer su «hombrada» y percibir la gratificación que Napoleone daría al que eliminase a Kingsley. El encargo lo recibió Gentile, pero si él lo cumplía, su papel en el «gang» subiría unos enteros más, como elemento de valía, y su cartera recibiría unos cientos de dólares, que buena falta le hacían. Napoleone debía saber que él valía para algo más que para barrer, cocinar y recibir humillantes rechiflas de

sus dos compañeros y el jefe sobre su mentalidad de asno.

¿Qué tal si él liquidase a Kingsley, que iba veinticinco yardas delante de él, con la cabeza baja, como un filósofo entregado a hondas meditaciones? Tal vez el agente federal le había conminado a que delatase a la banda... Luego diría Kingsley que él no pensaba denunciarlos, ¿eh? Conferenciando nada menos que con Riemer, el agente especial a quien debió liquidar... Confidente de la Policía y tratando de guardar la ropa, presentándose como un inocente «obligado» a seguir el mal camino...

Forte sentía fuertes dolores de cabeza cuando meditaba. No estaba acostumbrado a hacerlo. En los «gangs» donde figuró, siempre fue una máquina de ejecutar lo que fuese. Su obediencia tenía mucho de animal, de íntima convicción de que los jefes siempre eran más listos que él y que, además, «el que manda, manda». Y como lo que le mandaban le agradaba, que era robar, asesinar, torturar, ¿para qué discutir y ponerse malo con ello, si nunca tenía razón?

Ahora sí meditaba. Meditaba porque el odio que sentía hacia Gentile, la rivalidad, le impulsaba a «pisarle» el terreno y ganarle por la mano en una acción encomendada a Gentile exclusivamente porque Napoleone creía que él, Forte, sería incapaz de llevarla a cabo. Eso iba a verse en seguida. Si asesinaba a Kingsley, qué cara de asombro iba a poner Napoleone cuando le dijera: «Bueno, jefe, Kingsley está liquidado. Yo lo he hecho, y no ese piojo de Gentile. Venga el premio y que Gentile, en adelante, barra y cocine..., y me limpie los zapatos».

Creía el gigante, mientras caminaba detrás de Kingsley, que todo aquello que se imaginaba, tan de color de rosa, era ya una realidad que podía tocar con las manos, cual garras. Su rostro brutal pareció adquirir como una radiante expresión. ¡Humillar a Gentile, el primer cerebro de la banda después de Napoleone!

Observó con creciente alegría que Kingsley, tan absorto, tan poco preocupado al parecer de vigilar si era seguido, como cabía esperar sabiéndose condenado a muerte, se metía en una estrecha calle, entre Blue Island Avenue y 24th Boulevard, muy cerca de los muelles de la International Harvester, sobre el río Chicago. Allí sí había viandantes, pero en menos cantidad que en las otras calles que acababan de dejar. Estaban los espacios acotados, los almacenes

de largas tapias, los apartaderos del ferrocarril, los embarcaderos donde las chalanas, remolcadas, iban y venían lanzando chorros de humo y vapor. La nevada se había hecho más fuerte de nuevo, añadiendo oscuridad al espacio.

Aquellos parajes eran que ni elegidos para deshacerse de un hombre y poder huir con bastante facilidad sin ser perseguido. Los pitidos de las locomotoras; el ruido de los vagones de mercancías, rodando sobre los rieles; el choque de unos con otros en las maniobras, el aullido de la sirenas de los remolcadores, y, sobre todo, un zumbido ronco, poderoso, salido de un alto horno de la Harvester, con una torre llameante, de la que brotaban chorros enormes de blanco vapor, era como un cúmulo de fragores, mugidos y ruidos capaces de ahogar el de una pistola automática, aunque fuese del «45».

Kingsley deambulaba, eso ya lo veía Forte, sin rumbo definido. Su andar perezoso, su actitud de reflexión, indicaban que deseaba caminar así, esparcir el ánimo cansándose físicamente, lejos del tráfico callejero, donde era empujado y se distraía de sus pensamientos.

Fue acortando la distancia que le separaba de Kingsley. La nieve caía más espesa y dificultaba algo la visión. Kingsley se metió por entre los vagones con objeto de salir al borde del río, a los malecones.

Forte dio unas cuantas zancadas, rodeando unos vagones-plataformas, y salió al encuentro de Kingsley con la pistola en la mano. Había que aprovechar aquella afortunada circunstancia de encontrarlo casi a solas, porque si había gentes entre los muelles y los malecones del río, estaban lejos.

Pasó Kingsley a menos de quince yardas de él, que se apoyaba sobre la plataforma de un vagón, con el codo ajustado, para hacer mejor puntería. Aún tendría que pasar más cerca, y Forte sonrió, seguro de que no fallaría. Iba a ser casi cómico cómo Kingsley caería sin saber de dónde le venía el tiro. Cuando quisiera recordar... muerto.

Y un remolino de nieve, azotándole el rostro, hizo que Kingsley volviese la cabeza hacia donde estaba Forte apuntándole con su pistola. Fue un solo segundo, pero bastó para que diese un salto, dándose cuenta del peligro. Estaba él desarmado y no podía hacer

sino una cosa para salvarse. Se encogió, al mismo tiempo que sonó la seca detonación de la pistola de Forte, y emprendió la huida con piernas ágiles impulsadas por el pánico.

Forte lanzó un verdadero rugido y se apartó del vagón, queriendo rodearlo para perseguir a Kingsley. Si lo perdía de vista, se acabarían sus ilusiones, sino algo peor para él, como la vida.

La línea de vagones-plataformas era interminable, y había otras, paralelas a aquéllas. Kingsley corría, mirando de cuando en cuando atrás, para ver si el gigante, con sus enormes zancadas, lo seguía. Forte iba detrás, lanzando blasfemias en su idioma nativo, sudando, jadeando. Aquello parecía ya como un cómico juego de chiquillos, aunque Kingsley no lo entendía así.

Forte se adelantó mucho y esperó al joven. Esperó, y no llegaba su perseguido. Miró a su alrededor, ebrio de rabia. Aquel lugar, lo juzgó ahora, era el peor para llevar a cabo su propósito homicida. Aquellos vagones no dejaban ver, no permitían correr... Tenía que deslizarse bajo los enganches o subir a ellos para dominar un poco de terreno. Y la nieve, cayendo en remolinos, poniendo una cortina blanca entre él y Kingsley...

Decidió que no había por qué seguir con aquel propósito. Había fracasado totalmente. Kingsley estaría muy lejos ya, si no había parado de correr. Menos mal que Gentile ni Napoleone se iban a enterar de su fracaso, porque si no, ¡cómo se iban a reír de él! Sobre todo Gentile, el odioso Gentile.

Humillado, rabioso, cansado, se dirigió hacia la salida de los muelles ferroviarios. Lo peor iba a ser que ahora Kingsley estaría alerta, si no había avisado a la Policía y regresaba con varios «cops» para cazarlo a él. Verdaderamente, reconoció con despecho, él no valía para lo que quiso hacer. No tenía astucia. A él que le pusieran a la víctima acorralada, y entonces sí, la despachaba a gusto.

Ahogó un grito de placer cuando vio a Kingsley subido en un vagón, muy entretenido en espiar a su alrededor, buscándole a él. Como Forte, quizá también creía que el enemigo estaba cerca, aunque no lo divisaba, y tenía su miedo.

Disparó contra él dos veces, buscando el estribo del vagón para subir y rematar la obra. Cuando lo hizo, Kingsley no estaba... La nieve que caía no permitía ver lejos. Debió de arrojarle de cabeza al suelo y corría como una liebre.

Salto de un vagón a otro pistola en mano. No sabía si lo había herido y buscó con la mirada si había manchas de sangre sobre la nieve acumulada en el vagón.

Una mano apareció repentinamente tras él y lo cogió por una pierna con gran violencia. Kingsley, desde el suelo, tiraba de él, retorciéndole el pie ferozmente. Forte pateó, rabioso por haber sido sorprendido como un ladrón al entrar por una ventana, y torció el brazo para disparar la pistola sobre Kingsley, que lo arrastraba hacia el borde de la plataforma. Cayó al fin Forte, resbalando sobre la nieve, dándose una costalada.

Kingsley lo aporreó con ruda energía, conocedor de la fortaleza de su enemigo. Lo pateó y pisó la cara, el pecho, para no darle lugar a que le apuntase con la pistola. Finalmente se echó sobre él, porque Forte se incorporaba, insensible a los golpes.

—¡Traidor! —rugió el siciliano, contento porque Kingsley cometía la imprudencia de luchar a brazo partido con él—. ¡Ya no volverás a hacer más daño a los camaradas!

Kingsley no perdió tiempo ni energías en contestarle. Con ambas manos aferró la que empuñaba la pistola de Forte, y no la soltó aunque el siciliano le machacaba a golpes con la otra. Aún estaba encima de Forte, y esto era una buena ventaja para él. Kingsley no era débil, aunque el siciliano casi le doblaba en fuerza y ferocidad.

Rodaron hasta caer bajo el vagón. Kingsley se golpeó fuertemente en un hombro con una rueda. Casi perdió el conocimiento, pero por instinto de conservación siguió apretando la mano de Forte, con la pistola. Bajo el vagón rodaron más, ahora sin poder incorporarse ninguno, porque tropezaban con la cabeza en él.

Forte quiso salir de allí, donde no podía rebullirse, dada su gran corpulencia. Arrastró a Kingsley, que se aferraba a un hierro desesperadamente con los pies y rodillas.

Lejos sonó un agudo silbido. Ninguno de los dos lo debió de oír, o no hicieron caso. Sonaban muchos allí, de los trenes haciendo maniobras.

Súbitamente, tras un estruendo de enganches al tensarse, tirando la locomotora del convoy, el vagón, con los demás, bajo el que estaban Kingsley y Forte, se puso en marcha, chirriando sus frenos.

Forte estaba con medio cuerpo bajo el vagón. Su cintura descansaba sobre la vía. El otro medio cuerpo, de vientre a cabeza,

fuera... La arrancada del tren fue brusca, y Kingsley, bajo la plataforma, se encogió mientras lanzaba un grito de espanto, cerrando los ojos, pegado a la nieve del suelo. Oyó el aullido espantoso de Forte, a quien el juego de ruedas trasero del vagón, rodando ya con más velocidad, segaba su cuerpo por la cintura como si fuese de la misma nieve.

Cuando Kingsley, tirado sobre el suelo mientras pasaban todos los vagones, levantó la cabeza, vio una masa espantosa, sangrienta, machacada, mezclada con ropa. Aquello era lo que quedaba de Forte...

Se levantó de un salto, gimiendo de horror, enloquecido, y corrió al otro lado del muelle ferroviario, lejos de los demás trenes. Corrió sin parar hasta encontrarse de nuevo en South Halsted, en la calle concurrida. Iba mojado, manchado de tierra y nieve, y los transeúntes le miraban con gran curiosidad. Tal vez la expresión de su rostro también le hacía sospechoso. Un agente de Policía, de uniforme, lo contempló con interés y le siguió con la mirada. Tal vez pensó que aquel hombre se había caído sobre la nieve helada, cosa fácil, porque las barredoras no podían quitar toda la nieve que caía.

Tomó un «taxi» y vaciló antes de darle una dirección. No sabía adónde ir. Pensó en Bettina, en que no había comido aún, en que estaba enfermo de terror, con la escalofriante escena de la muerte de Forte muy grabada en su cerebro.

—South Damen, seiscientos cuarenta y cinco. Un bar, haga el favor —dijo al chofer.

—¿Qué le ha pasado? —inquirió el chofer, mirándole compasivamente—. ¿Va enfermo?

—No, no. Una mala caída en la nieve. Vamos pronto —repuso hoscamente Kingsley.

El coche partió todo lo rápidamente que la helada nieve permitía. Jackie sacó un cigarrillo y lo encendió con ansia, reclinando la cabeza en el respaldo del asiento. Aquel aullido de dolor de Forte jamás dejaría de oírlo ya. Él retenía al siciliano, y por eso no pudo el gigante evitar que las ruedas del enorme vagón-plataforma segasen su cuerpo. Lo mismo pudo haberle pasado a él. Forte quiso asesinarlo, y había encontrado su castigo. Pero fue espantoso, aunque muy breve. Tal vez al perecer en la silla

eléctrica, con los días anteriores a la ejecución, habría sufrido más.

—South Damen, seiscientos cuarenta y cinco. ¿Es ese bar? —preguntó el chofer, sacándole de sus amargas reflexiones—. ¿Le ayudo a bajar? Tómese un par de buenos dobles de ginebra fuerte.

—Gracias, no es nada.

—Salió del «taxi» y pagó. Después entró en el bar de Mulligan. Una vaharada de calor, de olor a café y tostadas con mantequilla le hizo suspirar de contento. Bettina, tras el mostrador, sonrió al verle, para luego echarle una mirada de asombro y reconvención.

—¡Cómo vienes! —exclamó, mirándole de pies a cabeza—. ¿Has querido nadar en el fango helado, querido? ¿Qué te ha pasado?

Dos clientes se volvieron para mirarle, sonriendo comprensivos. Kingsley sonrió tontamente, mirándose el nuevo gabán, de un color extraño, mojado, manchado.

—Una mala caída —repuso, encogiéndose de hombros—. Están las calles asquerosas; patiné, y... menos mal que no ha sido nada. Con una taza de café, una ración de chuletas asadas, queso y lo que quieras me pongo como nuevo.

Los dos clientes se marcharon, y Bettina pudo atender a Jackie. Hizo que se sentase ante una mesita y fue a preparar lo pedido por él.

—¿No estarías mejor en tu cuarto de la pensión, querido, en vez de helarte por ahí? —preguntó ella en tono un poco regañón, mientras daba vueltas a las chuletas sobre la parrilla.

—Si estoy en la pensión no te veo —repuso Kingsley, sonriendo amorosamente—. ¿Y Mulligan? ¿No está?

—Está en la trastienda. No sé lo que pasa, pero tiene un humor infernal. Oye, Jackie —bajó la voz, mirando a la puerta de la trastienda—: ¿puedes pagar esta comida? Lo digo porque, si no, lo hago yo...

—Claro que puedo, hijita —contestó Kingsley, riendo—. He hecho un trabajito, y tengo unos dólares.

—¿No encuentras nada todavía? —inquirió ella en tono triste—. Jackie, ¡cómo deseo que todo se te arregle!... Más por ti que por otra cosa, créeme. Sé que admiten obreros especializados en ciertas factorías. Esto del rearme absorbe muchos obreros, con buenos jornales.

Kingsley lanzó un suspiro. Casi se arrepintió de haber ido a ver a

su novia. Le quería mucho ella, cierto, pero siempre estaba lo mismo. Que se colocase en una factoría, con un jornal miserable, según juzgaba él, dando de lado a sus grandes ambiciones de hacerse rico muy pronto.

Bettina, cuando le oyó suspirar, no insistió más. No comprendía ni poco ni mucho la conducta de Jackie, su deseo de enriquecerse de una manera que no lograba tampoco explicarse. Lo cierto era que el muchacho iba cada vez peor, más desaliñado, con menos dinero y sin hacer nada de provecho.

Le sirvió la comida, muy abundante, y se sintió un poco triste al verlo devorar con ansia. Tal vez él comía una vez al día, o una vez cada dos días. ¿Cómo sería así el buen Jackie, que parecía tener bastante sentido común? Con lo bien que estarían los dos casados, ganando ambos y dándose buena vida, sin carecer de muchas cosas, incluso del coche...

La puerta de la trastienda se abrió y apareció la recia figura de Mulligan, el dueño del bar, que se quedó quieto, contemplando fijamente a Jackie con asombro y contrariedad.

—Buenas tardes, señor Mulligan —dijo Kingsley, haciéndale un gesto amistoso—. Si me permite invitarle a una copa de «*whisky*»...

—¡Hola, muchacho! —replicó adustamente el viejo—. Gracias; ahora, no —y fue hasta el mostrador, examinando distraídamente la calle. Bettina, un poco cohibida, fue a su lado y se puso a lavar unos platos y vasos.

—Cuando termine, Kingsley, quisiera hablar un poco con usted en la trastienda, si hace el favor —dijo Mulligan, sin mirar al joven.

—Perfectamente, señor Mulligan —contestó el joven, sonriendo—. ¿Cuánto te debo, Bettina? —Y sacó de un bolsillo un rollo de billetes.

—Noventa centavos —contestó Bettina, contenta porque su novio pudiera pagar delante de Mulligan.

Kingsley fue hasta el mostrador y entregó el dinero a Bettina. Mulligan miraba a la calle con inquietud. ¿Estaría allí Gentile, esperando a que saliese Kingsley para asesinarlo? ¿Entraría el «gangster» repentinamente y ocurriría algo espantoso? En realidad, él debería coger ahora el teléfono y avisar a Napoleone que aquel muchacho estaba de nuevo en su bar. Si no lo hacía, se exponía a una terrible represalia. Un rato antes, otro dueño de un bar le había

dicho que un «gangster» había asesinado a Skelton, el encargado de un bar. Cosas de la «protección». Quizá Napoleone tenía algo que ver con dicho asesinato. Quizá Skelton no denunció la presencia de Kingsley en su bar.

—Cuando usted quiera podemos hablar, señor Mulligan —dijo Kingsley con voz serena, ofreciéndole un cigarrillo al dueño del bar. Éste lo aceptó hoscamente. Bettina estaba inquieta, mirando a ambos hombres con sorpresa.

Penetraron los dos en la trastienda, que era despacho y almacén al mismo tiempo. Había un pasillo que daba a habitaciones interiores, donde vivía Mulligan.

—Siéntese, joven —dijo Mulligan, haciéndolo ante su mesa en un viejo sillón basculante.

Se echó hacia atrás, meciéndose nerviosamente. Kingsley, en una silla, frente a él, lo examinó curiosamente.

—Bueno, Kingsley. Yo no sé si tendré o no autoridad para hablarle como lo voy a hacer. Soy un hombre decente, viejo, y creo que esto es algo que infunde respeto y consideración a los demás. También creo que Dios está para algo en este mundo, sobre todo para aquellos que no quieren nada con él y hacen como que no saben que existe —comenzó el viejo dueño del bar. Dio una larga chupada al cigarrillo y agregó—: Voy a ser breve y lacónico. Una pregunta. ¿Qué intenciones tiene usted con respecto a Bettina? Quiero claridad y que sea sincero, muchacho.

Kingsley tragó saliva violentamente. Sabía que cuando Mulligan le había invitado a hablar con él sería para tratar de Bettina y de él. Estaba al tanto del afecto de Mulligan hacia su novia.

Un afecto paternal, que el anciano procuraba disimular con una rudeza a veces excesiva, pero que no engañaba a la inteligente Bettina. Mulligan daba casi el doble de jornal a la joven, deseando ayudarla y que no fuese a solicitar empleo a otros sitios donde pudiera caer muy bajo. Todo esto lo sabía Kingsley. Ahora había que ser franco con él, como pedía. Pero había cosas que no las podía decir. Tenía un pasado no muy largo, pero si manchado, que en nada le favorecía.

—Mi propósito es, señor Mulligan tener buenos ingresos y casarme con ella, naturalmente —contestó con énfasis, resuelto a no ser explícito.

—¿Cómo piensa tener esos buenos ingresos? Creo que está sin trabajo, ¿no? Al menos, en trabajo definido —la mirada de Mulligan se hizo penetrante, dura—. Mire, si no va a decir la verdad, más vale que demos por terminada esta entrevista. Yo pienso no callarme nada. Lo hago en nombre de Bettina, porque estimo mucho a la muchacha y está muy sola, más sola de lo que ella cree.

Kingsley comenzaba a sentirse molesto, picado en su amor propio. Reconocía, en efecto, que Bettina poco o nada podía confiar en él hasta ahora. Y que el viejo Mulligan era quien realmente la ayudaba, pagándola espléndidamente para que viviese con decencia.

—Hasta ahora he tenido mala suerte en colocarme... —murmuró, en tono de disculpa.

—Oiga: no diga eso. Está hablando con un hombre que toda su vida ha trabajado hasta más no poder. Ahora es cuando puedo decir que veo el premio a mis esfuerzos, al tener este bar de mi propiedad. Pero usted es un hombre joven, con un oficio bueno y otros que puede aprender si le da la gana, y no puede decir que no ha encontrado dónde ganar diez dólares o más diarios —refutó acremente Mulligan—. ¿No sería más honrado decir que usted lo que desea es hacerse rico por procedimientos poco decentes?

Kingsley palideció. Dejó la colilla, que le quemaba los dedos, sobre un cenicero de la mesa y encendió otro cigarrillo con nerviosismo. ¡Buena encerrona le había tendido el viejo!

—Bettina no sabe lo que usted hace, Kingsley —siguió Mulligan, recostado en su sillón, juntas las manos bajo el mentón y mirándole con fijeza—. Pero yo, sí... Y esto es lo que hay que estudiar y solucionar. Ella es una mujer decente, bien lo sabe usted. Me moriría de asco y de rabia si la viese casada con usted, con un «gangster» condenado —se incorporó sobre el asiento, dando dos puñetazos sobre la mesa, rojo de ira, avanzado el busto—, que la va a deshonar, a hacer sufrir lo que no se merece, para verlo quizá a usted morir en el patíbulo. ¡Bettina está muy por encima de usted, tal como es usted ahora! La engaña miserablemente, pero yo estoy a su lado para algo. Y lo que quiero ver es si usted tiene o no arreglo, si por ella es capaz de ser un verdadero hombre, honrado, trabajador, creyente... ¿Qué contesta a eso? No me quiera negar lo que sé positivamente. No habla con un idiota, joven.

El joven, lívido, no encontraba una sola palabra que decir en contestación a aquella catilinaria, tan enérgica como certera. Que lo sabía todo el viejo, era indudable. Cómo lo había logrado saber, un misterio para él. Tal vez la Policía, el

F. B. I.,

investigando... Riemer, el extraño agente misionero del

F. B. I.,

demostró saber más de lo que decía con respecto a él. Ignoraba otras cosas, cierto; pero acabaría por saberlas, y entonces... Aquel dinero que llevaba encima, que estaba gastando, no era suyo, ganado honradamente. Era producto de un robo. En fin, había que contestar a aquel viejo luchador, que no era idiota; claro que no.

—Franqueza por franqueza, señor Mulligan —pudo al fin murmurar, baja la vista, contemplando el cigarrillo, que se consumía sólo entre sus dedos—. No niego eso que usted ha dicho que he sido. Creo que la juventud de usted fue más tranquila que la nuestra, la de los hombres de ahora que no llegamos a los treinta...

—Mire, mire... —rezongó Mulligan, arrugando el ceño—. ¿Quiere decirme que todos los millones de americanos de su edad tienen tendencias como las que usted tiene?. ¡Uno entre cien mil, y gracias! Estaríamos divertidos si usted tuviese razón... Lo que hace falta es no ser ese uno entre los cien mil, Kingsley.

—Es cierto. No niego lo que usted dice. Pero a mí me ha ocurrido —quiso suavizar el joven, afirmando con la cabeza suavemente.

—Porque no es usted hombre creyente, muchacho. Porque no ha tenido voluntad, porque ha escuchado lo malo y ha sido tan insensato que lo ha creído. El camino bueno es más difícil de recorrer que el malo, desde luego. Ha llegado el momento de hacer un alto en ese camino que lleva, y rectificar. ¿Lo va a hacer? Si no lo hace, usted no se casa con Bettina, se lo aseguro. ¡Antes de eso la hablaré yo o lo meto en la cárcel para toda su vida!

—Mire, señor Mulligan —exclamó Kingsley, abrumado, tembloroso, sin deseos de luchar con aquel hombre, que le atacaba con gran dureza, pero también con indudable razón—, yo me he decidido ya a salir de esa vida que llevaba. Se lo puedo asegurar...

—Bien. Yo tengo un cliente que es capataz en la Pullman Company. Vendrá luego, cuando salga de la fábrica. El me dijo que

usted rechazó la plaza que le reservaban cuando terminó la guerra. ¿Está dispuesto a ocuparla pasado mañana, si mi amigo la pone a su disposición? Quiero hechos, no palabras ni promesas vagas.

Kingsley vaciló. El creía que mientras tuviese sobre su cabeza la amenaza de muerte de Napoleone, lo que le urgía era ponerse a salvo, terminar con aquel peligro, que le tenía aterrorizado. Mulligan sonrió amargamente, escéptico. Cuando un hombre entraba en el mal camino, era sabido; costaba ímprobos trabajos hacerle volver a una normalidad trabajosa.

—Le diré, señor Mulligan, que estoy dispuesto a volver a la factoría, a trabajar donde sea; pero mi situación ahora es crítica. Me persiguen...

—Lo sé. Napoleone me ha intimado a que denuncie su llegada a este bar. Yo, ayer, lo hice —se nubló el rostro del anciano—. Me tiene acogotado, y la vida todavía es dulce para mí. Pero si usted se porta como un hombre, yo también lo seré. Hablaré con la Policía, y usted también.

—Ya he hablado con un agente especial del
F. B. I.

—dijo Kingsley, ahora con más firmeza—. Y sepa que vengo de luchar con un «gangster» de Napoleone que quería asesinarme, y un vagón lo destrozó al arrancar.

—¿Un tal Gentile? —preguntó con emoción Mulligan.

—No. Se llamaba Forte. Un asesino, como Gentile. Mientras Napoleone me siga los pasos para matarme, comprenda que toda mi atención ha de estar pendiente de evitarlo.

—Comprendo, muchacho. ¡Ojalá Dios le perdone el mal que haya podido hacer y lo conduzca en adelante por el buen camino! Cuente con mi ayuda.

—¿Se lo dirá a Bettina? Si ella se entera, dejará de quererme. Sería demasiado castigo para mí...

—Lo sabrá cuando usted tenga la conciencia limpia. ¿Ha matado alguna vez?

—Nunca. Por eso me salí de la banda de Napoleone, y no me lo perdonan. Comprendo que me va a ser difícil escapar de sus garras, pero lo intentaré —contestó Kingsley con voz temblorosa.

Mulligan miró ahora al joven compasivamente. Sí, Kingsley necesitaba tener mucha suerte, en efecto.

VI



APOLEONE paseaba, con la mano derecha sobre el pecho y la izquierda a la espalda, imitando al gran corso, mientras miraba al suelo. Frente a él, Gentile y Nazzari, sentados al lado de la mesa de despacho de su jefe, fumando, cavilaban también. Nazzari había llevado la noticia de que Forte había sido encontrado, destrozado, en los muelles del ferrocarril, al lado del río Chicago. Se decía que había sido un accidente, pero ellos ya sabían que el torpe siciliano quizá se metió a luchar con Kingsley, y salió perdiendo.

—No es comprensible que ese idiota fuese a meterse bajo un vagón, abrumado por los remordimientos —dijo Napoleone, deteniéndose y mirando con expresión burlona a sus dos secuaces.

—Yo le dije que siguiese al agente especial, y más aún a

Kingsley. Seguramente creyó posible eliminarlo, para darme en las narices, y —sonrió Gentile con malignidad— le salió mal la cosa.

—En fin, eso es ya cosa pasada. Yo estaba pensando cómo apartarle de nuestras actividades —resumió Napoleone, encogiéndose de hombros—. Lo que no me gusta es que se entienda ese traidor con la Policía, con el

F. B. I.

y encima me mate a un hombre. No quería asesinar a nadie, ¿eh? —sonrió cruelmente.

—Como cree contar con el apoyo del

F. B. I.,

se ha envalentonado —dijo Nazzari con aire preocupado—. Mientras no de con nosotros...

—Eso es lo que hay que evitar, precisamente —contestó Napoleone, deteniéndose ante los dos sicilianos—. Gentile, no estoy contento contigo, y me duele tener que decírtelo —apoyó una mano sobre la cabeza de Gentile, que hizo un gesto para rechazar aquella muestra de «afecto» de su jefe—. No estoy contento contigo. Tú debiste liquidar a Kingsley, porque eso era lo que te ordené. Tiempo tenías de liquidar a Skelton.

—No le dije a Forte que intentase liquidar a Kingsley, jefe —gruñó Gentile—. Solamente que lo siguiese, y eso lo hace cualquiera. Era un burro Forte, y de eso no tengo yo la culpa.

—¡Te dije que eso lo hicieras tú, amigo mío, y no lo hiciste! —exclamó Napoleone con rabia—. ¿Es que mis órdenes no quieres cumplirlas? Lo que querías era matar a Skelton cuanto antes. ¡Siempre deseando matar! Un día, cegado por esa manía, te vas a meter en la boca del lobo, y te costará la vida. Hay que saber alternar la astucia con la acción, conocer cuándo es el momento propicio de una u otra cosa...

—Siempre me ha salido bien —gruñó Gentile, encogiéndose de hombros—. Eso le ocurrió a Forte porque no pensaba. A mi no se me escapará Kingsley, puede tenerlo por seguro.

Napoleone y Nazzari se miraron de reojo y sonrieron levemente. Después, el «boss» se sentó ante su mesa, cogió un cigarrillo del paquete que había sobre el mueble y lo encendió.

—Coordinemos las ideas —dijo con voz reflexiva—. Hay algo que seguramente hemos olvidado respecto a Kingsley. Tiene él su

punto vulnerable, como lo tenemos todos. Hay que saber encontrarlo, y yo di con él. ¿No lo recordáis?

Gentile y Nazzari se encogieron de hombros. Napoleone sonrió con aire de suficiencia.

—Si no fuera por mi inteligencia, divertidos estaríais —murmuró despectivamente—. Carne de patíbulo... Veamos. ¿Qué nos dijo Mulligan anteayer al denunciarnos la presencia de Kingsley en su establecimiento? ¿No dijo que era camarera del bar la novia de Kingsley? ¿Y que todas las noches iba él a recogerla?

—¡Ah! —exclamó Gentile, dando un puñetazo sobre la mesa—. ¡Maldita sea! ¡No me acordaba de eso!

—¡Es estupendo! —dijo Nazzari, mirando a su jefe con admiración—. Tenemos ahí la solución del caso...

—¡Vaya, vaya! Mis queridos colaboradores lo ven ahora todo claro, cuando les abro los ojos. Si no fuera por mí, Kingsley se os iría encima, y pobrecitos míos... Sí, sí; ahí está la solución, en efecto. Esa jovencita nos va a traer a su novio hasta aquí, atado de pies y manos, a pedirnos perdón. Atados por los divinos lazos del amor —rió bonachonamente, como si aquello le enterneciese mucho—. Así, Gentile, ya sabes. Y tú, Nazzari. Hay dos caminos a seguir: o esperar a que salgan juntos del bar, y liquidarlos, o secuestrar a la jovencita e invitar a Kingsley a que venga a visitarla, compadecidos de su justo dolor —volvió a reír hasta saltársele las lágrimas.

—Prefiero liquidarlo cuando salgan juntos del bar. Es menos expuesto —contestó Nazzari.

—Pues yo prefiero el secuestro —expuso Gentile, brillándole los ojos de alegría satánica—. Me debe la paliza que me dio cuando iba en el coche la otra noche. Me humilló el que me dejase en manos de aquel maldito chofer, despreciándome. Cuando tengamos a la muchacha con nosotros sufrirá él tanto como yo quiera. Y va servido...

—Comparto tu opinión, Gentile, amigo mío —dijo Napoleone con dulzura—. Hay que secuestrar a esa chica.

—Tenga en cuenta, jefe, que si Kingsley está ahora con el F. B. I.,

esa circunstancia estará prevista por ellos —murmuró Nazzari en tono lúgubre—. No sea que vayamos a caer nosotros en el cebo de la novia de ese traidor.

Napoleone sonrió despectivamente, moviendo la rizada cabellera negra.

—Eso lo harías tú, querido amigo, pero no yo. Antes de dar el golpe hay que ver cómo se presenta el asunto, orientarse, espiarlos, observar si se puede hacer. ¿Que no se puede con ella? Pues con él, a muerte, y en seguida. Gentile, amigo mío, sácate la espina que tortura tu corazón y emprende desde ahora la acción. No hagas lo que Forte...

Gentile se levantó, satisfecho por la designación. Miró a Nazzari con aire de lástima, sonriendo, y se puso el sombrero y la trinchera.

—Hasta luego o hasta mañana —dijo, haciendo un gesto a su jefe—. Disponga las mejores habitaciones para esa mujercita, ¿eh? Que no diga Kingsley que hemos sido desatentos con ella. Barre bien todo, Nazzari... Tendrás que hacer de doncella.

Salió a la calle. No nevaba, pero hacía mucho frío en la noche sin estrellas. El fino aire del Michigan cortaba la cara, haciendo caminar a los pocos transeúntes apresuradamente.

Gentile fue andando, con su pasito vivo, de hombre pequeño, camino de South Damen Street. No sentía el frío, pensando en la emoción que le iba a proporcionar el secuestro de Bettina. Ahora recordaba que era una italiana muy bonita, de ojos grandes, negros, y espléndido tipo. El tal Kingsley era todo un conquistador, ¡vaya!...

Miró la hora en su reloj de pulsera, de oro, y vio que eran las diez menos veinte. No cerraría el bar de Mulligan hasta la una, pero Bettina se iba a las once. Había tiempo para llegar y espiar, como recomendara Napoleone.

En el cruce de South Wood con South Damen se detuvo repentinamente. ¡Iba delante de él nada menos que Kingsley! ¡El mismo Kingsley! Tanto buscarlo, y ahora aparecía a veinte yardas, saliendo de detrás de la esquina, camino del bar donde su novia estaba.

Gentile reflexionó profundamente, acortando el paso para no adelantar a Kingsley. Era el momento más propicio ahora para matar al desertor de la banda. La calle estaba medio desierta a causa del frío, que hacía meterse en sus casas a los habitantes de la ciudad. Podía acercarse a él cautamente y lanzarle su cuchillo, arma silenciosa y eficaz en aquella ocasión. No fallaría la puntería. Caería Kingsley con el arma clavada en la espalda muy profundamente, y

nadie o casi nadie se enteraría del asesinato. El huiría seguidamente, y asunto concluido.

Pero, por otra parte, estaba encariñado con la idea de secuestrar a la novia de aquel odiado hombre y hacerle sufrir atrocemente, hasta que por salvarla fuese a entregarse a él dócilmente. O se entregaba, o moría ella, sería el ultimátum de Napoleone. Claro que después los dos morirían...

Decidió seguir el plan trazado por él y Napoleone: secuestrar a Bettina. Ahora iba a espiarlos para saber cómo se podría dar el golpe del rapto. Hora de salida de ella, sitios por donde iban hasta la casa de Bettina y si sería fácil hacer aquello.

Con su pasito menudo, Gentile, sonriendo malignamente, muy subido el cuello de la trinchera, sin sentir frío, tan nervioso y alegre iba, fue siguiendo a Kingsley desde lejos. Pensaba lo fácil que le sería ahora asesinar a aquel hombre, que le había humillado y zurrado dos noches antes, perdonándole la vida.

Aquel rasgo de generosidad de Kingsley le hizo más daño que si hubiera tratado de matarlo, fracasando en su intento. El corazón del siciliano no concebía esa clase de generosidad, ni ninguna otra, por supuesto, y por ello sentía hacia Kingsley un odio feroz, mezcla de envidia, de reconocimiento íntimo de su inferioridad moral con respecto al desertor de la banda.

Kingsley llegó al fin al bar de Mulligan, donde entró. Gentile, en la acera de enfrente, dentro de un portal, muy acurrucado, hizo acopio de paciencia. Miró su reloj de pulsera. Eran las once menos cuarto. Sería corta la espera, pero hacía un frío terrible, y comenzó a tiritar.

Tres o cuatro minutos llevaría en su refugio cuando vio cómo dos hombres con gabanes largos, el cuello subido y los sombreros flexibles muy encasquetados, con el ala bajada, cruzaban la acera rápidamente e iban hacia el portal donde él estaba. Ambos llevaban sus manos diestras metidas en el bolsillo del lado derecho de sus gabanes. Gentile se sobresaltó. Iban hacia el portal con paso firme. Eran altos, fuertes, jóvenes. ¿Serían...?

—Gentile, salga con las manos en alto —dijo uno de ellos con voz firme.

No entraron en el portal, sino que quedaron ante él, uno a cada lado de la portalada, ancha con un escalón.

—No intente nada. Somos del

F. B. I.

Gentile ahogó un gemido de rabia insensata, acurrucándose aún más tras la hoja de la gran puerta. ¡Tenía razón Nazzari, aquel idiota, cuando insinuó que Kingsley estaría ya protegido por el

F. B. I.,

y que había que tener cuidado! Allí estaban dos sabuesos federales, en efecto, y él, cogido en la trampa, sin escape posible. Debió de ser la cosa más fácil para ellos, al seguir a Kingsley, observar cómo Gentile también le seguía y entraba en el portal. Y esto lo había hecho él, el inteligente, astuto, zorro y malvado Gentile, como si fuese un novato. Menos inteligente aún que el mismo Forte, aquella bestia humana Incapaz de pensar.

—Salga, Gentile, o emplearemos la fuerza —repitió la misma voz serena—. Con los brazos en alto.

—Salga, o disparamos —añadió el otro agente federal en tono más duro, impaciente—. No queremos escándalos, pero...

Gentile asomó solamente su brazo derecho, con la pistola empuñada. En el portal, pendiente del techo, muy alto, había un farol de varias luces que iluminaban bien aquel espacio, amplio, con piso de piedra, en el centro del cual había una gruesa alfombra. Y el siciliano, que ahora no podía pensar sino en escapar fuese como fuese, disparó sobre uno de los dos agentes, a cada lado de la entrada. Aquel sobre el cual, en diagonal, podía apuntar.

Sonó, horribles, el disparo. La pistola era del 45, una «Colt». Después de disparar metió el brazo, pero asomó un poco la cabeza.

El agente especial estaba en el suelo, revolcándose, gimiendo quedamente. Al otro agente no podía verlo. No acudía en auxilio de su compañero todavía. Tal vez comprendía que él llevaría igual camino sí se ponía a tiro.

El siciliano se escurrió, pegado a la pared, hacia el interior del portal. Disparó de nuevo cuando vio al otro agente, acurrucado, apuntando con su pistola al centro de la entrada. Y como una liebre asustada, el pequeño «gangster» penetró en la especie de segundo portal, donde había una cabina, y al fondo los dos grandes ascensores. Silbaron en su oído dos balas, en tanto que las detonaciones producían verdadero estruendo. El agente federal le perseguía. Muy mal enemigo según la experiencia que tenía

respecto de los agentes especiales. Cuando disparaban a matar eran muy temibles. No solían fallar.

Saltando, guareciéndose tras las esquinas de portal interior, no fijó su mirada en los ascensores. No tenía tiempo de meterse en uno y ponerlo en marcha. No había nadie que lo pusiera tampoco. Y desde abajo, el agente especial podría detenerlo y quedar él enjaulado, a su merced.

Comenzó a subir la escalera, de mármol. La casa era alta. Unos quince pisos. Aceleró la marcha cuando oyó otro disparo más del agente especial. No sabía, en su desesperación, si allí podría salvar su vida. ¿Qué sucedería cuando llegase al último piso, con el agente detrás?

Brincaba, asomándose de vez en cuando al hueco de la escalera, subiendo de dos en dos los escalones. ¡El agente especial también subía ya! Y abajo, donde estaban los ascensores, varios hombres hablaban a gritos, sonando la puerta corrediza de una de las cabinas.

Gentile subía y subía, jadeando. Tras las puertas de los pisos gritaban las mujeres, asustadas, y hombres. Vio subir, muy rápida, la luz de un ascensor exprés. Disparó al cristal de la puerta, que saltó hecha añicos. Si llegaban al último piso los perseguidores, pues ya eran varios, además del agente especial, estaba perdido. Bajarían a su encuentro y se encontraría acorralado en mitad de la escalera.



Disparó de nuevo contra el agente especial, dos pisos más abajo. La bala se estrelló contra el piso de mármol de un escalón, rebotó y silbó agudamente. Volvió a disparar cuando vio al agente federal tomar una vuelta. Tampoco le acertó. Volvió a subir, con agilidad de mono. Estaba en el piso quinto solamente. El rumor sordo del

otro ascensor subiendo velozmente le aterró. Arriba sonaban voces de hombres. Estaba acorralado.

—¡Gentile, entréguese! —La voz de Kingsley, desde arriba, le hizo levantar la cabeza—. ¡Le acribillaremos si intenta resistir!...

Gentile rompió a llorar de rabia mientras subía, no sabía ya para qué. ¡Kingsley, convertido en agente al servicio del

F. B. I.!

¡Aquel cobarde, que tenía miedo a matar, dispuesto a liquidarlo a él!

Subía el agente especial cautamente, sin exponerse a los balazos del desesperado Gentile. Le acompañaban otros hombres. Arriba bajaban, también con cautela, murmurando, otros más, y entre ellos, Kingsley. Estaba en el piso séptimo. A cada instante, la distancia entre los perseguidores de arriba y de abajo se acortaba. Llegarían a unir sus fuegos sobre él en un descansillo, entre dos pisos. Después, la muerte.

Gentile subía todavía. Le parecía, en su loca ceguera, que el peligro mayor provenía de abajo, del temible agente federal, que no fallaría en su puntería en cuanto se le pusiese a tiro. Subió al octavo piso. Miró a su alrededor con espanto. Dos puertas, de dos pisos, cerradas, hoscas, como dos murallas infranqueables. Arriba estaban ya por el piso once, según pudo juzgar por los pasos, los murmullos. La distancia se acortaba entre ambos perseguidores. Le quedaban segundos solamente de vida...

—¡Levante los brazos, Gentile! —gritó Kingsley con voz potente—. ¡Entréguese!

—¡Levante los brazos! —gritó el agente especial abajo—. ¡Baje con los brazos en alto, asesino! ¡Estoy deseando matarlo, canalla!

Gentile, babeando espuma, sollozando de furor, comenzó a subir hacia el piso noveno. Metió un cargador nuevo en la pistola y sacó de la cintura su cuchillo. Tal vez pudiera escapar por arriba, por la azotea, si conseguía imponer terror a Kingsley y a los otros. Serían vecinos, seguramente desarmados, con buena voluntad, pero malos combatientes.

—¡Alto, Gentile! —gritó Kingsley al verlo subir.

El siciliano observó que tenía una pistola en la mano. Tras él, dos agentes uniformados de la policía, con sus revólveres de grueso calibre. No eran vecinos asustadizos.

—¡Entréguese y levante los brazos!

El «gangster» comenzó a disparar, acurrucado en un rincón de la vuelta de la escalera. Kingsley y los dos «cops» bajaron más, muy pegados a la pared. El agente federal subía más aprisa, con los otros ayudantes. Gentile, quieto, miraba arriba y abajo, con ojos de demente, esperando el momento de tirar sobre seguro. Pero, inexplicablemente, nadie aparecía. Un silencio siniestro se hizo, y Gentile, espantado, escuchó anhelante, temblando de horror. ¿Qué estarían haciendo que no subían ni bajaban?

Un minuto, dos, tres, y el mismo silencio espantoso, como si se hubiesen marchado. Gentile temblando todo su cuerpo, escuchaba con profunda atención, no comprendiendo lo que sucedía. Sabía que estaban, porque era lo sensato pensar así. Pero ¿por qué no lo mataban o le permitían defenderse? ¿Sería miedo lo que sentían, con tantos como eran?

Miraba hacia arriba y después a los pisos de abajo, escuchando. El silencio era absoluto. Le estaban esperando, sin duda, para no exponerse.

Dos minutos más, inacabables. Gentile sentía que sus fuerzas le abandonaban. Un desaliento terrible le invadía. Como una agonía que le estaban prolongando. De un momento a otro esperaba una granizada de balas, que no llegaba. No había posibilidad de luchar si él no salía de allí, del rincón aquel. ¿Era eso lo que querían? Significaba la muerte para él...

Su raciocinio quedó anulado por el miedo, la tensión terrible que ellos estaban imponiendo a su cerebro. Querían que saliese de allí, sin exponerse. Una mente atormentada así, viendo por todos lados la muerte, no puede tolerar mucho tiempo tal suplicio. Le daban a elegir entre entregarse o morir a balazos. Esperaban su decisión con paciencia casi diabólica. La victoria era de ellos siempre.

Gentile, jadeando, pugnando por ahuyentar la locura producida por el espanto, por aquella situación jamás por él imaginada, quería pensar. Y no podía. Entregarse o morir. Morir también si se entregaba. La silla eléctrica le esperaba, como digno final a su vida de asesino. La vida que él eligió, y de la que gozó mucho, porque daba satisfacción a sus instintos primitivos. Aún pedía luchar y quizá matar. ¿No tenía enemigos arriba y abajo? Con salir del

rincón ya podía luchar. Pero para morir indefectiblemente. Eso era lo espantoso. Hasta ahora luchó, y siempre venció. Ahora, no.

El estallido de sus nervios, de su terror cervical a la muerte, sobrevino dos minutos después, transcurridos en absoluto silencio en la escalera. No pudo aguantar más la tensión, la locura furiosa que le invadió. Y lanzando un alarido de rabia, gritando como un demente, salió del rincón y se lanzó escaleras abajo como un huracán, empuñando la pistola y el cuchillo.

—¡Quieto! —gritó el agente especial—. ¡Arriba los brazos, por última vez!

Ante él estaba el agente federal y tres «cops» con ametralladoras de mano. Más abajo, siete u ocho más, con rifles y ametralladoras.

Gentile se precipitó sobre ellos, disparando ciegamente; locos sus ojos, de loco la expresión de su rostro oliváceo. Bajó en busca de la muerte, tropezó, rodó, gritando...

Y cuando quiso darse cuenta, cuatro «cops» y el agente federal lo sujetaban, sin matarlo, y le ponían unas esposas. Atónito, vio que ni había matado a nadie más ni le habían matado a él. Había sido cogido como un vulgar ratero que fuese a robar en uno de aquellos pisos de la casa. Siempre había dicho a quien quiso escucharle, con entonación llena de soberbia; «Yo moriré matando, rodeado de enemigos, de cadáveres y heridos. Como debe morir todo “gangster” decente». Y allí estaba, encogido, llorando de rabia, de despecho, pensando ya en la silla eléctrica donde se muere con la cara tapada, retorciéndose por las descargas terribles, sin dignidad, bajo unas miradas de compasión.

Kingsley bajó a toda prisa, pistola en mano. Contempló fríamente a Gentile, que se irguió rabiosamente, lanzándole veneno con sus miradas de demente. Aquello era para él otra terrible humillación. Ser apresado con la ayuda de un traidor al «gang», por un cobarde que se negaba a matar...

—¡Otros me vengarán, traidor! —barbotó con voz ronca—. Tú tienes que llevar el mismo camino que yo, hipócrita, traidor...

Kingsley le volvió la espalda desdeñosamente.

—¿Qué tal el herido por este hombre? —preguntó al agente federal.

—Grave, pero no en peligro de muerte, por ahora —respondió el agente, que era Axel Riemer, el imperturbable y misionero hombre

de cara aniñada—. Vamos, Gentile. ¿Puede andar? Si no, le llevo en mis amorosos brazos.

Bajaron todos la escalera. Ante la puerta había ya varios coches y muchos agentes de la Policía armados. Gentile se dio cuenta, aterrado, de que jamás hubiera podido escapar vivo a toda aquella fuerza organizada para combatir a los hombres de su calaña. Fue demasiada suerte la suya haber vivido una docena de años fuera de la ley, hurtando el cuerpo a lo que ahora era definitivo, inaplazable. Pasarían un par de meses, tres quizá, y una mañana, al amanecer, todo acabaría para él. Era el final de su carrera desatentada, llena de soberbia y desprecio por los principios más sagrados de la Humanidad.

VII



LGUIEN, tal vez el dueño de un establecimiento sometido a Napoleone, quizá un maleante que pudo presenciar la detención de Gentile, avisó al «boss», telefónicamente, del hecho.

Napoleone se vistió apresuradamente, gritando a Nazzari lo que acababan de comunicarle.

—¡Aprisa, Paolo, aprisa! Dentro de unos minutos estarán interrogando a ese idiota de Gentile para que diga dónde estamos —bufaba, poniéndose los zapatos, llenando su cartera de billetes de Banco, metiéndose en los bolsillos la pistola y varios cargadores, todo a la vez, lívido de terror—. ¡Quién diría que ese majadero se dejaría coger así!

—Ya lo advertí yo, jefe —repuso Nazzari con mal humor, haciendo también sus preparativos de marcha—. Kingsley está

protegido por el

F. B. I.,

y meterse con él es buscarse un conflicto sin solución.

—¡Baja y coge un «taxi»! —gritó Napoleone, que no tenía tiempo ahora de poner su diestra sobre el pecho y la siniestra sobre la espalda—. ¡Iremos a Arthington Street, a casa de Joyce! ¡Baja aprisa, majadero! ¡Pueden venir de un momento a otro! ¡Ay Kingsley, esto no te lo perdonaré jamás! He dejado a mis hambres una labor que me correspondía por entero a mí... Pero espera, que todavía no es tarde —clamó cuando oyó cerrarse la puerta del piso, saliendo Nazzari.

Se sentó en una silla, fumando impaciente. Se asomó después a una ventana, por si veía las luces del «taxi». No las veía, ni oyó el «claxon», llamándole.

Se puso después la trinchera. La dejó para cubrirse con un gabán forrado de piel. Encasquetóse un sombrero austríaco, flexible, de pelo, muy caro. Abrió la puerta del piso, bajó la escalera y salió a la calle, muy subido el alto cuello del gabán opulento. Tardaba Nazzari...

Paseó por la acera, pegado al muro de la casa, mirando desconfiado a su alrededor. Tardaba Nazzari. Muy cerca de allí había un aparcadero de «taxis», siempre con alguno esperando. ¿No lo encontraría Nazzari, que tanto tardaba?

Estar allí era muy peligroso. Podían llegar los del

F. B. I.

y pescarlo. Y echó a andar, camino del aparcadero cercano. Cruzó la calle rápidamente, empuñada la pistola dentro del bolsillo del gabán.

Ningún «taxi» se cruzó con él. Nazzari no aparecía. ¡Qué extraño! ¿No habría «taxis» en el aparcadero? Con aquella noche infernal, de frío intenso, podía ocurrir tal contingencia desagradable.

Vio, al fin, la plazoleta donde se estacionaban los vehículos de alquiler. ¡Había varios allí! ¿Dónde había ido Nazzari a buscar uno, el muy idiota? Cuando llegase a casa del viejo Joyce ya le arreglaría las cuentas a su Paolo, por imbécil. Porque era de suponer que iría allí, directo, cuando viera que su jefe se había marchado ya, cansado de esperarle.

Subió a un «taxi» y dio la dirección de Independence Boulevard. Era listo Napoleone, para decir al conductor dónde pensaba él ir. La Policía también lo era, y había que tener mucho cuidado con los taxistas.

Atravesaron a buena velocidad todo el sur de Cicero, estremecido de frío, sin apenas viandantes. El viento helado del lago Michigan parecía dejar petrificada la vida de la gran ciudad, helada, encogida.

—Independence Boulevard, señor. ¿Qué número? —preguntó el chofer, volviendo la cabeza.

—Ahí cerca. Pasada esa manzana, un poco más allá —contestó vagamente Napoleone—. Yo le diré. ¡Maldita noche! El ser médico tiene estos inconvenientes. Por quitar la pulmonía a un hombre puedo yo coger otra.

—¡Ah, claro, hermano! —rió el chofer, un poco vuelto en su asiento—. Como nosotros, aproximadamente. Por llevar de un lado a otro a los frioleros, nosotros nos helamos. ¿Aquí?

—Sí.

Se bajó Napoleone, pagó y echó a andar rápidamente calle arriba. Oyó el rumor del motor al arrancar y a poco pasó a su lado el vehículo, desapareciendo a la vuelta de la esquina. Dio él también la vuelta y tomó por Arthington Street casi a paso gimnástico. Tenía unos deseos locos de estar en casa de Joyce y ver si había llegado Nazzari. Una idea siniestra le estaba rondando el cerebro.

En el 457 se detuvo, sacando una pequeña llave. Era una casa antigua, de tres pisos, de apariencia respetable. En el piso segundo vivía Joyce, un ex«gangster» de casi setenta años de edad, «retirado» de las actividades, pero que todavía podía prestar su casa a ciertos “boss” en caso de apuro. La Policía lo creía muerto o desaparecido de Estados Unidos, y no se metía con él.

Subió la escalera alumbrándose con el encendedor. Cuando llegó al piso llamó dos veces seguidas, hizo una pausa, y luego, con los nudillos, repicó varias veces.

Una luz brilló, como una franja, bajo la puerta. El punto luminoso del agujerillo de la mirilla, durante un momento, y luego, la voz gangosa de un hombre:

—¿Quién?

—Fratto. Abre, hombre... —repuso con impaciencia Napoleone.

Un hombre, en pijama, alto, huesudo, con cara llena de arrugas y ojos adormilados, abrió la puerta silenciosamente.

—¡Caramba, mi general! —exclamó humorísticamente—. ¿Viene de la isla de Elba? ¿O de las Pirámides?

—¿Ha venido Nazzari? —preguntó hoscamente Napoleone, mientras miraba el perchero del «hall».

—¿Su ayudante de campo? Pues no, no... Bueno, ¿qué le pasa? Está lívido, majestad... No será Waterloo, supongo, lo que se le ha venido encima —rió quedamente el viejo, con el pelo erizado, blanco, mientras tiritaba de frío—. Vamos al gabinete, donde aún habrá fuego en la estufa.

Napoleone sentía el frío en el corazón, no en su cuerpo. Su presentimiento parecía convertirse en realidad. Siguió a Joyce, que arrastraba unas zapatillas de abrigo por el pasillo.

—¿No ha avisado por teléfono? —preguntó al viejo cuando llegaron al gabinete, donde había sillones, una mesa y una estufa grande que todavía despedía un agradable calor.

—¿Quién? Siéntese, hombre. Le daré una copa de buena ginebra para ver si recobra el color. ¿Qué le ha pasado?

—Que si ha telefonado Nazzari —repitió Napoleone de mal talante, quitándose el gabán y arrojándolo sobre un sillón. Se sentó pesadamente.

—No ha telefonado nadie, muchacho. Tome esta copa y beba. Luego me cuenta qué le pasa —se sentó frente a Napoleone, que bebió de un trago el licor.

—Nada de particular. Una alarma, que espero sea pasajera. Envié a Nazzari a buscarme un «taxi», y no sé qué diablos le ha pasado, que no ha aparecido —replicó Napoleone con preocupación.

—Quizá creyó que usted estaba ya en Santa Elena y pensó que sería bueno poner pies en polvorosa. Cuando un barco se hunde en puerto, las ratas salen despavoridas —rió el viejo, maliciosamente.

Napoleone miró fijamente a Joyce. Había pensado lo mismo que él...

—Si ha desertado también él, me las pagará —murmuró roncamente.

—Lo peor será si va a contar a la Policía que está usted aquí, en

mi casa —razonó, preocupadamente, Joyce—. Ya sabe que la mejor manera de que ustedes, mis amigos, puedan guarecerse aquí en caso de apuro, es que yo no figure en nada, no me entere de nada. ¿Piensa realmente que Nazzari pueda delatarnos? Sinceramente, Napoleone. Si es así, lo siento; pero no puedo tenerle en mi casa.

—No digas tonterías —contestó, evasivamente, Napoleone, que tenía más miedo que Joyce a lo que Nazzari pudiera hacer—. El muchacho no es capaz de eso. Concedo que le haya atemorizado el que Gentile haya caído en poder de la Policía y piense que a mi lado corre peligro también él, pero no se pasará al otro bando. ¡Sabe que tengo los brazos largos y castigo las traiciones!

Joyce sonrió levemente. También él sabía, como viejo en el oficio, que cuando un «gang» se derrumba, sus componentes, por salvarse, no vacilan en cometer toda clase de traiciones y deslealtades, acusándose unos a otros ante la Policía.

Nazzari no había traicionado a su jefe, aunque realmente, cuando Napoleone le mandó a buscar el «taxi», si pensó que aquel «gang», que se componía ya de él y el «boss», olía a cadáver. El F. B. I.

y Kingsley le estaban asestando golpes definitivos, destructores. Si Napoleone no reclutaba más gente, los «protegidos», que solamente se doblegaban por el temor, acabarían perdiéndoles el respeto y denunciarían a la Policía sus actividades.

Atravesó el pequeño jardín y salió a la calle mirando a su alrededor con recelo, empuñada la pistola, dentro de un bolsillo de la trinchera. Cruzó la calle a toda prisa y se dirigió al cercano punto de «taxis», obedeciendo la orden de Napoleone. Todavía le convenía seguir con el curso, pesé a su estúpido engreimiento. Tenía dinero en abundancia, podía reclutar más hombres y ser él el lugarteniente, muerto Forte y Gentile apresado por la Policía. Se alegraba mucho de qué Gentile desapareciese de la circulación. Lo odiaba con toda su alma, como se odian todos los que se envidian y aspiran a subir a costa de los demás.

Cuando llegó al aparcamiento, vio que no había ningún «taxi» allí. Lanzó un reniego por aquel contratiempo, que le hacía perder tiempo, y siguió caminando aceleradamente, arrecido de frío, por la desierta calle. Miraba en todas direcciones, por si algún «taxi»

pasaba, libre. Pero no había apenas circulación.

Estaría Napoleone desesperado, pensó, pero él no tenía la culpa. ¿Por qué no salió al mismo tiempo que él a buscar el coche de alquiler, si temía que el «Lincoln» que estaba en la cochera pudiera ser identificado rápidamente, en vez de estarse esperando como un señorito a que le llevaran el coche a la puerta?

En otro aparcamiento, casi media milla más allá, halló por fin un coche, al que subió, dando al chofer la dirección de South California Street. ¡Bueno estaría Napoleone, esperándole!

Llegaron rápidamente ante la casa con el pequeño jardín delante. Nazzari se apeó, diciendo al chofer:

—Espere —y fue a internarse en el jardín, abriendo la cancela de hierro.

No había visto a dos hombres, altos, uno sobre todo, que parecían haber brotado como de la tierra repentinamente.

—Oiga, Nazzari: quieto —dijo uno de ellos, el más alto. Ambos llevaban la mano diestra metida en el bolsillo del gabán—. Levante los brazos y no haga tonterías. Somos del F. B. I.

Estaban como a unas diez yardas del «gangster», que se volvió rapidísimo, mortalmente pálido. El chofer del «taxi», lanzando un reniego, arrancó el coche, previendo que allí había algo en lo que no debía de meterse. «Gangster» y policías... Y ante la indiferencia de los agentes, se alejó a toda marcha.

Nazzari todo lo vio perdido. Conjeturó que Gentile había hablado, y muy pronto, denunciándoles y diciendo dónde se escondían. Todo perdido...

Tras la cancela, baja, el «gangster» vaciló entre levantar los brazos, como le ordenaban, o huir hacia el interior de la casa. Entre él y Napoleone podían resistir, escapar quizá. No todo podía estar perdido. Los agentes se aproximaron. Uno de ellos era Riemer, el gigante escandinavo.

El gesto de Nazzari fue rapidísimo al meter la mano en el bolsillo de la trinchera y sacarla con la pistola ya montada. Los agentes le imitaron dando un salto para estar separados y ofrecer menos blanco.

—¡Quietos, Nazzari! —gritó Riemer—. ¡No haga resistencia!...

Un «gangster» que tiene una pistola en la mano y solamente en

ella confía para salvar su vida no es fácil que tenga el buen criterio de no hacer uso de ella y entregarse. Nazzari no podía ser diferente a los demás. Solamente veía a dos hombres frente a él y consideró que podía eliminarlos, salvarse.

Disparó sobre Riemer, como más alto y corpulento. Quiso volver a hacerlo sobre el otro agente federal, pero ya no pudo.

Dos llamaradas brotaron de las armas de los agentes federales y las dos balas entraron en su cuerpo: una, en el pecho, casi en el estómago; la otra, en una pierna. Los agentes federales, como siempre, contestaban a la agresión.

Nazzari cayó de rodillas, bramando de dolor y coraje. Aún levantó el brazo armado, pero no encontró sobre quién disparar. Riemer y su camarada se ocultaban tras el bajo muro que rodeaba la casa.

—Tire la pistola, Nazzari, o acabaremos con usted —dijo, serenamente, Riemer—. ¡Tírela!

Nazzari la dejó caer, pese a no desearlo. Se derrumbó pesadamente sobre la tierra, con restos aún de nieve, del jardín. Los agentes acudieron a su lado, pistola en mano. Riemer lo incorporó un poco. Después lo dejó caer al suelo suavemente, haciendo un gesto de honda contrariedad.

—Ha muerto... —dijo roncamente.

Abrió la trinchera de Nazzari y halló una gran mancha roja sobre el pecho. Sangraba también la herida de la pierna, en el muslo.

—Queda Napoleone. Vamos, Riemer, adentro. Puede estar todavía ahí, escondido. Nazzari fue por el «taxi» y aquí le esperaba seguramente su jefe.

—Vamos —repuso Riemer—. Ojalá tengamos más suerte con el «boss».

Llegaron ante la puerta, que empujó el camarada de Riemer. Cedió fácilmente, abriéndose. Ambos agentes se miraron, un poco asombrados.

—Ha debido de huir, si oyó los disparos —dijo Riemer—. Vamos.

Subieron los escalones y entraron al «hall», apercebidos. Rápidamente recorrieron las habitaciones del primer piso. No había nadie. Tampoco en el segundo. Era sabido que el «boss» solía ser

casi siempre el que se salvaba ante el desastre de un «gang». Al menos, el que menos riesgos corría y antes ponía pies en polvorosa.

—No está —murmuró Riemer, con desaliento—. Nos entretuvimos con Nazzari, viendo llegar su «taxi», y Napoleone huyó en tanto. Vámonos, Butler.

Desde el teléfono, en el despacho de Napoleone, Butler avisó a la División, pidiendo una ambulancia para recoger el cadáver de Nazzari. Riemer, en tanto, registraba muebles, abría cajones y examinaba papeles.

Butler le ayudó en tanto llegaba la ambulancia. Examinaron algunas agendas, en una cartera de mano, dejada por Napoleone. Riemer sonrió alegremente.

—Hemos dado con las listas de los «protegidos», Butler —dijo, mostrándole las agendas—. Hay casi... medio centenar de nombres.

—Y aquí están apuntados los ingresos del granuja —exclamó Butler—. Lo menos diez mil dólares al mes. Más, mucho más...

Portando Riemer la cartera de mano, bajaron al jardín, acercándose al cadáver de Nazzari. Ya estaban allí dos agentes de uniforme de la Policía, que habían oído el ruido de las detonaciones. Fueron informados de lo ocurrido por Butler, y los «cops» tomaron nota en sus agendas. Poco después, la sirena de una ambulancia rompió el silencio de la noche. Rápidamente recogieron el cadáver de Nazzari y, quedando de guardia los dos agentes uniformados, Riemer y Butler fueron en busca del coche que dejaran a la vuelta de una esquina, cerca de allí. Subieron a él, conduciendo Butler.

—Queda el corso —murmuró Riemer, pensativamente—. Hemos partido en trozos el gusano, pero puede convertirse cada uno de ellos en otro gusano. Si no damos con él pronto, organizará otro «gang», y vuelta a empezar.

—Gentile debe saber más de lo que ha dicho —dijo Butler, mientras enfilaba el coche hacia el Norte, a City Hall, donde estaba la División—. Hay que sacárselo. Estos tipos suelen tener varias guaridas, donde se meten en caso de peligro.

—Sobre todo, yo no estoy tranquilo por Kingsley mientras no tengamos encerrado a Napoleone. No quiere marcharse de Chicago, como le he dicho que haga, hasta que esto se solucione.

—Se comprende. Dejar a la novia, que pudiera ser objeto de

represalia por parte de Napoleone, no debe agradarle nada —objetó Butler—. Además, el hombre quiere demostrarnos que ya es de fiar y desea ayudarnos.

—Es un alma reconquistada, gracias a Dios —repuso Riemer, con acento solemne.

Butler le miró y sonrió con simpatía. Siempre pensó que su camarada se había equivocado bastante en la elección de profesión. Debiera ser un sacerdote católico en vez de agente especial del F. B. I.

Pero unía armoniosamente el cumplimiento del deber como valedor de la ley con su siempre ferviente deseo de salvar almas, de llevar por la buena senda a aquellos que caminaban desorientados.

De vuelta a la División, Riemer pasó a una habitación de detenidos sujetos a interrogatorios, donde estaba Gentile, guardado por dos agentes.

El siciliano parecía aún más pequeñito y podría decirse que había envejecido muchos años en las pocas horas que llevaba detenido. Su rostro, antes de expresión insolente, de matón, perdonavidas, reflejaba ahora un decaimiento terrible. La inteligencia, la astucia de su mirada, de antes, era suplida por un latente reflejo de espanto. Ya no veía ante él sino la muerte que más temiera, sentado en la siniestra silla eléctrica.

Riemer le contempló fijamente, en silencio, durante unos instantes. Estaba sentado Gentile en una cama, inclinado hacia adelante, fumando sin cesar, apretándose la cabeza con ambas manos y los codos sobre las rodillas.

—¿Sabes dónde puede haberse metido Napoleone? —preguntó el agente especial, y aprovechó que Gentile acababa de tirar la colilla de un cigarrillo para ofrecerle otro—. No estaba donde dijiste. Te conviene ser sincero, como lo fuiste antes. Allí estuvo tu jefe, pero se había marchado cuando llegamos.

Gentile levantó la cabeza. No parecía darse cuenta de lo que le decían.

—¿Y Nazzari? ¿Le han cogido? —preguntó, en su voz una inflexión de rencor.

—Sí. Pero no puede declarar —contestó Riemer sin mentir—. Contesta, Gentile: ¿dónde está ahora Napoleone?

El siciliano sonrió. Estaba contento porque hubiesen capturado a

Nazzari. Si él estaba perdido, que se perdiesen todos los demás.

—No lo sé. Le juro que no lo sé —respondió, con acento sincero—. ¡Me alegraría que también lo llevasen a la «silla»! Él era el «boss», el más culpable de todos. Yo obedecía. Si no lo hubiera hecho, me habría liquidado, ¿comprende?

Riemer arrugó el ceño. Gentile parecía decir la verdad. Tal como estaban las cosas para él, y dada su idiosincrasia, tan común a todos los maleantes cuando se ven perdidos, no tenía interés alguno en que su jefe se salvase. Todo lo contrario.

—Haz memoria, Gentile. Si lo recuerdas o supones dónde pueda estar escondido, dilo en seguida. Nunca es tarde para portarse decentemente, y quién sabe si comprendiéndolo así los que tienen que juzgarte no son tan severos contigo.

Salíó del cuarto. Gentile se quedaba llorando, aunque estaba equivocado Riemer al suponer que era de arrepentimiento. El siciliano desahogaba así su coraje porque no sabía dónde estaba su jefe y podía quizá escapar a la acción de la Justicia. Y se dedicó con gran tesón a repasar su memoria, a querer recordar dónde podría estar escondido Napoleone, murmurando direcciones, nombres de gentes que podrían ayudar al «boss» a hurtarlo a los agentes del F. B. I.

Dictó media docena de direcciones a los agentes que lo vigilaban, y éstos, rápidamente, lo pasaron al inspector Farley, que envió en todas direcciones a sus hombres en busca del «boss» solitario.

De madrugada fueron regresando los agentes, desesperanzados. No está en ningún sitio Napoleone. Gentile, paseando nerviosamente, denunciaba, daba nuevos nombres, nuevas direcciones. Pretendía hacer méritos, por si el Tribunal tenía en cuenta su «arrepentimiento», condonándole la pena de muerte por la de reclusión perpetua. Ante todo, seguir viviendo, viviendo... Un preso puede escaparse. Pero jamás se vuelve de la tumba.

Impulsados por el delirio de delatar de Gentile, los agentes especiales dieron grandes batidas por Cicero, por Merwyn, por Chinatown y Bronzeville, el distrito de los negros, horrendo, donde una vez dijo Napoleone que allí tenía un escondrijo por si alguna vez lo necesitaba. Torturaba su mente el siciliano, en terrible tensión, buscando desde su encierro a Napoleone, el odiado «boss»

que lo envió a la perdición, a la silla eléctrica, mientras él se salvaba.

VIII



INGSLEY trabajaba ya en la Pullman Company. Entre Mulligan y Riemer le facilitaron el ingreso como capataz en una sección técnica, con buen jornal. Jackie pidió prestados cien dólares a Bettina y los envió a aquél a quien se los robó aquella noche.

Riemer supo toda la verdad de labios del joven respecto a sus andanzas fuera de la ley. Kingsley no pudo resistir los embates del agente-misionero, como lo llamaba humorísticamente toda la División de Chicago. Y el agente especial obtuvo una autorización especial de la Policía y del juez del distrito para que Kingsley fuese un detenido con libertad condicionada, «a expensas de su ulterior comportamiento» y dado que posteriores denuncias no agravasen su situación.

Bettina hubo de saber, al fin, quién era su novio. Se lo dijo él

mismo, en presencia de Riemer. La joven quedó anonadada al conocer aquella verdad tan terrible. Suponía algo, como el que Jackie pudiera emprender un camino fatal, en su deseo de hacerse rico prontamente, pero no podía presumir que aquello, sin llegar a la opulencia, sino a la miseria, era lo que ya hacía él desde bastante tiempo atrás. La había engañado, y eso, para una mujer que cree poseer en absoluto el corazón del amado, era un golpe muy rudo.

—Me estabas engañando, Jackie —dijo, sollozando, mirándole con infinito desencanto—. Si hubieras hecho fortuna, de ese modo, me seguirías engañando. Si todo esto, que te ha puesto contra tu voluntad en manos de la Justicia, te hubiera salido bien, quedando impune, me seguirías engañando.

Riemer y Kingsley se miraron, como anonadados. Ella tenía mucha razón al hablar así. Si ahora dudaba del cariño de él, también tenía razón. La había engañado en lo más grave: en no ser sincero con ella, y podía suponer falso todo lo demás.

—Es cierto, señorita Buccieri —murmuró Riemer, más ponderado y sereno que Kingsley, que no sabía sino restregarse desesperadamente las manos, lívido de vergüenza—. La engañó. Se engañó a sí mismo. Un hombre puede equivocarse. Creyó que al margen de la ley podría vivir mejor que siendo un hombre decente. Ese género de vida le obligaba a mentir a todos, porque sus acciones eran inconfesables. Tenía una insana ambición de riquezas y le hicieron ver ejemplos de otros, que las lograron mediante una conducta como la que él observaba. Estaba ciego.

Nosotros, que le hacemos ahora ver la verdad, y él la ve en toda su plenitud, no vamos a ser los que le rechacemos y seamos peores jueces que él culpable.

—Así es, querida mía —murmuró Kingsley, con voz apocada—. Yo no quiero oír hablar de mi pasado. Pero has de perdonarme. Si no lo quieres hacer, yo volveré a hacer no sé cuántas barbaridades. No te amenazo, compréndelo. ¡Necesito que me sigas queriendo, Bettina!

Ella accedió. Riemer la miraba profundamente, como si la pidiera compasión para aquel hombre que se tambaleaba en el nuevo camino emprendido. Accedió a perdonarlo, y así se lo dijo gravemente.

Pero cuando una mujer sufre una desilusión en su amor por un

hombre: cuando él no es como ella lo suponía, y ha de rectificar desfavorablemente su opinión, el amor se quiebra por su base. Bettina se propuso quererlo como antes, cuando estaba engañada por él. Luego, ahora no lo quería como antes. Esto era lo que la aterraba, sin saber si lograría conseguirlo.

El que Jackie hubiera sido un «gangster», el que hubiera robado, cometido felonías; el que la hubiese engañado durante tanto tiempo a sabiendas de que lo hacía, era muy fuerte para su recto corazón, sus creencias y convicciones. Perdonarlo, sí. Quererlo como antes, lo intentaría con toda su alma.

Riemer, buen psicólogo, reflexivo, comprendió lo que en ella pasaba. Era un alma desilusionada, la de Bettina. Mucho tendría que hacer ella, para volverlo a querer como antes. Y también habría de luchar encarnizadamente Kingsley para atraérsela de nuevo. Hay pasados imborrables que marcan el resto de una vida hasta su final.

Kingsley ya trabajaba honradamente. Y lo hacía con toda su alma, porque deseaba que Bettina le quisiese como él la quería, como se querían antes. Su corazón enamorado percibía que no era comprendido ni correspondido por el de Bettina como lo fuera con anterioridad. Estas cosas son claras, diáfanas para un enamorado que no ha sufrido nunca tal contratiempo.

Pero Jackie no tenía esta sola y grave preocupación. Pensaba en Napoleone casi más que en Bettina, aunque por motivos muy diferentes, como era lógico. Bettina era para él la esperanza de una felicidad suprema. Napoleone significaba la destrucción de esa felicidad; el odio, la muerte a traición, a la vuelta de una esquina, en cualquier momento. Esto no podía soportarlo él con tranquilidad. Ni nadie, por supuesto. En tanto Napoleone estuviera en libertad, él tenía su vida pendiente de un hilo.

Entraba Kingsley en la factoría a las nueve, comía allí y salía a las seis de la tarde. Mientras estaba trabajando, no temía por su vida, aunque no dejaba de pensar en el vengativo corso, a quien el F. B. I. y la Policía no encontraban por parte alguna.

Pero a las seis, cuando tomaba el autobús que le dejaba en Cermak Street, comenzaba a mirar de reojo a su alrededor, buscando a un hombre de mediana estatura, de rostro ancho, de luna llena, más bien obeso, bien vestido. Ahora, tal vez fuese mal

trajeado y hasta sería posible que su rostro fuese un tanto alterado en las facciones, para pasar desapercibido. Napoleone era inteligente, astuto, zorro.

Kingsley, como todos aquellos que se ven perseguidos, o creen estarlo, parecía ver por todas partes aquella silueta, conocida de él, por un instante, para ocultarse seguidamente, siguiéndole, espiándole, buscando el momento propicio de acometerlo con toda garantía de éxito.

Riemer quiso protegerlo por medio de dos agentes especiales, que le seguirían los pasos dondequiera fuese. Tal y como ocurrió cuando Gentile cayó prisionero. Pero ahora, Jackie sentía cierta vergüenza de aceptar aquella ayuda, y la denegó. Hacía ocho días que Nazzari y Gentile eran baja en la banda de Napoleone y nada le había ocurrido. Quizá el «boss» estuviese muy lejos de Chicago, escapando a la vigilancia de la Policía y el

F. B. I.,

y no era cosa de tomar actitudes exageradas de precaución.

Pero no vacilaba en pensar, íntimamente, que Napoleone estaba en Chicago, y que andaba tras él, cauto, solapado, al acecho, para liquidarlo. El corso, tal vez por atavismo de raza, unido a las derrotas que le había infligido él, Kingsley, reduciéndole su «gang» a él mismo, jamás le perdonaría aquello. Había perdido su negocio de protección, lo que le suponía miles de dólares a la semana, y estaba perseguido sañudamente por la Policía y el

F. B. I.

Demasiados motivos para querer vengarse de Kingsley.

Cuando se bajó del autobús H en Cermak Street, a las seis y media de aquella tarde, Kingsley, como siempre, se detuvo en la acera y miró a su alrededor desconfiadamente. Una precaución bastante infantil, porque los transeúntes que pasaban a su lado eran centenares, millares. Los coches, muy numerosos, pasaban igualmente ante él. En uno de ellos podía ir Napoleone, acechándole, buscándole las vueltas.

La tarde era fría, desapacible, y pensó que en ninguna parte estaría mejor que en su gabinete y alcoba de la pensión, con la estufa eléctrica, leyendo tranquilamente hasta la hora de cenar, para después ir a buscar a Bettina, a las once. Era cuando peor lo pasaba. No solamente por el peligro que él pudiera correr, sino

también la adorada muchacha. Sabía él que Napoleone odiaría tanto a ella como a él y no vacilaría en asesinarla también si con ello producía un dolor a su novio. O a ambos a la vez los sacrificaría si pudiese.

Caminó Kingsley, las manos metidas en los bolsillos del gabán, mezclándose entre los transeúntes, ojo avizor. Así era menos posible la agresión, suponía. Napoleone correría graves riesgos si lo intentaba.

Llegó a un espacio de la calle, cerca del 761, donde él vivía, en que la circulación era mucho menor. Por allí, las casas eran más humildes, bajaba mucho el tono de gran arteria de la calle, con menos circulación rodada, y hasta había solares, con vallas de madera. Por aquella parte no todos los hombres eran obreros, personas decentes, sino que a ellos se mezclaban tipos extraños, que a él no le engañaban. Fue uno de aquéllos no hacía mucho tiempo.



Al llegar a este espacio, de un cuarto de milla aproximadamente, Kingsley apresuraba el paso visiblemente, conocedor de lo que un asesino podía hacer aprovechando aquellas circunstancias de relativa soledad y carencia de vigilancia. Ya era de noche y los reverberos, en la neblina que arrastraba el sutil y helado viento del

Michigan, prestaban poca luz.

No se sorprendió excesivamente cuando oyó una detonación, a su espalda, y percibió el silbido de una bala a un palmo por encima de su cabeza. Dio varios saltos, como gamo asustado, y entró en el portal de su casa, lívido el rostro. Pero no sorprendido.

Ya sabía él, su corazón, sus sentidos se lo decían, que Napoleone estaba queriendo matarlo. Acababa de tener la prueba de ello. Había fallado, pero esto no quería decir sino que la amenaza gravitaba sobre él continuamente. Quizá en otra ocasión no fallara.

Se asomó después a la calle con grandes precauciones. Tres o cuatro hombres, allá abajo, a unas cuarenta yardas, hablaban animadamente, gesticulando, comentando el haber oído muy cerca el ruido de un disparo, o que vieron correr desesperadamente a un hombre, pistola en mano. Dos mujeres se unieron al corro, gritando.

Subió la estrecha escalera limpiándose el frío sudor de la frente. La reflexión, a veces, no puede imponerse al pánico. Se decía que era de esperar aquello, la venganza de Napoleone. Y menos mal que el corso quería matarlo a él, sin ocuparse de Bettina. Temblaba casi más por ella que por lo que a él pudiera ocurrirle.

Cogió la llave de su cuarto, en el «hall», y penetró en el gabinete, encendiendo la estufa eléctrica, sin dar a la llave de la luz eléctrica. Se sentó pesadamente en un sillón, fumando nerviosamente un cigarrillo. El que pensara antes que Napoleone la iba a tomar con él, y la realidad de tal presagio, suponía mucho en su ánimo. Mientras no ocurrió, pudo pensar que podía estar equivocado. Ahora no había duda alguna; el presentimiento se cumplió en toda su aterradora gravedad. En adelante no sabría en qué instante una bala, una puñalada, le iba a quitar la vida, o cuándo le dirían que Bettina había sido asesinada.

No sabía si decírselo a Riemer. Le constaba que muchos agentes del

F. B. I.

y de la Policía andaban tras Napoleone. Les interesaba aniquilar a aquel corso tan peligroso. Pero sí era conveniente decirle a Riemer que no lo buscasen lejos de Chicago, porque en eso estaban equivocados.

Fue al teléfono, en el «hall», y cambió la clavija para poder hablar desde su gabinete. Marcó el número en el disco y esperó.

—¿Está el señor Riemer? —preguntó, cuando desde la División se pusieron al habla—. Dígale que desea hablarle Kingsley.

—¡Hola, Kingsley! —La voz suave del agente-misionero pareció devolver ánimos a Kingsley—. ¿Qué dice de nuevo?

—No mucho. Puedo asegurarle que Napoleone está en Chicago. Hace un cuarto de hora estaba en Cermak Street, muy cerca de mi casa. Y que tiene una pistola de grueso calibre —dijo Jackie, sonriendo con amargura.

—¡Ah! Quiere decir que ha intentado liquidarlo, ¿no? —repuso Riemer, con voz un poco asombrada—. ¿Y estaba seguro de que era el mismo Napoleone? ¿Pudo verlo bien?

—Eso sí que no —reconoció Kingsley, un poco confuso—. Pero ¿quién iba a ser, si no...? Bueno, puede tener ya algún «killer», a quien encargó de liquidarme. De cualquier forma, Napoleone sigue haciendo de las suyas.

Riemer guardó silencio durante unos instantes. Dijo después:

—Le protegeremos, Kingsley, desde este momento. No salga de su casa sin saber que le sigue un agente nuestro. Igual haremos con Bettina.

—No, no. Ustedes búsqüenlo, porque ésa es su obligación. Si yo puedo ayudarles, lo haré cuando intente meterse conmigo, si lo hace personalmente. No temo al hombre, sino a sus traiciones, a su solapada actitud, sin dar la cara. Me interesa más que protejan a Bettina cuando no esté conmigo.

—Está bien —concedió Riemer, en tono apaciguador—. Se hará lo que aconsejen las circunstancias. Usted no tiene arma alguna, ¿verdad?

—Ni la quiero. Si llegase a matar a Napoleone, podría decirse que ustedes han dado armas a un maleante para matar a otro, sin exponerse ustedes.

—¡Hombre, Kingsley! —exclamó Riemer, con voz conmovida—. Todo ciudadano tiene derecho a defenderse, como pueda, del ataque de un malhechor si en ese instante no hay representantes de la Ley que lo amparen.

—Gracias. Si puedo, ese hombre será detenido con mis solas manos —replicó Kingsley—. Ocúpense de Bettina más que de mí.

Colgó el aparato y volvió a sentarse en el sillón. Ahora parecía estar más confortado, con sus propias palabras, que le prestaran

ánimos para enfrentarse a una situación que juzgaba muy peligrosa para él. Sabiendo que Bettina no correría el peligro de ser asesinada por Napoleone, o secuestrada, él ya lucharía como pudiera contra Napoleone.

Cenó poco, nervioso, mirando su reloj de pulsera con frecuencia. Conforme se acercaba la hora de salir, las diez y media de la noche, su intranquilidad aumentaba. Había rechazado valientemente la protección del

F. B. I.,

pero también se daba perfecta cuenta de su indefensión ante un enemigo armado, cuyo paradero ignoraba, que le podía atacar cuando quisiera por sorpresa, a traición y con alevosía. También podía tener ya Napoleone secuaces que le ayudasen, y en ese caso el peligro aumentaba tanto como asesinos tuviese a sus órdenes el «boss» corso.

A las diez y media se puso su gabán y el sombrero. Era la hora de ir a buscar a Bettina. Lo haría por encima de todo. Ella no podía creer que tuviese miedo y por ello la confiaba a la protección de un agente del

F. B. I.

solamente, quedándose medrosamente en casa. Napoleone se reiría, al comprobarlo, y se crecería.

La calle, por aquella parte, estaba casi desierta. El frío arreciaba y esto contribuía a que la circulación de peatones fuese mucho menor. El lugar y aquella circunstancia de soledad favorecerían una acción criminal como la que Napoleone perseguía.

A unas cuarenta yardas, en la acera de enfrente, había un coche negro parado, con los faros de población apagados. Un mes antes, Kingsley hubiera temido que fueran de la Policía los que dentro del vehículo estuvieran, quizá esperándole. Ahora, que había entrado en un camino opuesto, el de la honradez y decencia, a quien temía era a Napoleone, y podía suceder que estuviese allí, acechando su paso.

Caminó rectamente hacia el coche, no por bravuconería, sino para hacer frente a un peligro y salir de aquella angustiosa situación, si realmente en aquel coche estaba su asesino o asesinos. Lo que más le angustiaba era el saber que una sombra lo seguía constantemente con deseo de asesinarlo y que contra ella, por casi

invisible, nada podía hacer.

Presto a saltar y luchar, tensos los músculos y apretados los puños, llegó hasta el coche. No se abría ninguna portezuela ni asomaba por las ventanillas arma de fuego alguna. Y ya al alcance de la mano el vehículo, miró por una ventanilla. Sonrió irónicamente al comprobar que allí dentro no había nadie. ¿Cómo se le ocurrió pensar que Napoleone iba a colocarse precisamente delante de su casa, en un coche, para esperarlo, después de lo ocurrido horas antes?

Siguió su caminata a paso vivo, recelosa la mirada, observando cada portal cerrado, cada hueco de tienda, aguzando el oído para percibir pasos que le siguiesen. Los pocos transeúntes antojábansele, si eran hombres, como presuntos asesinos. Temía dejarlos atrás, o a un lado, y de buena gana les hubiera gritado que marchasen todos delante de él, o levantasen los brazos a su paso. Todo aquello era como para enloquecerlo, y pensó que de prolongarse, no mucho, acabaría por estarlo.

Fue el caso que, entre temores y dudas, como no dejó de caminar, llegó al fin al bar Mulligan sin que nada malo le ocurriese. Seguramente, Napoleone pensó que, después de su fracaso, Kingsley avisó al

F. B. I.

y éste le protegía. Demoraría su deseo de matarlo, buscando una nueva coyuntura.

Butler, el agente especial, estaba sentado en una banqueta, ante el mostrador, charlando con Bettina y Mulligan. Había solamente dos clientes, que se marcharon en seguida de tomar una copa de «*whisky*».

—Ya me ha contado Riemer —dijo en voz queda Butler a Kingsley— lo que le ha ocurrido. Debiera de marcharse de Chicago... Nosotros no tardaremos en echar la zarpa a Napoleone, ya que se decide a salir a la calle y le da por meterse con usted. No tema por Bettina y márchese un par de meses de aquí.

Kingsley se encogió de hombros. Mulligan se acercó a ellos.

—Tiene razón el agente Butler —dijo al joven—. Váyase hasta que pase el peligro. Bettina está en seguridad...

—Si Napoleone está contra mí, yo soy quien debe darle la cara —murmuró Kingsley en tono sombrío—. No pienso huir de él.

—Vete, Jackie —dijo Bettina, que había oído hablar a Mulligan—. No pensaré mal de ti porque seas prudente. Cuando vuelvas y todo haya pasado, nos casaremos, ¿quieres?

Kingsley sonrió, lleno de felicidad. Si Dios quisiera que ella le amase como antes le amaba... Pero su hombría de bien parecía haberse despertado con inusitado vigor, ya que tantos años permaneciera dormida.

—No me voy, querida —dijo, con firmeza, mirándola apasionadamente—. No pararé hasta que entregue a Napoleone al F. B. I.

Creo que así me querrás más.

Antes de las once, Butler se marchó, no sin antes hablar quedamente con Mulligan, que asintió, sonriente. Aunque no quisiera Kingsley, lo cierto era que el F. B. I.

los protegía, sobre todo cuando Bettina iba con su novio.

A las once y cinco salieron los dos jóvenes a la calle, casi desierta. Hacía aún más frío, húmedo, y caminaron aprisa, cogidos del brazo.

Dos hombres, dos agentes especiales, salieron de un portal, después que ellos pasaron, y les siguieron a prudente distancia, procurando no ser vistos por Kingsley y Bettina. Otros dos agentes iban adelantados, sabiendo ya el camino que seguirían sus dos protegidos.

Kingsley miraba a su alrededor, desconfiadamente. Yendo con ella sentía todavía más pánico que si fuese solo. No ignoraba que Napoleone sentiría una gran alegría si pudiese asesinar a los dos en una única escaramuza o, por lo menos, a él delante de Bettina.

—¿Temes algo? —preguntó ella al observar su inquietud.

—Solamente por ti —respondió Kingsley, con voz serena, sonriendo.

—Yo temo por ti. Debieras marcharte de Chicago. Puedes estar seguro de que te esperaré lo que haga falta, hasta que cojan a Napoleone. Ha dicho Riemer que eso sucederá muy pronto.

—Si es pronto, razón de más para no separarme de ti. Te necesito ahora más que nunca, debes comprenderlo. Sé que debo hacer méritos, merecer que me quieras. Me doy cuenta de ciertas cosas...

Ella guardó silencio, pero apretó una mano de él con cariño. Y así, ya callados los dos, llegaron a la calle donde ella vivía, despidiéndose.

—Ve aprisa a tu casa, sin detenerte —murmuró Bettina, con voz queda—. Si él intenta algo, no seas imprudente. Un hombre que huye ante un peligro mayor a sus posibilidades de defenderse, no es por eso un cobarde. Vas desarmado... ¡Sé prudente, Jackie!

—Lo seré, descuida. Quiero vivir para ser feliz contigo. Hasta mañana —y la besó rápidamente, haciendo que ella entrase en el portal y no marchándose hasta que sintió la llave cerrar la puerta, al otro lado.

Miró en su torno, las manos fuera de los bolsillos del gabán. La calle parecía estar desierta, y tal vez por eso parecía más siniestra, amenazadora. Tenía el convencimiento de que Napoleone le espiaba, estudiando sus idas y venidas nocturnas para preparar el golpe mortal contra él. Si iba protegido por agentes del

F. B. I.,

si siempre pasaba por las mismas calles y a qué horas... Y él, Kingsley, que solamente podía hacer estas suposiciones, sin una seguridad absoluta de que fueran ciertas, iría vendido, según suponía, expuesto a caer en la trampa mortal que el «boss» le tendiese con todas las probabilidades de triunfo.

Caminó apresuradamente, y al volver cada esquina, tomaba la curva por el lado más ancho, por en medio de la calle, teniendo siempre ante él un espacio ancho que explorar frente a él y los lados y espalda. No obstante, sabía también que un hombre puede esconderse fácilmente en el quicio de un portal o una tienda y esperar a que su víctima pase a su lado.

Los dos agentes de delante habían desaparecido. Ahora iban cuatro tras Kingsley, cautos, observándole unos, y otros explorando los portales y huecos de las tiendas. Si Napoleone surgiese, lo pasaría mal.

Suspiró con alivio Kingsley cuando abrió el portal de su casa, entrando en él. Por aquella noche nada había pasado.

Rierner también suspiró cuando, con los otros tres agentes, dieron media vuelta y fueron hacia el coche oficial que les había seguido a marcha moderada desde lejos.

—Por esta noche, sin novedad —dijo a Butler—. Ese maldito

corso es inteligente. Estoy seguro que sabe que protegemos a Kingsley, y hasta es posible que todo lo presencie.

—Es lo que tiene de inconveniente la protección de una persona amenazada. Si el perseguidor se da cuenta de ello, va demorando su intento hasta que vea que las precauciones aflojan o haya una posibilidad de asesinarlo a pesar nuestro.

—Es evidente que, pasado cierto tiempo sin que a Kingsley le pase nada, el inspector Mac Gorthy ordenará que cese su protección —dijo otro agente.

—Y entonces será cuando Kingsley correrá más peligro que nunca —afirmó Riemer, deteniéndose para encender un cigarrillo—. No hay otra solución que se marche lejos de aquí, hasta que echemos el guante a Napoleone.

—O le coja él, si puede —objetó, riendo, Butler—, al corso, porque ambos tendrán que verse las caras algún día.

—Si Napoleone la enseña y no dispara a traición —murmuró otro agente—. Lo cierto es que me gusta mucho más perseguir que ser perseguido. Tengo entendido que, cuando uno tiene pegado a los talones a un hombre que nos la ha jurado, se vive mal. Hasta se adelgaza y no se duerme, esperando no se sabe de dónde ha de venir la sorpresa.

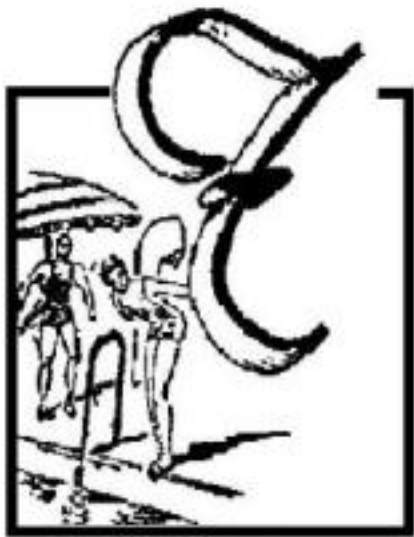
Entraron en el coche y el chofer lo dirigió hacia City Hall, a la División, para dar cuenta al inspector del servicio realizado, que era de los más monótonos y fastidiosos, pero también de los más peligrosos y comprometidos, tanto por cumplir bien el servicio de protección como por salir de él sin riesgos.

Aún no se sabía si Napoleone tenía gentes a su servicio. Era buscado activamente, sin descanso, por otros agentes, mas no aparecía. Riemer no podía asegurar que fue Napoleone el que disparó aquella tarde contra Kingsley, o un «killer» a sueldo del «boss». No podía saberse tampoco, por tanto, si el «boss» estaba lejos de Chicago y eran sus hombres los que debían asesinar a Jackie.

Así pensaba también Kingsley, mientras miraba a través de los cristales de la ventana de su alcoba, fumando un cigarrillo, cuya lumbre ocultaba en el hueco de la mano. Espiaba por si Napoleone pasase ante su casa. Parecíale absurdo, pero sus nervios le exigían aquella actividad. A solas, decaía su ánimo sensiblemente,

avizorando el terrible peligro de muerte que le acechaba. Si siquiera Napoleone diera la cara...

IX



RES días pasaron sin que Kingston sufriese atentado alguno contra su vida. Pero en aquellos tres días aumentó su inquietud y tuvo la seguridad de que Napoleone no renunciaba a su idea de asesinarlo. Fue cuando pudo verlo, una noche, pasar en un coche, a bastante velocidad, en momentos en que iba a buscar a Bettina, a cerca de las once. Napoleone, al llegar al nivel de Kingsley, asomó su hermosa cabeza, de cabellos ensortijados, y sonrió irónicamente.

Kingsley, asombrado, se detuvo, apretados los puños con rabia, y le gritó con voz colérica que se bajase. El coche ya estaba lejos cuando el joven quiso fijarse en la matrícula, la marca y sus características. Era negro o azul oscuro, «sedan», modelo anticuado, pero nada más pudo ver.

El agente especial que estaba en el bar de Mulligan arrugó el ceño cuando Kingsley le dio aquella noticia.

—¿Dónde se esconde ese granuja, entonces? —preguntó, encogiéndose de hombros.

—No lo sé. Desde luego, ese perro ha querido que yo le viese. Pudo haberme matado también —contestó Jackie, en tono sombrío — sin exponerse nada. Asomar la pistola y disparar...

Bettina y Mulligan se miraron, consternados. El viejo dueño del bar sabía muy bien que Kingsley estaba protegido por los agentes especiales, pero... Lo que hacía falta era que Dios no abandonase de su mano a aquel pobre muchacho, ahora que se portaba bien y lo merecía.

El agente federal Schub se acercó al teléfono, en la trastienda, y estuvo hablando con el inspector de guardia largo rato. Cuando salió se mostraba más optimista, sonriendo.

—Napoleone ha cometido una pifia —dijo a Kingsley, dándole una palmada en la espalda—. Teníamos nuestras dudas de que estuviese en Chicago. Ahora, no. Esto es muy importante, amigo.

Kingsley sonrió amablemente. Sabía que el
F. B. I.

poseía recursos poderosos para luchar contra los desalmados. Tal vez ahora mismo, con aquel nuevo dato que les facilitó, fuera más fácil capturar al rencoroso corso, que, efectivamente, por lo menos había querido aterrorizarlo aún más en un acto de indudable vanidad y demostración de poder. «No creas que me he olvidado de ti. Te mataré cuando quiera», es lo que parecía querer decir su gesto de ostentación.

Cuando salieron Bettina y Kingsley a la calle, dos agentes iban delante y cuatro detrás, esparcidos, más que nunca vigilantes. Riemer y Butler iban paralelos, cada uno en una acera de la calle. La noche era tranquila, aunque fría, y poca la circulación de peatones y coches por aquel sector de la ciudad.

Kingsley y Bettina notaron que había más agentes de Policía, de uniforme, en su camino hacia Marshall Boulevard. Estaban parados en las esquinas o comprobaban, según su costumbre, si los portales estaban cerrados y las tiendas.

—¿Habrá habido algún robo por aquí y por eso hay más vigilancia? —preguntó Bettina, muy observadora siempre.

—Mejor para nosotros —repuso Kingsley, sonriendo—. En noches como ésta, debieran vigilar más. El invierno es buen

protector de los ladrones. Lo digo por experiencia —rió socarronamente, aunque con cierta amargura.

Bettina también rió, estrechando su mano con cariño.

—No debes ni de recordar siquiera eso, querido —murmuró después con severidad—. Todavía me parece increíble que tú...

—¿Nunca me lo perdonarás? —inquirió él con ansiedad—. ¿Me lo perdonarás y me querrás como antes?

—Te perdoné ése extravió, Jackie. Y habiendo perdón es muy fácil que haya cariño. Creo que si no vuelves a engañarme, si eres como yo quise siempre que fueras, no habrás de sentir temor por mi cariño. ¿No te he dicho que quiero casarme contigo? Entonces, no irás a suponer que lo haría sin quererte.

Kingsley se detuvo para besarla. Riemer y Butler sonrieron al verlos tan enamorados.

—Tenemos que hacer lo que ellos —dijo Riemer con voz queda, suspirando—. Necesitamos novia, Butler. Parece que el amor hace olvidar hasta los peligros mortales. A nosotros no nos faltan...

—¿Las novias? Todas me dan calabazas —repuso con sorna Butler—. En cuanto no puedo acompañarlas, porque el servicio me lo impide, creen que no tengo interés por ellas y me envían a paseo.

—Me refería a que los peligros no nos faltan —contestó Riemer con aplomo—. Y por eso necesitamos quien nos quiera, como Bettina quiere a Kingsley. Estoy seguro de que él ahora no se acuerda de Napoleone.

—Y cuidado que ahora está la cosa fea para ese muchacho —murmuró Butler—. Ha podido matarlo ese corso del diablo. ¿Quién podía figurarse que iba a ir en coche, como un ciudadano cualquiera, el condenado? Nuestro poder tiene un límite.

—Pagaré cara esa imprudencia —contestó Riemer, y empujó a Butler al hueco de un portal, porque Kingsley volvía la cabeza para observar la calle, a su espalda—. Ya llegamos, afortunadamente...

Llegaban ya, en efecto, Bettina y Kingsley a la casa donde ella vivía. Una noche más sin que nada sucediera, al menos hasta allí. Jackie siempre pensaba que aún quedaba su marcha hasta su domicilio, en Cermak Avenue. No quería ir en «taxi», porque desconfiaba de los choferes; porque otro coche les podría seguir y ametrallarlo impunemente. En fin, no sabía ya qué hacer ni qué medios emplear para escapar a una muerte que juzgaba inminente

cada noche.

Se despedían. Kingsley miró una vez más a su alrededor, apretando las manos de Bettina entre las suyas.

—Espera... —dijo él repentinamente, soltándola bruscamente—. ¡Es..., es él!

Un hombre se deslizaba, saliendo del hueco de un portal, y salía a la acera, en la de enfrente a ellos, a treinta yardas de distancia. Iba como encogido, acechante, y algo llevaba en la mano diestra.

—¡Jackie! —gritó ella, aterrorizada—. ¡Entra, Jackie! ¡Entra aquí!

El portal estaba abierto, y Bettina tiraba de él desesperadamente. Pero Kingsley tiraba de ella queriendo soltarse, mientras jadeaba ferozmente.

—¡Déjame! ¡Suelta, te digo! ¡Acabemos de una vez, canalla! —gritó, y se soltó, dando un brinco hacia la calzada, ebrio de rabia y ardor combativo.

—¡Adentro, Kingsley! —gritó una voz fuerte, imperativa—. ¡Déjenos, Kingsley! ¡Arriba los brazos, Napoleone!

Tres agentes especiales aparecieron, ante el infinito asombro de Kingsley, como brotados del suelo. Corrían hacia el «gangster», que disparó su pistola. Los agentes, ahora seis, acudían a rodear a Napoleone, que corría velozmente, entre los árboles de la acera, saltando de portal en portal y disparando.

—¡No! —gritó Kingsley con voz rabiosa—. ¡Es mío, mío! —Y apretó a correr, sin esquivar el cuerpo, como lo hacían los agentes especiales, que disparaban contra Napoleone, en dirección al «gangster»—. ¡Déjenme!

—¡No sea loco, Kingsley! —gritó Riemer—. ¡No escapará, vivo o muerto! ¡Vaya al lado de Bettina!

Pasó como una exhalación al lado de los agentes, que se desplegaban hábilmente, cerrando todos los caminos, menos uno, a Napoleone. El «gangster» corría con una agilidad que parecía impropia de su complexión, disparando con puntería y velocidad.

Kingsley sintió pasar por encima de su cabeza, muy cerca, dos balas. Pero era el que estaba más cerca de Napoleone. Los agentes especiales tenían que renunciar a disparar sobre su presa, porque Jackie ya se interponía. Corría el joven sin prudencia alguna, derecho al enemigo, sin hacer regates ni esquivadas a las balas.

—¡¡Aparte, Kingsley!! —rugió Butler, y los otros agentes, por la acera de enfrente, pugnaban por sacar delantera al «gangster» para cortarle el paso después.

Bettina, sollozando, corría muy atrás, gritando a Jackie que dejase actuar a los agentes especiales. Pero Kingsley era ahora cuando se encontraba más alegre y contento. Había llegado el momento de saldar cuentas con aquel enemigo implacable y terminar de una vez con el terror que le infundiera con su constante amenaza de muerte.

Napoleone torció por la esquina de 26th Street, tras disparar dos veces contra Kingsley, que iba a unas doce yardas tras él. El «gangster» ganó terreno al doblar la esquina. Atrás corrían los agentes federales, que a veces perdían la pista, cuando los reverberos no estaban cerca. Napoleone iba muy pegado a las paredes, y esto le hacía más difícil de distinguir.

—¡Espera, canalla! —rugió Kingsley, yéndole a los alcances—. ¡Estamos solos y tú vas armado! ¡Espera!

Napoleone se volvió rápidamente y disparó, volviendo a correr desesperadamente. Kingsley se dobló por la cintura, gruñendo sordamente. Se rehízo y corrió de nuevo, pero más despacio y llevándose ambas manos a la cintura. Napoleone se alejaba. Riemer, con sus enormes zancadas, llegaba como una resoplante locomotora, deteniéndose de vez en cuando para disparar sobre Napoleone.

—¿Le ha herido? —preguntó, deteniéndose ante Kingsley, que se miraba la cintura, desabrochándose el gabán.

—No. La bala ha chocado contra la hebilla del cinturón —contestó Jackie con asombro—. ¡Pero se nos va...!

Volvieron a correr desesperadamente detrás del «gangster», que les había tomado buena delantera. Sonaban los silbatos de los agentes de la Policía, de uniforme, avisándose unos a otros. Dos motocicletas, tripuladas por agentes, pasaron a toda velocidad, queriendo cortar el paso, desde lejos, a Napoleone. Varios coches hacían ulular sus sirenas. Cada segundo que pasaba era un estrechamiento más férreo del cerco sobre el corso.

Kingsley tomó delantera a Riemer, que, aunque mucho más alto, movía las piernas más lentamente que Jackie. Pero Napoleone se había metido por una calle más estrecha, peor alumbrada, y

Kingsley hubo de aminorar la carrera para ver dónde estaba el perseguido.

—¡Hay que dar la vuelta al otro extremo de la calle para cortarle el paso! —gritó un sargento de la Policía, en motocicleta, llegando donde estaban ellos. Y lanzó la máquina a toda velocidad para realizar su designio. Kingsley y Riemer, seguidos de los demás agentes especiales y «cops», penetraron en la calleja.

No estaba Napoleone allí. Al final de la calle, tres motoristas, parados, hicieron señales con los faros de que el «gangster» no había pasado ante ellos.

—¡Hay que registrar todas las casas! —gritó Riemer—. Ese tipo no tenía alas para salir volando. Está escondido en una casa.

Se esparcieron los agentes especiales y los «cops» por las casas, llamando a los vecinos y pidiendo entrar.

Kingsley estaba desesperado. Si lograba escapar Napoleone, la amenaza mortal volvería sobre él con toda su siniestra fuerza. Volvería a no vivir en paz, pensando en qué nuevo instante aquel corso rencoroso le volvería a acometer y sí tendría la suerte de escapar a la muerte de nuevo.

Penetró en una casa de dos pisos, miserable, habitada por dos viejos, un matrimonio, que vociferaba contra lo que consideraban un atropello, al invadirles la Policía su domicilio.

—Es cosa de dos minutos —contestó Kingsley, mientras avanzaba por un pasillo, en el piso inferior. Un agente de uniforme había quedado en la puerta, vigilando.

—¡No hay nadie! —gritaba el viejo, en pijama, detrás de Jackie—. ¡Le digo que nadie ha entrado aquí!

—¡Nosotros no amparamos a «gangsters»! —vociferaba la vieja, envuelta en una bata, desgredada, empujando al marido, para que echase a Kingsley—. Y usted no tiene derecho a invadir mi casa. ¡Díselo, Peter! ¡Anda, échale a ese hombre importuno!

Kingsley, impasible, siguió adelante en su búsqueda. En otras casas sucedían iguales escenas de protestas. Aquella calleja tenía muy mala fama y la Policía quería aprovechar aquella ocasión para hacer una redada de gentes de mal vivir y maleantes.

En el piso inferior no estaba Napoleone. Kingsley subió la escalera que conducía al segundo piso. Los dos viejos gritaron aún más, pretendiendo imponer su presunto derecho a impedir que

agentes sin autorización del fiscal del distrito o «coroner» asaltasen su domicilio.

—¡A ver su insignia y carnet del

F. B. I.!

—gritó la vieja, agarrando a Kingsley de un brazo—. ¡A ver su documentación!

Jackie la dio un empujón, murmurando amenazas.

—Déjeme en paz. ¿No ha visto abajo al agente de uniforme? No somos ladrones, y si no está aquí escondido Napoleone, nada les pasará —gritó con irritación.

Pero los dos viejos eran testarudos. Olfatearon que Kingsley no era un agente. Nada le hubiera costado mostrarles la insignia de agente federal. Si no lo hacía, era porque se trataba de un intruso.

—¡No pasa, le digo! —aulló la vieja—. ¡Peter, mandria, ayúdame a detener a este ladrón, que se ha confundido con los agentes! ¡Socorro! ¡Hay un ladrón que nos quiere robar! ¡Socorro! ¡No es agente!

El «cop» de vigilancia apareció, portando un rifle de grueso calibre.

—¡Convénzales de que puedo registrar! —gritó Kingsley, desesperado.

—¡A un rincón, encubridores! —gritó el agente, apuntándoles con su rifle—. Siga, amigo, la búsqueda...

Arreciaron en sus aullidos de protesta los dos ancianos. Kingsley sonrió irónicamente mientras subía la escalera velozmente. Tenía casi la seguridad de que la actitud de los dos moradores de aquella casa se debía a que Napoleone estaba allí. Le avisaban para que se pusiera a salvo, retrasando la acción suya por capturarlo.

Llegado al descansillo, caminó con paso medido, entrando en un pasillo estrecho, a oscuras. Buscó el conmutador de la luz y no lo halló. Podía recibir un nuevo balazo o una cuchillada cuando menos lo esperase. Seguía él desarmado e indefenso, por tanto.

Tres puertas abrió sin encontrar a nadie. El «cop», abajo, le gritó:

—¿Hay alguien? ¿Necesita ayuda?

—No hay nadie —exclamó muy fuerte Kingsley—. No suba, gracias. Ahora bajo.

Pero se quedó quieto, escuchando. Un minuto pasó así. En la

calle, los agentes parecían haber terminado la búsqueda con resultado infructuoso. Charlaban, y los motores de las «motos» y coches sonaban al ponerse en marcha.

Kingsley se deslizó hasta el extremo del pasillo, andando de puntillas. Acababa de oír un rumor encima de su cabeza. Como si alguien caminase por el tejado con sigilo.

En el muro, al término del pasillo, había una escalerilla de madera, portátil. Kingsley encendió su mechero y miró al techo. Había una trampilla levantada, por la que entraban ráfagas de aire frío y un poco de luz. Se estremeció de emoción al apagar el encendedor. En los peldaños de la escalerilla había barro, muy mojado. Napoleone había estado allí, y el rumor sobre las tejas indicaba que se escondía en el tejado.

Vaciló entre avisar a los agentes del
F. B. I.

o realizar él sólo la captura. Estaba desarmado y Napoleone tenía una pistola de grueso calibre y tal vez un cuchillo. La desventaja era manifiesta entre él y el «gangster».

Subió quedamente los siete escalones, hasta tocar con la cabeza en el marco de la trampilla. Se agarró a él y fue izándose lentamente, asomando con precaución la cabeza. Sudaba su frente como si le hubieran echado un cubo de agua helada sobre ella. Si Napoleone estaba espiondo, podría meterle un balazo en la cabeza con la mayor impunidad; aunque tal vez no, sino que le daría una puñalada, sin producir ruido, o con la culata del arma.

Temblando de auténtico pavor, pero impulsado por una desconocida fuerza que lo contrarrestaba, subió al tejado. No le había acometido Napoleone... Tal vez iba de tejado en tejado, agazapado, alejándose de allí.

El «cop», en la calle, le gritaba que bajase, que todos se marchaban.

Kingsley maldijo entre dientes a aquel hombre, que le estaba denunciando ante Napoleone. Los viejos también chillaban, como si les atormentasen, exigiendo que se marchasen ya, puesto que no había nadie en la casa.

Trepó por la pendiente del tejado. No había casi luz para distinguir algo a tres yardas de distancia. La noche era cerrada, y solamente un resplandor lívido, de la iluminación de las calles

adyacentes, permitía ver aquel poco.

Pero si no veía a Napoleone, le oyó pisar sobre las tejas, huyendo de la persecución. Era tan leve el ruido, que no pudo saber por dónde iba el «gangster». Cogió una teja y la esgrimió, a falta de armas para reprimir una posible agresión del corso.

Fue trepando hasta una especie de muro entre dos casas. Era bajo, y asomó la cabeza, escuchando. Por allí podía estar escondido el bandolero...

Se echó hacia atrás violentamente cuando vio brotar de detrás del muro el busto de Napoleone, y delante, su brazo armado con un cuchillo. Solamente, para evitar la cuchillada rapidísima, pudo dar aquel salto hacia atrás, que le costó caer sobre las tejas, rodando peligrosamente hacia la calle.

Napoleone saltó el muro y fue tres él, dando cortos saltos, empuñando el cuchillo. No le convenía que Kingsley cayese a la calle, donde llamaría la atención del «cop», que llamaba impacientemente al joven.

Kingsley pudo asirse a unas tejas antes de llegar al alero. Se puso de rodillas y lanzó la teja sobre Napoleone, que se inclinaba para asestarle puñaladas hasta dejarlo muerto sin producir ruido.

La teja dio en la cabeza de Napoleone, que iba descubierto, haciéndole lanzar un gemido de dolor. Kingsley le lanzó varias más, mientras se incorporaba y volvía a trepar al encuentro del «gangster». Tenía que evitar que su enemigo usase la temible pistola.

Se agarraron ferozmente, y Kingsley consiguió colocarse en plano superior a Napoleone, dando la vuelta a su enemigo. La zarandéó, empujándolo hacia el borde, sacudiéndole feroces puñetazos.

—¡Ya era hora que dieras la cara! —Gruñó Kingsley—. Los dos solos...

Rodaron sobre las tejas, al romperse varias bajo el pataleo de los luchadores. El «cop», abajo, hacía sonar su silbato, quizá por haber oído ya el ruido de la lucha o porque cayeran trozos de tejas a la calle. Kingsley pensó que había que acabar con la resistencia de Napoleone antes de que acudiesen los agentes para ayudarlo. Quería hacerlo él solo...

Napoleone daba puñaladas con rapidez vertiginosa, como fiera

que lanza sus zarpas en lucha a muerte. Tendido en el suelo, boca arriba, no dejaba acercarse a Kingsley, que le daba puntapiés feroces. Y lo peor era que con la mano izquierda buscaba el «gangster» su pistola, bajo la axila.

Kingsley le arrojó media docena de tejas a la cabeza, haciendo blanco. Napoleone se aquietó un momento, y aquello le bastó a Jackie para saltar sobre él con todo su peso, colocando sus rodillas sobre el pecho del corso con enorme presión. Y descargó sobre su rostro una rociada de puñetazos demoledores.

—¿Dónde está? —gritó Riemer, asomando la cabeza por la trampilla—. ¡Kingsley! ¿Dónde está?

—¡Aquí! —gritó Jackie, sin dejar le golpear salvajemente el rostro de Napoleone, que se debatía con creciente pánico, buscando ya la huida.

Riemer avanzó hacia los contendientes. Kingsley sonrió, levantándose. Napoleone estaba sin sentido, inmóvil, entregado, vencido.

—Ahí lo tiene —dijo con orgullo, jadeante de fatiga, limpiándose con el dorso de la mano la sangre que brotaba de su nariz y boca.

Riemer esposó a Napoleone, y después miró, sonriendo, a Kingsley.

—Está bien, amigo. Ha sabido sacarse la espina, ¿eh?

—Regular. Si no viene usted y los otros —había ya media docena de agentes del

F. B. I.

y de uniforme, contemplándole admirativamente—, creo que lo hubiera matado a puñetazos por todo lo que me hizo pasar de miedo.

Napoleone salió de su desmayo. Se sintió atenazado por las muñecas y miró con asombro a Kingsley y a los demás agentes. Lanzó un suspiro de consternación y bajó la cabeza, humillado, vencido.

Bettina llegaba al tejado, gritando de alegría. Con paso torpe, haciendo piruetas para no caer a la calle, se acercó a Kingsley, agarrándose a él con fuerza.

—¡Te saliste con la tuya! —exclamó con espanto al ver a Napoleone, que la miró con odio inmenso—. Y usted, no pudo con

él, a pesar de que luchaba sin armas —dijo al «gangster»—. Bueno, le doy las gracias, en medio de todo. Usted lo lanzó por el buen camino al pretender de él cosas imposibles.

Cogidos del brazo, vieron cómo Napoleone era trasladado desde el tejado al piso superior de la casa. Quedaron solos, mirándose largamente, sin sentir el frío, ni él las molestias de los golpes recibidos en la lucha. Parecían como dos gatos que se encontraran allí para hacerse el amor en la noche invernal.

—¿Tienes ahora alguna duda sobre mí, querida? —preguntó Kingsley con voz queda, sujetándola mientras bajaban hacia la trampilla.

—No, Jackie. Me has hecho pasar un miedo horrible, pero íntimamente deseaba que fueras tú, con tus propias fuerzas, el que hicieras esto precisamente. Era tu mejor oportunidad para demostrarnos a todos, incluso a mí, que habías emprendido el único camino que un hombre puede llevar en su vida.

—También lo comprendía yo así. Por eso no quise marcharme, dejar a Napoleone luchar contra el

F. B. I.

Hubiera sido una cobardía por mi parte, ya que él me buscaba personalmente.

Riemer, cuando llegaron al piso inferior, estaba queriendo convencer, con su inagotable paciencia y buenos modales, a los dos ancianos para que se dejaran llevar a la División, acusados de encubridores y de oposición a las pesquisas de los agentes de la Ley.

—¡Nos amenazó de muerte! —gimió la anciana, agarrada a las solapas de Riemer, que suspiraba, conmovido—. Nos dijo que si no le ocultábamos, nos asesinaría lentamente, con su amenaza de hacerlo un día u otro. ¡Señorita, usted que es mujer —se volvió hacia Bettina, llorando—, me comprenderá mejor! ¡Qué podíamos hacer contra ese monstruo, que se nos metió en casa hace dos días sin darnos ni un centavo!

—Si le parece, procedan según declare Napoleone. Si él dice que son culpables —repuso la joven, mirando a Riemer suavemente—, entonces... Pero son ya viejos, señor Riemer.

—Creo que, en efecto, procedían bajo amenazas de Napoleone —terció Kingsley, compasivamente.

Y Riemer accedió a dejarlos en libertad condicionada, bajo la

vigilancia de un agente.

Kingsley y Bettina se alejaron, solos, sin precisar ya vigilancia alguna. Pasaron ante ellos los coches, en uno de los cuales iba Napoleone, el corso a quien su odio perdió.



EDITORIAL ROLLAN

en su afán noble de poner al alcance de todos los públicos, por muy reducida que sea su capacidad económica, las mejores obras *inéditas* de los autores de fama internacional, sacrifica sus intereses al crear la inigualable Colección

NOVELISTAS DE HOY

un verdadero alarde editorial por su presentación exquisita (toda la cubierta dibujada por mano maestra, impresa en offset a seis tintas y con solapas), en especial tamaño de bolsillo, y al precio ínfimo de CINCO pesetas.

COLABORADORES DE

NOVELISTAS DE HOY

Ignacio AGUSTI, Pío BAROJA, Tomás BORRAS, Fernando CASTAN PALOMAR, Camilo José CELA, Francisco de COSSIO, Dario FERNANDEZ-FLOREZ, Wenceslao FERNANDEZ-FLOREZ, Alberto INSUA, Carmen LAFORET, Alvaro de LAIGLESIA, Rafael LOPEZ DE HARO, José MONTERO ALONSO, José María PEMAN, Manuel POMBO ANGULO, Juan PUJOL, Felipe SASSONE, Francisco SERRANO ANGUITA, Luis Antonio de VEGA, José Antonio de ZUNZUNEGUI y otros autores famosos.

1.º CENTENARIO TRIUNFAL del

F. B. I.

EDITORIAL ROLLAN celebra cumplidamente
la publicación del número 100 de su magnífica
e inigualable

Colección F. B. I.

y hace partícipe del éxito a sus lectores asiduos,
brindándoles la mejor novela que nunca se ha
editado, con las siguientes características:

TÍTULO: YO, DIRECTOR del F. B. I.

AUTOR: ALF MANZ

Presentación: DIBUJO EN CUBIERTA COMPLETA Y A TODO COLOR.

Páginas: DOSCIENTAS VEINTICUATRO.

Precio: OCHO PESETAS.

**Tema: LA VIDA INTIMA DEL ASTUTO Y
AUDAZ DIRECTOR DEL F. B. I.,
JOHN EDGAR HOOVER, DES-
CRIBIENDOSE FIEL Y EMOTI-
VAMENTE EL FUNCIONAMIENT-
TO INTERNO DEL F. B. I.**

ADQUIERA EN QUIOSCOS Y LIBRERÍAS EL GRAN
EXTRAORDINARIO DEL F. B. I.

YO, DIRECTOR del F. B. I.

por

ALF MANZ

EL INVOLVIDABLE AUTOR DE ¡CULPABLE!



UNA GRAN CREACION
de
EDITORIAL ROLLAN
NOVELISTAS de HOY

Colección de inmejorables obras inéditas de los más famosos escritores de la actualidad, a un precio tan bajo que hasta el lector de menor capacidad económica podrá coleccionarlas. Con un éxito sin precedentes, tanto en España como en América —aparte de las traducciones en periodo de contratación— esta serie formará culturalmente los pueblos, les proporcionará un alimento espiritual y los deleitará como nunca lo ha logrado otro tipo de novelas.

OBRAS PUBLICADAS:

1. LA OBSESION DEL MISTERIO, por Pio Baroja.
2. AHORA, por Rafael López de Haro.
3. EL HOMBRE DEL SUBURBIO,
por Francisco de Cossio.
4. SU PEOR ES NADA, por Tomás Borrás.
5. EL PIANO, por Carmen Laforet.
6. TIMOTEO, EL INCOMPRENDIDO,
por Camilo José Cela.
7. BODA Y JALEO DE TITIN ARACENA,
por Dario Fernández-Florez
8. EL HOMBRE QUE CONTO SU SECRETO,
F. B. I. por Castán Palomar

Precio del ejemplar: 5 pesetas.

PROXIMO NUMERO DE LA COLECCION

F. B. I.

Sin nada que perder

En el ambiente más interesante que imaginarse pueda, dos protagonistas se lanzan de lleno a una aventura de apasionante originalidad. El lector quedará cautivado por la magnífica narración del gran escritor.

EDDIE THORNY

Ptas. 5

